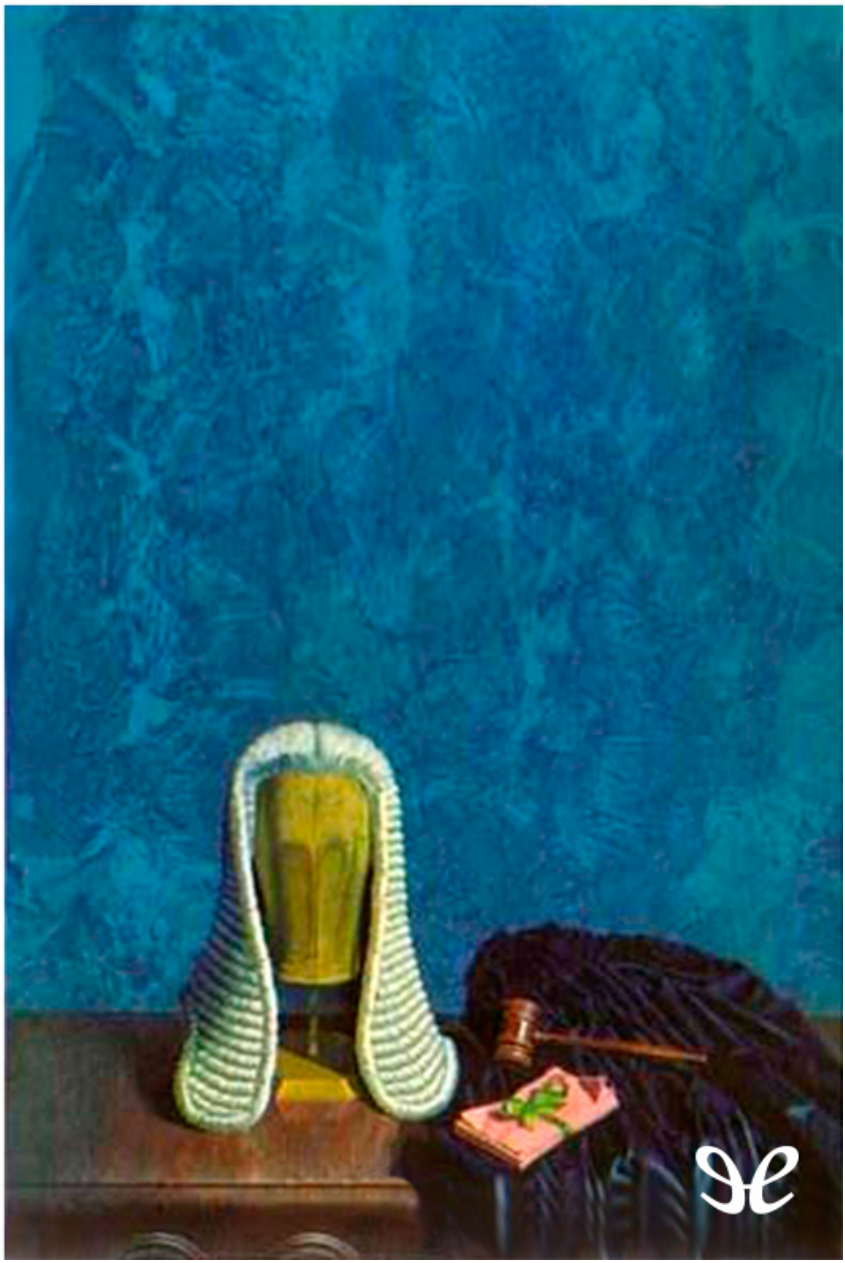
AGATHA CHRISTIE

TESTIGO DE CARGO

Selecciones de Biblioteca Oro



Agatha Christie, la indiscutible «reina del crimen», reúne en este completo volumen nueve de sus más apasionantes relatos de misterio, intriga y suspense: Testigo de cargo que da nombre al volumen, La señal roja, S.O.S., ¿Dónde está el testamento?, El misterio del jarrón azul, Villa Ruiseñor, Accidente y El segundo gong. Publicado originalmente en 1948 sólo para el público estadounidense, las historias recopiladas para Testigo de cargo habían aparecido ya con anterioridad en el Reino Unido, donde habían acrecentado la fama de su autora entre el público y habían consolidado su reputación entre la crítica especializada. A lo largo de los nueve relatos de Testigo de cargo, la novelista británica se adentra en lo más oscuro de la condición humana, pasando de la más absoluta vida cotidiana a lo sobrenatural como sólo un maestro de la narrativa es capaz de hacer.

Agatha Christie

Testigo de cargo

y otras historias

ePub r1.2
Titivillus 01.08.16

Título original: *The witness for the prosecution and other stories*
Agatha Christie, 1948
Traducción: Conchita Peraire del Molino (2010)
Diseño de cubierta: Tom Adams

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

1

Testigo de cargo

Mr. Mayherne se ajustó las gafas mientras se aclaraba la garganta con una tosecilla seca muy característica en él. Luego volvió a mirar al hombre que tenía ante sí, un hombre acusado de homicidio premeditado.

Mr. Mayherne era un hombre menudo, de ademanes precisos, pulcro, por no decir afectado, en su modo de vestir, y con unos ojos grises de mirada astuta y penetrante. No tenía un pelo de tonto. Muy al contrario, como abogado, *Mr*. Mayherne tenía una gran reputación. Su voz, cuando se dirigió a su cliente, fue seca pero no antipática.

—Debo insistir en que se encuentra en un grave peligro. Por tanto, es imprescindible que hable con la mayor franqueza.

Leonard Vole, que contemplaba como atontado la pared desnuda que tenía frente a él, miró al abogado.

—Lo sé —dijo con desaliento—. Usted no cesa de decírmelo. Pero todavía no puedo comprender que se me acuse de un asesinato… un asesinato. Y además, de un crimen tan cobarde.

Mr. Mayherne era un hombre práctico y poco impresionable. Volvió a carraspear, se quitó las gafas, las limpió con cuidado y se las puso otra vez. Después dijo:

—Sí, sí, sí. Ahora, mi querido *Mr*. Vole, vamos a realizar un decidido esfuerzo para salvarlo, y lo conseguiremos, lo conseguiremos. Pero debo conocer todos los hechos. Tengo que saber hasta qué punto pueden ser graves las acusaciones. Entonces podremos determinar la mejor línea de defensa.

El joven continuó mirándole con expresión boba y desalentado.

A *Mr*. Mayherne el caso le había parecido muy negro y segura la culpabilidad del detenido; ahora, por primera vez, dudaba.

—Usted me cree culpable —afirmó Leonard Vole en voz baja—. ¡Pero le juro por Dios que no lo soy! Comprendo que todo está en contra mía. Soy como un hombre aprisionado en una red cuyas mallas me rodean más y más, me vuelva hacia donde me vuelva. ¡Pero no fui yo, *Mr*. Mayherne, yo no lo hice!

En semejante posición, un hombre ha de gritar su inocencia. Eso lo sabía *Mr*. Mayherne. Sin embargo, a pesar suyo, estaba impresionado. Después de todo, ¿y si Leonard Vole fuese inocente?

—Tiene usted razón, *Mr*. Vole —dijo en tono grave—. Este caso se presenta muy negro. Sin embargo, acepto su protesta de inocencia. Ahora, pasemos a los hechos. Quiero que me diga exactamente, con sus propias palabras, cómo conoció a *miss* Emily French.

—La conocí un día en Oxford Street. Vi a una señora mayor que cruzaba cargada de paquetes. Se le cayeron en mitad de la calle, intentó recogerlos, vio que se le echaba encima un autobús y sólo tuvo tiempo de llegar a salvo a la acera, aturdida por los gritos de la gente. Yo recogí sus paquetes, les limpié el barro lo mejor que pude, até uno que se había desatado y se los devolví.

—¿Pero usted no le salvó la vida?

—¡Oh, no, pobre de mí! Todo lo que hice fue realizar un simple acto de cortesía. Ella se mostró muy agradecida, me dio las gracias calurosamente y comentó que mis modales no eran como los de la mayoría de jóvenes de hoy; no recuerdo las palabras exactas. Entonces le dije adiós y me marché. No esperaba volver a verla, pero la vida está llena de coincidencias. Aquella misma noche la encontré en una fiesta que daba un amigo mío en su casa. Me reconoció en el acto e hizo que nos presentaran. Entonces supe que era *miss* Emily French y que vivía en Cricklewood. Estuve hablando con ella un buen rato. Imaginé que se trataba de una de esas ancianas que sienten simpatías repentinas por las personas, lo que le había ocurrido conmigo por haber realizado una acción bien sencilla y que cualquiera hubiese hecho. Al marcharse, me estrechó la mano y me rogó que fuese a visitarla. Yo, como es natural, respondí que con mucho gusto, y entonces insistió para que fijara un día. No me entusiasmaba ir, pero rehusar hubiera parecido

descortés y prometí ir el sábado siguiente. Cuando se hubo marchado, supe algunas cosas de ella por mis amigos: que era rica, excéntrica, que vivía sola con una doncella y que tenía ocho gatos por lo menos.

—Ya veo —exclamó *Mr*. Mayherne—. ¿De modo que la cuestión de su posición económica surgió tan pronto?

—Si insinúa que yo hice averiguaciones… —comenzó a decir Leonard Vole acalorado, pero *Mr*. Mayherne le detuvo con un gesto.

—Tengo que enfocar el caso tal como lo presentará la otra parte. Un observador vulgar no hubiera supuesto que *miss* French tuviera dinero. Vivía pobremente, de manera casi mísera, y a menos que le dijeran lo contrario, usted hubiera pensado que era pobre, por lo menos al principio. ¿Quién le dijo que gozaba de una buena posición?

—Mi amigo George Harvey, en cuya casa se celebró la fiesta.

—¿Es probable que lo recuerde?

—No lo sé, la verdad. Claro que ya ha pasado tiempo.

—Cierto, *Mr*. Vole. Comprenda, el primer objetivo de la parte fiscal será establecer que usted se encontraba escaso de recursos, lo cual es cierto, ¿no es así?

Leonard Vole enrojeció.

—Sí —dijo en voz apagada—. Por aquel entonces pasaba por una racha de mala suerte infernal.

—Cierto —repitió *Mr*. Mayherne—. Y precisamente cuando andaba escaso de recursos económicos, conoció a esta anciana acaudalada y cultivó su amistad asiduamente. Ahora, si estuviéramos en posición de poder decir que usted no tenía la menor idea de que era rica, y que la visitó únicamente por pura cortesía…

—Es la verdad.

—Lo creo. No se lo discuto. Lo miro desde un punto de vista exterior. Todo depende y mucho de la memoria de *Mr*. Harvey. ¿Es probable que recuerde esa conversación o no? ¿Podría el fiscal confundirle y hacerle creer que tuvo lugar más tarde?

Leonard Vole reflexionó unos instantes y luego dijo con bastante firmeza, pero muy pálido:

—No creo que eso surtiera efecto, *Mr*. Mayherne. Varios de los presentes oyeron su comentario, y un par de ellos bromearon

diciéndome que había conquistado a una vieja rica.

El abogado procuró esconder su desaliento con un ademán.

—Es una lástima —dijo—. Pero le felicito por su franqueza, *Mr*. Vole. Es usted quien debe guiarme, y tiene razón. Seguir la pauta indicada por mí sería desastroso. Debemos dejar ese punto. Usted conoció a *miss* French, la visitó y su amistad fue progresando. Necesitamos una razón clara para todo esto. ¿Por qué un joven de treinta y tres años, bien parecido, aficionado a los deportes, popular entre sus amigos, dedicó tanto tiempo a una anciana con la que no podía tener absolutamente nada en común?

Leonard Vole extendió ambas manos en un gesto de impotencia.

—No sabría decirle. La verdad es que me sería difícil explicárselo. Después de la primera visita, insistió en que volviera, dijo que se sentía sola y desgraciada. Me resultó difícil negarme. Me mostró tan abiertamente su simpatía y afecto que me colocó en una posición violenta. Verá, *Mr*. Mayherne, tengo un carácter débil, me dejo llevar, soy de esas personas que no saben decir que no. Y me crea usted o no, como prefiera, después de la tercera o cuarta visita descubrí que iba tomándole verdadero afecto. Mi madre falleció cuando yo era niño, y la tía que me educó murió también antes de que yo cumpliera los quince años. Si le dijera que disfrutaba sinceramente viéndome amparado y mimado, estoy seguro de que usted se reiría.

Mr. Mayherne no se rió. En vez de eso, volvió a quitarse las gafas para limpiarlas, siempre una clara señal de que estaba reflexionando intensamente.

—Acepto su explicación, *Mr*. Vole —dijo por fin—. Creo que es posible psicológicamente. Ahora bien, que un jurado quiera aceptarlo es otra cuestión. Por favor, continúe. ¿Cuándo le pidió *miss* French por primera vez que cuidara de sus asuntos?

—Después de mi tercera o cuarta visita. Ella entendía poco de asuntos de dinero y estaba preocupada por ciertas inversiones.

Mr. Mayherne le miró con presteza.

—Tenga cuidado, *Mr*. Vole. La doncella, Janet Mackenzie, declara que su ama era un mujer muy entendida en cuestiones de negocios y que llevaba todos sus asuntos personalmente, cosa que ha sido corroborada por el testimonio de sus banqueros.

—No puedo remediarlo —respondió Vole con vehemencia—.

Eso es lo que ella me dijo.

Mr. Mayherne le contempló en silencio unos instantes. Aunque no tenía intención de decirlo, en aquellos momentos se robusteció su fe en la inocencia de Leonard Vole. Conocía algo de la mentalidad de las señoras mayores. Veía a *miss* French entusiasmada con el apuesto joven, buscando pretextos para atraerlo a su casa. ¿Qué cosa más lógica que fingir ignorancia en cuestiones de negocios y suplicarle su ayuda para sus asuntos económicos? Ella era una mujer con suficiente experiencia para comprender que cualquier hombre se sentiría halagado por el reconocimiento de su superioridad. Leonard Vole se había sentido halagado. Quizá tampoco quiso ocultarle que era rica. Emily French había sido siempre una mujer decidida, dispuesta a pagar el precio por lo que deseaba. Todo esto pasó rápidamente por la mente de *Mr*. Mayherne, pero sin demostrarlo en lo más mínimo, y formuló otra pregunta.

—¿Y usted se ocupó de sus asuntos como ella le pidió?

—Sí.

—*Mr*. Vole —dijo el abogado—, voy a hacerle una pregunta muy comprometida, y es vital que me conteste con la verdad. Usted se encontraba en apuros económicos. Tenía en sus manos la dirección de los asuntos de una anciana, una anciana que, según su propia declaración, sabía muy poco o nada de negocios. ¿Utilizó en alguna ocasión, o de alguna manera, los valores que usted manejaba en beneficio propio? ¿Realizó usted algunas transacciones en su provecho de forma que no soportarían la luz del día? —Contuvo la respuesta del otro—. Espere un momento antes de responder. Ante nosotros se abren dos caminos. O bien hacemos hincapié en su probidad y honradez para llevar los asuntos encomendados, al tiempo que ponemos la imposibilidad de que cometiera un crimen para conseguir un dinero que podía obtener por medios mucho más sencillos; o si, por otro lado, hizo algo que puede ser probado por la parte fiscal; si, hablando claro, se puede probar que usted estafó a la anciana en algún aspecto, debemos seguir la línea de defensa de que usted no tuvo motivos para cometer el crimen, puesto que ella ya representaba una fuente de recursos provechosa para usted. ¿Ve la diferencia? Ahora, le suplico que se tome tiempo para contestar.

Pero Leonard Vole no necesitó pensarlo.

—Siempre llevé los asuntos de *miss* French con toda honradez y abiertamente. Actué en su interés lo mejor que supe, como podrá averiguar quien se lo proponga.

—Gracias —dijo *Mr*. Mayherne—. Me ha quitado un gran peso de encima. Y le concedo el favor de creerle demasiado inteligente para mentirme en un asunto de tanta importancia.

—Desde luego —replicó Vole con ansiedad—, el punto más fuerte a mi favor es la falta de motivo. Si damos por supuesto que cultivé la amistad de una anciana rica con la esperanza de sacarle el dinero, cosa que me figuro es en definitiva lo que usted ha estado diciendo, ¿su muerte no hubiera frustrado mis propósitos?

El abogado le miró de hito en hito y luego, muy deliberadamente, repitió la operación de limpiar sus gafas y no volvió a hablar hasta habérselas colocado de nuevo.

—¿No sabe usted, *Mr*. Vole, que *miss* French ha dejado un testamento dejándole principal beneficiario?

—¿Qué? —El detenido se puso en pie de un salto. Su sorpresa era evidente y espontánea—. ¡Dios mío! ¿Qué está usted diciendo? ¿Me dejó su dinero?

Mr. Mayherne asintió lentamente. Vole volvió a sentarse con la cabeza sujeta entre las manos.

—¿Pretende hacerme creer que no sabía nada de este testamento?

—¿Pretender? No hay pretensión que valga. Yo no sabía nada.

—¿Qué diría usted si le dijera que la doncella, Janet Mackenzie, jura que usted lo sabía? ¿Que su ama le había dicho claramente que le consultó a usted acerca de este asunto y le comunicó sus intenciones?

—¿Decir? ¡Miente! No, voy demasiado deprisa. Janet es una mujer de edad. Era un fiel perro guardián de su ama y yo no le caía bien. Estaba celosa y sospechaba de mí. Yo diría que *miss* French le confió sus intenciones, y Janet entendió mal algo que le dijo, o en su interior se convenció de que yo había persuadido a la anciana para que lo hiciera. Me atrevo a asegurar que ahora está convencida de que *miss* French se lo dijo realmente.

—¿Cree que le desagrada hasta el punto de mentir deliberadamente en esta cuestión?

Leonard Vole pareció sorprendido.

—¡No, por supuesto! ¿Por qué había de odiarme?

—No lo sé —respondió el abogado pensativo—. Pero está muy resentida con usted.

El desgraciado joven volvió a lamentarse.

—Empiezo a comprender —murmuró—. Es horrible. Dirán que yo la convencí, eso es lo que dirán. Que la induje a redactar un testamento para dejarme su dinero, y luego fui allí aquella noche. Y no había nadie más en la casa, y al día siguiente la encontraron. ¡Oh, Dios mío, es horrible!

—Se equivoca usted en lo de que no había nadie más en la casa —señaló *Mr*. Mayherne—. Janet, como usted recordará, tenía la noche libre. Salió, pero a eso de las nueve y media regresó para buscar el patrón de la manga de una blusa que le había prometido a una amiga. Entró por la puerta posterior, subió a buscarlo, y luego volvió a salir. Oyó voces en el salón, aunque no pudo distinguir lo que decían, pero ella jurará que una era la de *miss* French y la otra la de un hombre.

—A las nueve y media… —dijo Leonard Vole—. A las nueve y media… —Se puso de pie con presteza—. Pero entonces estoy salvado. ¡Salvado!

—¿Qué quiere usted decir con salvado? —exclamó *Mr*. Mayherne estupefacto.

—¡A las nueve y media yo estaba de regreso en mi casa! Mi esposa puede probarlo. Dejé a *miss* French a eso de las nueve menos cinco, llegué a mi casa cerca de las nueve y veinte. Mi esposa estaba esperándome. ¡Oh, gracias a Dios, gracias a Dios! Y bendito sea el patrón de la manga de Janet Mackenzie.

En su exaltación, apenas se dio cuenta de que el semblante grave de *Mr*. Mayherne no había variado, pero sus palabras le hicieron bajar bruscamente de las nubes.

—Entonces, ¿quién cree usted que asesinó a *miss* French?

—Pues un ladrón, desde luego, como se pensó al principio. Recuerde que la ventana había sido forzada y que la mataron golpeándola con una palanqueta que se encontró en el suelo junto al cadáver. Además, faltaban varias cosas. A no ser por las absurdas sospechas de Janet y su antipatía por mí, la policía no se hubiera apartado de la verdadera pista.

—Eso no sirve, *Mr*. Vole —dijo el abogado—. Las cosas que

desaparecieron eran meras chucherías sin valor que se llevaron para despistar. Y las huellas en la ventana no eran nada convincentes. Además, piense en usted mismo. Dice que no estaba en la casa a las nueve y media. ¿Quién era entonces el hombre que Janet oyó hablar con *miss* French en la sala? No es probable que sostuviera una conversación amistosa con un ladrón.

—No —replicó Vole. Parecía intrigado y abatido—. No. Pero, de todas maneras —agregó con renovada energía—, yo quedo eliminado. Tengo una coartada. Debe usted ver a Romaine, mi esposa, en seguida.

—Desde luego —se avino el abogado—. Ya la hubiera visto de no encontrarse ausente cuando usted fue detenido. Telegrafié a Escocia en seguida, y tengo entendido que regresa esta noche. Pienso ir a verla en cuanto salga de aquí.

Vole asintió con una expresión satisfecha.

—Sí, Romaine se lo confirmará. ¡Dios mío, qué suerte he tenido!

—Perdone, *Mr*. Vole, pero ¿quiere usted mucho a su esposa?

—Desde luego.

—¿Y ella a usted?

—Romaine me quiere. Haría cualquier cosa por mí.

Habló con entusiasmo, pero el abogado sintió crecer su desaliento. ¿Merecería crédito el testimonio de una amante esposa?

—¿Hubo alguien más que lo viera regresar a las nueve y veinte? ¿Una doncella, por ejemplo?

—No tenemos doncella.

—¿Se encontró a alguien cuando regresaba?

—A nadie que yo sepa. Tomé el autobús. Es posible que el cobrador me recuerde.

Mr. Mayherne meneó la cabeza con incertidumbre.

—Entonces, ¿no hay nadie que pueda confirmar el testimonio de su esposa?

—No. ¿Pero acaso es necesario?

—Creo que no, creo que no —respondió el abogado apresuradamente—. Otra cosa más. ¿Sabía *miss* French que estaba usted casado?

—Oh, sí.

—No obstante, nunca le presentó a su esposa. ¿Por qué?

Por primera vez la respuesta de Leonard Vole fue vacilante.

—No lo sé.

—¿Es consciente de que Janet Mackenzie dice que su ama le creía soltero y que esperaba casarse con usted en el futuro?

Vole se echó a reír.

—¡Es absurdo! Me llevaba cuarenta años.

—No hubiera sido el primer caso —replicó el abogado en tono seco—. Pero es un hecho que consta. ¿Su esposa nunca conoció a *miss* French?

—No. —Una vez más la renuencia.

—Permítame que le diga que me resulta difícil comprender su actitud en este asunto —dijo *Mr*. Mayherne.

Vole enrojeció antes de contestar.

—Voy a hablarle con claridad. Yo andaba apurado de dinero, como usted sabe. Confiaba en que *miss* French me hiciera un préstamo. Me apreciaba, pero le traían sin cuidado las dificultades de un matrimonio joven. No tardé en descubrir que había dado por hecho que mi esposa y yo no nos llevábamos bien, que estábamos separados. *Mr*. Mayherne, yo quería el dinero para Romaine. No dije nada y dejé que la vieja pensara lo que quisiera. Comentó que yo era para ella como un hijo adoptivo. Nunca surgió la cuestión de un posible matrimonio, es algo surgido de la imaginación de Janet.

—¿Y eso es todo?

—Sí, eso es todo.

¿Hubo cierta vacilación en su respuesta? El abogado pensó que sí. Se levantó y le tendió la mano.

—Adiós, *Mr*. Vole. —Miró el rostro ojeroso y habló impulsivamente—. Creo en su inocencia a pesar de la multitud de factores en contra suya. Espero probarla y rehabilitarle por completo.

Vole le correspondió con una sonrisa.

—Ya verá usted cómo mi coartada es cierta —dijo animado.

Esta vez tampoco se dio cuenta de que el abogado no participaba de su optimismo.

—Todo el caso depende principalmente del testimonio de Janet Mackenzie —señaló *Mr*. Mayherne—. Ella le odia. Eso está clarísimo.

—No puede odiarme —protestó el joven.

El abogado salió meneando la cabeza. «Ahora a por *Mrs*. Vole»,

se dijo para sus adentros. Estaba preocupadísimo por el cariz que iban tomando las cosas.

Los Vole vivían en una casita destartalada, cerca de Paddington Green, y allí se dirigió *Mr*. Mayherne.

Le abrió la puerta una mujer corpulenta y desaliñada, a todas luces la encargada de la limpieza.

—¿Ha regresado ya *Mrs*. Vole?

—Llegó hace cosa de una hora, pero no sé si podrá verla.

—Si quiere llevarle mi tarjeta estoy seguro de que me recibirá —dijo el abogado con toda calma.

La mujer le miró indecisa, se secó las manos en el delantal y cogió la tarjeta. Luego cerró la puerta en sus narices, dejándole en la calle.

Sin embargo, regresó a los pocos minutos; su actitud había cambiado.

—Pase, por favor.

Le introdujo en una pequeña sala. El abogado, que contemplaba un grabado de la pared, se sobresaltó al encontrarse de pronto con una mujer alta y pálida que había entrado sin hacer ruido.

—¿*Mr*. Mayherne? Usted es el abogado de mi marido, ¿verdad? ¿Viene usted de verle? ¿Quiere hacer el favor de sentarse?

Hasta oírla hablar no se había dado cuenta de que no era inglesa. Ahora, observándola más de cerca, reparó en los pómulos altos, el negro intenso del pelo, y un ocasional y muy leve movimiento de sus manos que era netamente extranjero. Una mujer extraña, muy silenciosa, tanto que ponía nervioso a cualquiera. Desde el primer momento, *Mr*. Mayherne comprendió que se enfrentaba a algo que no entendía.

—Ahora, mi querida *Mrs*. Vole —empezó Mayherne—, no debe usted desanimarse.

Se detuvo. Era del todo evidente que Romaine Vole no tenía la más ligera sombra de desaliento. Se la veía calmada y compuesta.

—¿Quiere contármelo todo? —le dijo—. Debo saberlo, y no intente ocultarme nada. Quiero saber lo peor. —Vaciló, y después repitió más bajo, con un curioso énfasis que el abogado no entendió —: Quiero saber lo peor.

Mr. Mayherne le refirió su entrevista con Leonard Vole mientras ella le escuchaba atentamente asintiendo de vez en cuando.

—Ya comprendo —dijo cuando el abogado acabó—. ¿Quiere que diga que aquella noche llegó a las nueve y veinte?

—¿Es que no llegó a esa hora? —preguntó *Mr*. Mayherne con viveza.

—Esa no es la cuestión —replicó ella en tono frío—. ¿Si lo dijera le absolverían? ¿Me creerían?

Mr. Mayherne estaba sorprendido. Aquella mujer había ido directamente al fondo de la cuestión.

—Eso es lo que deseo saber —insistió ella—. ¿Sería suficiente? ¿Hay alguien más que pueda apoyar mi declaración?

Había tanta ansiedad reprimida en su actitud que él se sintió un poco intranquilo.

—Hasta ahora no hay nadie más —reconoció de mala gana.

—Ya —exclamó Romaine Vole. Por un par de minutos permaneció inmóvil. Esbozó una muy leve sonrisa.

La alarma del abogado creció por momentos.

—*Mrs*. Vole —empezó a decir—, comprendo lo que usted debe sentir.

—¿Sí? —replicó—. ¿Está seguro?

—Dadas las circunstancias…

—Dadas las circunstancias, voy a jugar una mano solitaria.

El abogado la contempló con desaliento.

—Pero mi querida *Mrs*. Vole, está usted sobreexcitada. Está tan enamorada de su marido que…

—¿Cómo dice?

La dureza de su voz le sobresaltó. Repitió con menos seguridad:

—Está tan enamorada de su marido que…

Romaine Vole asintió lentamente con la misma extraña sonrisa.

—¿Le dijo que yo le quería? —preguntó en voz baja—. ¡Ah, sí! Veo que lo hizo. ¡Qué estúpidos son los hombres! Estúpidos… estúpidos… estúpidos.

De pronto se puso de pie y toda la intensa emoción que el abogado había percibido en el ambiente se concentró ahora en su tono.

—¡Le odio, se lo aseguro! Le odio. Le odio. ¡Le odio! Me gustaría verle colgado del cuello hasta morir.

El abogado retrocedió ante el apasionamiento que brillaba en sus ojos.

Ella avanzó un paso más y continuó con vehemencia:

—Y quizá lo consiga. Supongamos que yo digo que no llegó aquella noche a las nueve y veinte, sino a las diez y veinte. Usted dice que él no sabía nada del dinero que iba a heredar; pero ¿suponga que yo digo que lo sabía, que contaba con ello y que cometió el crimen para conseguirlo? ¿Y si dijera que aquella noche, al llegar a casa, me confesó lo que había hecho? ¿Que traía la americana manchada de sangre? ¿Entonces qué? ¿Supongamos que me presento ante el tribunal y digo todas estas cosas?

Sus ojos parecían desafiarle, y el abogado hizo un esfuerzo para disimular su creciente desaliento y procuró hablar en tono racional.

—No pueden pedirle que declare contra su marido.

—¡No es mi marido!

Las palabras salieron tan rápidas de su boca que él creyó haberlas entendido mal.

—Disculpe, ¿qué…?

—No es mi marido.

El silencio fue tan intenso que podría haberse oído caer una hoja.

—Yo fui actriz en Viena. Mi marido vive, pero está internado en un manicomio. Por eso no pudimos casarnos. ¡Ahora me alegro! —asintió con aire retador.

—Quisiera que me dijese una cosa —continuó *Mr*. Mayherne que intentó parecer tan frío y objetivo como siempre—. ¿Por qué está tan resentida con Leonard Vole?

Ella meneó la cabeza, sonriendo ligeramente.

—Sí, le gustaría saberlo. Pero no se lo diré. Ese será mi secreto.

Mr. Mayherne se puso de pie y lanzó su tos seca característica.

—Me parece innecesario prolongar esta entrevista —observó—. Volverá a tener noticias mías en cuanto me haya comunicado de nuevo con mi cliente.

Ella se acercó mirándole con sus maravillosos ojos oscuros.

—Dígame con sinceridad, ¿creía usted que él era inocente?

—Sí —replicó *Mr*. Mayherne.

—Pobrecillo —rió ella.

—Y aún lo sigo creyendo —terminó el abogado—. Buenas noches, señora.

Salió de la habitación llevándose impresa en su memoria su

expresión asombrada. «¡Este será un asunto endiablado!», se dijo mientras enfilaba la calle.

Todo el asunto era extraordinario. Una mujer extraordinaria, una mujer muy peligrosa. Las mujeres eran el diablo cuando iban a por uno.

¿Qué hacer? Aquel desdichado joven no tenía ni dónde apoyarse. Claro que posiblemente había cometido el crimen.

«No —se dijo *Mr*. Mayherne—, hay demasiadas cosas en contra suya. No creo a esa mujer. Se ha inventado toda la historia, pero no se atreverá a contarla ante el jurado».

Hubiera querido estar más seguro en este punto.

Los procedimientos judiciales fueron breves y dramáticos. Los principales testigos de cargo eran Janet Mackenzie, doncella de la víctima, y Romaine Heilger, de nacionalidad austríaca, la amante del detenido.

Mr. Mayherne escuchó la historia condenatoria de esta última. Estaba en la línea que le indicara durante su entrevista.

El detenido se reservó su defensa y se fijó la fecha del proceso.

Mr. Mayherne estaba desesperado. El caso contra Leonard Vole estaba de lo más negro, e incluso el famoso abogado criminalista encargado de la defensa le daba muy pocas esperanzas.

—Si pudiéramos rebatir el testimonio de esa austríaca, tal vez lográsemos algo —dijo sin gran convencimiento—. Pero es un mal asunto.

Mr. Mayherne había concentrado sus energías en un solo punto. Si Leonard Vole decía la verdad y había abandonado la casa de la víctima a las nueve, ¿quién era el hombre que Janet oyó hablar con *miss* French a las nueve y media?

El único rayo de luz era un incorregible sobrino de la víctima que tiempo atrás había acosado y amenazado a su tía para sacarle dinero. Janet Mackenzie, como supo el abogado, siempre había sentido aprecio por ese joven y nunca había dejado de apoyar su causa ante su ama. Parecía posible que fuese este sobrino el que visitara a *miss* French después de marcharse Leonard Vole, especialmente cuando no se le encontraba en los lugares en que acostumbraba.

En todas las demás direcciones, las pesquisas del abogado habían sido negativas. Nadie había visto a Leonard Vole entrar en su casa, o salir de la de *miss* French. Nadie había visto a otro hombre entrar o salir de la casa de Cricklewood. Todas las averiguaciones fueron inútiles.

Era la víspera de la causa, cuando *Mr*. Mayherne recibió la carta que dirigiría sus pensamientos en una dirección enteramente nueva.

Llegó con el correo de las seis de la tarde. Una caligrafía horrenda, escrita en un papel vulgar, metido en un sobre manchado y el sello mal pegado.

La leyó una o dos veces antes de captar el significado.

Muy señor mío:

Usted es el picapleitos que representa al tipo joven. Si quiere pillar a esa tunante extranjera pintarrajeada que no cuenta más que cochinas mentiras, venga esta noche al número 16 de Shaw's Rents Stepney. Tendrá que aflojar doscientas libras. Pregunte por Mrs. Mogson.

El abogado leyó y releyó la extraña epístola. Claro que podía ser un engaño, pero cuanto más lo pensaba más se convencía de su autenticidad, así como de que era la única esperanza del detenido. El testimonio de Romaine Heilger le había condenado por completo, y el argumento que la defensa se proponía seguir: hacer resaltar que el testimonio de una mujer que había confesado llevar una vida inmoral no era digno de crédito, como mínimo era bastante flojo.

Mr. Mayherne tomó una decisión. Era su deber salvar a su cliente a toda costa. Tenía que ir a Shaw's Rents.

Tuvo alguna dificultad en encontrar el sitio, un edificio destartalado en una barriada maloliente, pero al fin lo consiguió y, al preguntar por *Mrs*. Mogson, le enviaron a una habitación del tercer piso.

Llamó a la puerta y, al no obtener respuesta, repitió la llamada.

Esta vez oyó el arrastrar de unas chancletas en el interior y al fin se abrió la puerta cautelosamente, y una figura encorvada espió por la rendija.

De pronto la mujer, porque era una mujer, soltó una risita y

abrió la puerta de par en par.

—De modo que es usted, querido —dijo con voz asmática—. Viene solo, ¿verdad? ¿Ningún truco? Así está bien. Puede pasar, puede pasar.

Con cierta repugnancia el abogado traspasó el umbral y entró en un sucio y pequeño cuarto, iluminado por un mechero de gas. En un rincón se veía la cama sin hacer, una mesa sencilla y dos sillas desvencijadas. Por primera vez *Mr*. Mayherne vio de cuerpo entero a la inquilina de aquel hediondo apartamento. Era una mujer de mediana edad, encorvada, con el pelo gris y alborotado que ocultaba parte del rostro con una bufanda. Al ver su mirada, volvió a reír con aquella curiosa risa desabrida.

—¿Se pregunta por qué escondo mi belleza, encanto? Je, je, je. Teme que pueda tentarle, ¿eh? Pero ya verá, ya verá.

Apartó un poco la bufanda y el abogado retrocedió involuntariamente ante aquella informe masa de carne enrojecida. La mujer volvió a cubrirse el rostro.

—¿De manera que no quieres besarme, querido? Je, je, no me extraña. Y sin embargo, fui una chica bonita, y de eso no hace tanto tiempo como usted se imagina. El vitriolo, querido, el vitriolo me hizo esto. ¡Ah!, pero me vengaré de ellos.

Lanzó un torrente de obscenidades que *Mr*. Mayherne trató en vano de contener. Al fin se quedó silenciosa mientras abría y cerraba los puños con gesto nervioso.

—Basta —dijo el abogado con dureza—. He venido aquí porque tengo motivos para creer que usted puede darme información que ayudará a mi cliente, Leonard Vole. ¿No es así?

Sus ojos le miraron escrutadores.

—¿Y qué hay del dinero, querido? —Jadeó—. Acuérdese de las doscientas libras.

—Es su deber testimoniar y pueden obligarla a hacerlo.

—No me venga con cuentos, querido. Soy una vieja y no sé nada, pero déme las doscientas libras y tal vez pueda darle una o dos pistas. ¿Qué le parece?

—¿Qué clase de pistas?

—¿Qué le parece una carta? Una carta de ella. No importa cómo la conseguí. Eso es cosa mía. Lo sacaré del aprieto. Pero quiero mis doscientas libras.

Mr. Mayherne la miró fríamente y tomó una determinación.

—Le daré diez libras nada más. Y sólo si esa carta es lo que usted dice.

—¿Diez libras? —gritó encolerizada.

—Veinte —replicó el abogado—. Y es mi ultima oferta.

Se levantó como si fuera a marcharse. Luego, sin dejar de mirarla, sacó su billetero y contó veinte libras una a una.

—Vea —dijo—, es todo lo que llevo encima. Lo toma o lo deja.

Pero ya sabía que la vista del dinero sería demasiada tentación. Maldijo y protestó impotente, pero al fin cedió. Se acercó a la cama y sacó algo de debajo del colchón roto.

—¡Aquí tiene, maldita sea! —gruñó—. La que usted quiere es la de encima.

Le arrojó un paquete de cartas que *Mr*. Mayherne desató y repasó con su habitual aire frío y metódico. La mujer, que le miraba ansiosamente, no adivinó nada en su rostro impasible.

Leyó todas las cartas, luego volvió a la primera y la leyó por segunda vez. Después ató de nuevo el paquete con todo cuidado.

Eran cartas de amor escritas por Romaine Heilger, y el hombre a quien iban dirigidas no era Leonard Vole. La de encima estaba fechada el día del arresto de Vole.

—¿Ve cómo le dije la verdad, querido? Esa carta la descubre, ¿no es cierto?

Mr. Mayherne guardó las cartas en su bolsillo, antes de hacer la siguiente pregunta:

—¿Cómo consiguió usted esta correspondencia?

—Eso es cosa mía —respondió con un tono burlón—. Pero sé algo más. En el juzgado oí lo que dijo esa tunanta. Averigüe dónde estuvo a las diez y veinte, la hora que dice ella que estaba en casa. Pregunte en el cine, en Lion Road. Recordarán a una joven tan atractiva como ella, ¡maldita sea!

—¿Quién es el hombre? —quiso saber *Mr*. Mayherne—. Aquí sólo aparece el nombre de pila.

La voz de la mujer se hizo más pastosa y ronca, y sus manos se abrieron y cerraron. Al fin acercó una mano al rostro.

—Es el que me hizo esto. Ya han pasado muchos años. Ella me lo quitó… entonces era una chiquilla. Y cuando fui tras él, cuando fui a por él, ¡me arrojó la maldita porquería a la cara! ¡Y ella se rió,

la muy condenada! Hace años que sigo espiándola. ¡Y ahora la he pescado! Sufrirá por esto, ¿verdad, señor abogado, que ella sufrirá?

—Probablemente será condenada por perjurio —replicó *Mr*. Mayherne en voz baja.

—Que la encierren, eso es lo que quiero. Se marcha usted, ¿verdad? ¿Dónde está mi dinero? ¿Dónde está mi dinerito?

Sin una palabra, el abogado depositó los billetes encima de la mesa, y luego, con un profundo suspiro, salió de la triste habitación. Al volverse desde la puerta, vio a la mujer que se abalanzaba sobre el dinero.

No perdió tiempo. Encontró el cine en Lion Road sin dificultad y, al mostrarle la fotografía de Romaine Heilger, el acomodador la reconoció en seguida. Había llegado acompañada de un hombre, poco después de las diez de la noche en cuestión. No se había fijado en su acompañante, pero recordaba que ella le preguntó por la película que proyectaban. Se quedaron hasta el final, cosa de una hora más tarde.

Mr. Mayherne estaba satisfecho. El testimonio de Romaine Heilger era una sarta de mentiras desde el principio hasta el fin, producto de su odio apasionado. El abogado se preguntó si llegaría a saber lo que se escondía tras aquel aborrecimiento. ¿Qué le había hecho Leonard Vole? Se había quedado de una pieza cuando el abogado le dio cuenta de la actitud de ella. Había dicho inmediatamente que eso era increíble, aunque a *Mr*. Mayherne le pareció que pasada la primera sorpresa, sus protestas no eran sinceras.

Él lo sabía. *Mr*. Mayherne estaba convencido de ello. Lo sabía, pero no había querido revelarlo, y el secreto entre los dos seguiría siendo un secreto. *Mr*. Mayherne se preguntó si algún día conocería de qué se trataba.

El abogado consultó su reloj. Era tarde, pero el tiempo lo era todo. Tomó un taxi y le indicó una dirección.

«*Sir* Charles debe saberlo en seguida», se dijo mientras subía al vehículo.

La vista de la causa contra Leonard Vole, acusado del asesinato de Emily French, despertó un inmenso interés. En primer lugar, el

detenido era joven y atractivo, había sido acusado de un crimen despiadado y tenía el interés añadido de Romaine Heilger, el principal testigo de cargo, cuya fotografía había aparecido en muchos periódicos junto con diversas historias ficticias sobre su origen y su pasado.

Los preliminares transcurrieron normalmente. Primero se expuso la evidencia técnica, y luego llamaron a declarar a Janet Mackenzie, que contó poco más o menos la misma historia que antes. Durante el interrogatorio de la defensa, se contradijo un par de veces al exponer las relaciones de *Mr*. Vole con *miss* French. El abogado defensor recalcó que si bien creyó oír una voz masculina aquella noche en la sala, no había nada que demostrase que fuera Vole quien estuviera allí, y consiguió dar la impresión de que sus celos y antipatía hacia el acusado estaban en el fondo de su testimonio.

Luego hicieron comparecer a la siguiente testigo.

—¿Se llama usted Romaine Heilger?

—Sí.

—¿Es usted súbdita austríaca?

—Sí.

—¿Durante los últimos tres años ha vivido usted con el acusado, haciéndose pasar por su esposa?

Por un momento los ojos de Romaine Heilger se encontraron con los del hombre sentado en el banquillo. Su expresión tenía algo curioso e insondable.

—Sí.

Las preguntas se fueron sucediendo, y palabra por palabra surgieron los hechos acusadores. La noche en cuestión el acusado se había llevado una palanqueta y, al regresar a las diez y veinte, había confesado haber matado a la anciana. Tenía los puños de las mangas manchados de sangre y los había quemado en la cocina. Antes, con amenazas, la había obligado a guardar silencio.

A medida que contaba su historia, la impresión del jurado, que al principio había sido ligeramente favorable al acusado, se volvió totalmente en su contra. Él mantenía la cabeza inclinada y su aire de desaliento daba a entender que se veía condenado.

No obstante, cabe mencionar que el propio fiscal buscó contener la animosidad de Romaine que hubiera preferido que fuese más imparcial.

El abogado defensor se puso de pie, con aire grave e imponente.

La acusó de que su historia era una maliciosa invención desde el principio al fin, que ni siquiera había estado en su casa a la hora en cuestión, que estaba enamorada de otro hombre y que pretendía deliberadamente condenar a muerte a Vole por un crimen que no había cometido.

Romaine negó todas estas acusaciones con la mayor insolencia.

Luego llegó la sorpresa: la presentación de la carta que fue leída en voz alta y en medio del mayor silencio.

> *¡Queridísimo Max, los hados le han puesto en nuestras manos! Ha sido detenido acusado de asesinato… sí, del asesinato de una anciana. ¡Leonard, que no sería capaz de hacer daño a una mosca! Al fin lograré mi venganza. ¡Pobre desgraciado! Diré que aquella noche llegó a casa manchado de sangre y que me lo confesó todo. Haré que lo ahorquen, Max, y cuando penda de la cuerda, comprenderá que fue Romaine quien le condenó. Y después… ¡la felicidad, amor mío! ¡La felicidad por fin!*

Había peritos presentes para testificar que la letra era de Romaine Heilger, pero no fue necesario. Al terminar la lectura de la carta, Romaine se desmoronó y lo confesó todo. Leonard Vole había regresado a su casa a la hora que dijo, las nueve y veinte. Ella había inventado toda la historia para acabar con él.

Con el desmoronamiento de Romaine Heilger, también se desmoronó la acusación. *Sir* Charles hizo comparecer a sus pocos testigos y el propio acusado prestó declaración de una forma directa y varonil, y contestó sin vacilar las preguntas del fiscal.

La acusación hizo todo lo posible y, aunque el resumen del juez no fue del todo favorable al acusado, ya se había afianzado la reacción del jurado que no necesitó mucho tiempo para pronunciar su veredicto.

—Encontramos al prisionero inocente.

¡Leonard Vole era libre!

El menudo *Mr*. Mayherne se levantó de su asiento. Debía felicitar a su cliente.

Sin darse cuenta, se encontró limpiando sus gafas. Su esposa había dicho, precisamente la noche antes, que aquello se estaba

convirtiendo en un hábito. Los hábitos eran una cosa curiosa. Las personas no se daban cuenta de que los tenían.

Un caso interesante, interesantísimo. Aquella mujer… Romaine Heilger.

Para él el caso seguía dominado por la exótica figura de Romaine Heilger. Le había parecido una mujer pálida y discreta en su casa de Paddington, pero en la audiencia se había mostrado vehemente, ardiente como una flor tropical.

Si cerraba los ojos volvía a verla, alta y apasionada, con su hermoso cuerpo ligeramente inclinado hacia delante mientras cerraba y abría inconscientemente la mano derecha.

Cosas curiosas los hábitos. Aquel gesto con la mano debía serlo. Sin embargo, se lo había visto hacer a otra persona últimamente, hacía poco. ¿Quién sería? Contuvo el aliento al recordarlo de pronto. La mujer de Shaw's Rents.

Permaneció inmóvil mientras la cabeza le daba vueltas. Era imposible. Sin embargo, Romaine Heilger había sido actriz.

El defensor se acercó y le puso la mano en el hombro.

—¿Todavía no ha felicitado a nuestro hombre? Se ha librado por los pelos. Vamos a verle.

Pero el abogado retiró la mano de su hombro.

Sólo deseaba una cosa: ver a Romaine Heilger.

No consiguió verla hasta algún tiempo después, y el lugar de su encuentro no hace al caso.

—De modo que lo adivinó —le dijo Romaine cuando él le hubo contado todo—. ¿El rostro? ¡Oh, eso fue bastante fácil! Y la escasa luz del mechero de gas le impidió descubrir el maquillaje.

—Pero ¿por qué… por qué?

—¿Por qué quise jugar por mi cuenta? —Sonrió al recordar la última vez que había empleado esas palabras.

—¡Una farsa tan complicada!

—Amigo mío, tenía que salvarlo. Y el testimonio de una mujer enamorada de él no hubiera sido suficiente, usted mismo lo dejó entrever. Pero yo conozco un poco la psicología de la masa. Al dejar que mi testimonio quedara desvirtuado, desacreditado a los ojos de la ley, lograría inmediatamente una reacción favorable hacia el acusado.

—¿Y el montón de cartas?

—Una sola, la importante, hubiera podido despertar sospechas.

—¿Y el hombre llamado Max?

—Nunca existió, amigo mío.

—Todavía sigo pensando —dijo *Mr*. Mayherne con pesar— que podríamos haberle salvado por el… por el procedimiento corriente.

—No quise arriesgarme. Comprenda, usted pensaba que era inocente…

—¿Y usted lo sabía? Ya entiendo —dijo el abogado.

—Mi querido *Mr*. Mayherne —replicó Romaine—, usted no entiende nada. ¡Yo sabía que era culpable!

2

La señal roja

—No, pero qué emocionante —dijo la hermosa *Mrs*. Eversleigh, abriendo mucho sus bonitos, aunque un poco vacuos, ojos azules—. Siempre se ha dicho que las mujeres poseemos un sexto sentido. ¿Usted cree que es cierto, *sir* Alington?

El famoso alienista mostró una sonrisa sardónica. Sentía un desprecio inmenso hacia las mujeres bonitas pero tontas, como era el caso de su compañera de mesa. Alington West era la suprema autoridad en enfermedades mentales, y estaba plenamente convencido de su posición e importancia. Era un hombre muy corpulento y algo pomposo.

—Sé que se dicen muchas tonterías, *Mrs*. Eversleigh. ¿Qué significa eso del sexto sentido?

—Ustedes los científicos son siempre tan serios. Y realmente es extraordinario cómo una sabe las cosas algunas veces. Sólo saberlas, sentirlas; quiero decir que… es algo misterioso de veras. Claire sabe a qué me refiero, ¿no es verdad, Claire?

Se dirigió a su anfitriona con un leve mohín.

Claire Trent no respondió en seguida. Se trataba de una cena: ella y su marido, Violet Eversleigh, *sir* Alington West y su sobrino Dermont West, que era un viejo amigo de Jack Trent. El propio Jack Trent, un hombre más bien grueso y coloradote de sonrisa alegre y risa afable, fue quien continuó la conversación:

—¡Tonterías, Violet! Tu mejor amigo muere en un accidente ferroviario y en seguida recuerdas que el martes soñaste con un gato negro… ¡Maravilloso, tú sabías que algo iba a ocurrir!

—¡Oh, no, Jack, confundes los presentimientos con la intuición!

Vamos, *sir* Alington, tiene usted que admitir que los presentimientos existen.

—Quizá, hasta cierto punto —admitió el médico con reserva—. Pero la mayoría son coincidencias y luego se sigue la inevitable tendencia de inventar la mayor parte de la historia. Eso es algo que siempre hay que tener en cuenta.

—Yo no creo en los presentimientos —dijo Claire Trent con brusquedad—, ni en la intuición, ni en el sexto sentido, ni en ninguna de esas cosas. Vamos por la vida como un tren que avanza velozmente a través de la oscuridad hacia un destino desconocido.

—No es un símil muy apropiado, *Mrs*. Trent —objetó Dermont West que alzó la cabeza por primera vez para tomar parte en la discusión. Había un extraño brillo en sus ojos gris claro que contrastaba con el intenso bronceado de su piel—. Vera, se ha olvidado usted de las señales.

—¿Las señales?

—Sí, verde cuando hay vía libre y roja para indicar ¡peligro!

—¡Roja para el peligro, qué emocionante! —suspiró Violet Eversleigh.

Dermont se despreocupó de ella con cierta impaciencia.

—Claro que es sólo una manera de describirlo. ¡Peligro delante! ¡La señal roja! ¡Cuidado!

Trent le contempló con curiosidad.

—Hablas como si hubieras tenido alguna experiencia, Dermont.

—Y la tuve… así fue, eso quiero decir.

—Cuéntanos ese cuento.

—Puedo poner un ejemplo. En Mesopotamia, después del armisticio, una noche al entrar en mi tienda experimenté una extraña sensación. ¡Peligro! ¡Vigila! No tenía la menor idea de qué se trataba. Di una vuelta por el campamento, pero nada, y tomé todas las precauciones posibles contra un ataque de los árabes enemigos. Luego regresé a mi tienda y, al entrar, aquella sensación volvió a surgir más fuerte que nunca. ¡Peligro! Al final me llevé una manta al exterior y dormí al raso.

—¿Y bien?

—A la mañana siguiente, cuando entré en mi tienda, lo primero que vi fue un gran cuchillo, de medio metro de largo, clavado en mi litera, precisamente en el lugar donde yo hubiera estado

durmiendo. Pronto descubrí quién había sido: uno de los criados árabes. Su hijo había sido fusilado por espía. ¿Qué tienes que decir de esto, tío Alington? ¿No es un ejemplo de lo que yo llamo señal roja?

El especialista sonrió sin comprometerse.

—Una historia muy interesante, mi querido Dermont.

—Pero que no aceptas sin reservas.

—Sí, sí, no me cabe duda de que tuviste el presentimiento del peligro tal como dices. Pero es el origen del presentimiento lo que discuto. Según tú, vino desde fuera, impreso en tu mente por algún factor externo. Pero hoy en día sabemos que casi todo proviene de dentro, de nuestro propio subconsciente.

—Nuestro viejo amigo el subconsciente —señaló Jack Trent—. Sirve tanto para un fregado como para un barrido.

Sir Alington continuó sin hacer caso de la interrupción.

—Yo sugiero que ese árabe se traicionó con alguna mirada o un gesto. Tu consciente no lo notó o recordó, pero en tu subconsciente ocurrió lo contrario. El subconsciente nunca olvida. Creemos también que puede razonar y deducir independientemente de la voluntad del consciente. Por lo tanto, tu subconsciente creyó que intentarían asesinarte, y logró transmitir el aviso de alerta a tu consciente.

—Admito que resulta muy convincente —dijo Dermont con una sonrisa.

—Pero no tan excitante —intervino *Mrs*. Eversleigh.

—También es posible que, en tu subsconsciente, te hubieras dado cuenta del odio que ese hombre sentía hacia ti. Lo que antiguamente solía llamarse telepatía existe, desde luego, aunque las circunstancias que la rigen son poco conocidas.

—¿Sabes tú de algún otro ejemplo? —le preguntó Claire a Dermont.

—¡Oh, sí, pero nada interesante! Y supongo que podría explicarse como una coincidencia. Hace tiempo rechacé una invitación para ir al campo por la única razón de la «señal roja», y la casa se quemó durante aquella semana. A propósito, tío Alington, ¿dónde interviene aquí el subconsciente?

—Temo que no intervenga para nada —replicó *sir* Alington sonriente.

—Pero tendrás otra explicación igualmente buena. Vamos, no es necesario ser tan cauto con los parientes.

—Está bien, sobrino. En este caso diría que rechazaste esa invitación sólo porque no te apetecía ir, y que después del incendio, te dijiste que habías presentido el peligro, explicación que ahora crees sin reserva.

—Es inútil —se rió Dermont—. Tú siempre ganas.

—No importa, *Mr*. West —exclamó Violet Eversleigh—. Yo creo en su señal roja. ¿Y fue en Mesopotamia la última vez que la sintió?

—Sí, hasta…

—¿Cómo dice?

—Nada.

Dermont guardó silencio. Las palabras que había estado a punto de pronunciar eran: «Sí, hasta esta noche». Habían acudido a sus labios, expresando un pensamiento que aún no había registrado su consciente, pero en el acto comprendió que eran ciertas. La señal roja brillaba en la oscuridad. ¡Peligro! ¡Peligro inminente!

Pero ¿por qué? ¿Qué peligro podía haber aquí, en la casa de sus amigos? Al menos, bueno, sí, estaba aquel peligro. Miró a Claire Trent, blanca, esbelta, con aquella exquisita cabellera dorada. Pero aquel peligro existía desde hacía tiempo y nunca se manifestaría porque Jack Trent era su mejor amigo, y más todavía: el hombre le había salvado la vida en Flandes y le habían recompensado por ello con la Cruz de la Victoria… Buen chico, Jack, de los mejores. Era mala suerte haberse enamorado de la esposa de Jack. Ya se le pasaría. Nada duraba eternamente. Acabaría por arrancársela del corazón… eso es, la arrancaría de cuajo. Ella no lo sabría nunca, y si lo adivinaba, no habría peligro. Era una estatua, una bella estatua, de oro y marfil y coral rosa. Un juguete para un rey, no una mujer real.

Claire… el mero sonido de su nombre, pronunciado en silencio, le dolía. Debía sobreponerse. Había amado antes a otras mujeres. «¡Pero no así!», le dijo una voz interior. «Así no». Bueno, era inevitable. Pero no había peligro en ello. Mal de amores, sí, pero no había peligro. No aquel peligro de la señal roja. Aquello era por otra cosa.

Miró alrededor de la mesa, y por primera vez se apercibió de que esta reunión era poco corriente. Su tío, por ejemplo, raramente

asistía a cenas informales como ésta. Hubiera sido distinto de ser los Trent antiguos amigos suyos, pero hasta esta noche Dermont no había sabido que los conocía a todos. Por supuesto había una excusa. Después de la cena, iba a venir una médium bastante famosa para celebrar una *séance* y *sir* Alington decía tener un ligero interés por el espiritismo. Sí, desde luego, aquello era una excusa.

La palabra cobró un nuevo relieve. Una excusa. ¿Acaso la *séance* era sólo una excusa para hacer que la presencia del especialista pareciera natural? De ser así, ¿cuál era el verdadero motivo? Una serie de detalles acudieron a la mente de Dermont, insignificancias inadvertidas en su momento o, como su tío hubiera dicho, inadvertidas para su mente consciente.

El gran especialista había mirado de forma extraña, muy extraña, a Claire en más de una ocasión. Parecía estar vigilando. Ella estaba intranquila por el escrutinio. Hacía continuos movimientos con las manos. Estaba nerviosa, terriblemente nerviosa y, además, ¿asustada? ¿Por qué asustada?

Sobresaltado, volvió a seguir la conversación. *Mrs*. Eversleigh había conseguido que el gran hombre hablara de su profesión.

—Mi querida señora —le estaba diciendo—, ¿qué es la locura? Le aseguro que, cuanto más estudiamos el tema, más difícil se nos hace de precisar. Todos practicamos el autoengaño y, cuando lo llevamos al extremo de creernos Napoleón, nos encierra o nos aíslan. Pero hay un largo trecho antes de llegar a este extremo. ¿En qué punto preciso debemos instalar un poste que diga: «Aquí termina la cordura y empieza la locura»? Saben, no se puede hacer. Y les diré una cosa: si el individuo que sufre esa alucinación no dijera nada, es probable que nunca pudiéramos distinguirlo de otro normal. La extraordinario cordura de los locos es un tema interesante.

Sir Alington bebió un trago de vino, lo paladeó apreciativamente y miró complacido a los presentes.

—Siempre he oído decir que son muy astutos —observó *Mrs*. Eversleigh—. Me refiero a los chiflados.

—Muchísimo. Y muy a menudo la represión de ese autoengaño tiene efectos desastrosos. Todas las represiones son peligrosas, como nos ha enseñado el psicoanálisis. El hombre que tiene una manía inofensiva y puede gozar de ella, rara vez cruza la frontera. Pero el

hombre… —hizo una pausa— o la mujer que parece normal, puede en realidad ser una fuente de peligro agudo para la sociedad.

Su mirada se fijó un momento en Claire. Tomó otro trago de vino.

Un profundo temor estremeció a Dermont. ¿Qué es lo que había querido decir? ¿Adonde quería ir a parar? Imposible, pero…

—Y todo por reprimirse —suspiró *Mrs*. Eversleigh—. Comprendo que se deba siempre tener mucho cuidado al expresar la propia personalidad. Los peligros de la otra son terribles.

—Mi querida *Mrs*. Eversleigh —protestó el médico—, no me ha comprendido usted. La causa del mal está en el estado físico del cerebro, algunas veces producido por un agente externo como un golpe, y otras, congénito.

—Las enfermedades hereditarias son tan tristes —comentó la dama—. La tuberculosis y otras por el estilo.

—La tuberculosis no es hereditaria —respondió *sir* Alington en tono seco.

—¿No? Siempre pensé que lo era. ¡Pero la locura lo es! ¡Qué horrible! ¿Y cuáles más?

—La gota —dijo *sir* Alington con una sonrisa— y el daltonismo, este último es muy interesante. Se transmite directamente a los varones, pero queda latente en las mujeres. De manera que, mientras hay muchos hombres que lo padecen, para que una mujer sufra daltonismo la enfermedad tiene que haber estado latente en su madre y presente en su padre, cosa bastante difícil. Eso es lo que se llama herencia ligada al sexo.

—Qué interesante. Pero no ocurre lo mismo con la demencia, ¿verdad?

—La demencia se transmite indistintamente —replicó el médico en tono grave.

Claire se puso de pie con un movimiento tan brusco que tumbó la silla al suelo. Estaba muy pálida y seguía moviendo las manos con gestos nerviosos.

—No… no tardarán ustedes mucho, ¿verdad? —suplicó—. *Mrs*. Thompson llegará dentro de pocos minutos.

—Otra copita de oporto y estaré con ustedes —dijo *sir* Alington —. He venido para ver la sesión de esa maravillosa *Mrs*. Thompson, ¿no? ¡Ja, ja! Aunque hubiera venido de todas maneras. —Se

levantó.

Claire agradeció el cumplido con una sonrisa y salió de la habitación, con una mano apoyada en el hombro de *Mrs*. Eversleigh.

—Temo haberme puesto pesado hablando de mi profesión —comentó al volver a sentarse—. Perdóneme, amigo mío.

—No tengo nada que perdonar —replicó Trent cortésmente.

Parecía tenso y preocupado, y por primera vez Dermont se sintió extraño en compañía de su amigo. Entre aquellos dos había un secreto que un viejo amigo quizá no podía compartir y, no obstante, todo aquello era fantástico e increíble. ¿En qué podía basarse? En nada más que en un par de miradas y el nerviosismo de una mujer.

Se entretuvieron poco bebiendo el oporto, y entraron en el salón en el momento en que anunciaban a *Mrs*. Thompson.

La médium era una mujer regordeta, de mediana edad, con un hombre vestido de terciopelo color magenta, y una voz potente y vulgar.

—Espero no haber llegado tarde, *Mrs*. Trent —dijo alegremente —. Me dijo usted a las nueve, ¿verdad?

—Es usted muy puntual, *Mrs*. Thompson —respondió Claire con su voz ligeramente ronca—. Este es nuestro pequeño círculo.

No hubo presentaciones, porque ésa era la costumbre. La médium los contempló a todos con ojos astutos y penetrantes.

—Espero que obtengamos buenos resultados —observó con vivacidad—. No saben ustedes lo que aborrezco ponerme en trance y no poder dar satisfacción, por así decir. Me vuelve loca. Pero creo que Shiromako, mi control japonés, podrá hacerlo bien esta noche. Me sentía muy bien y he renunciado al tomar un *welsh rarebit*[1], con lo aficionada que soy al queso.

Dermont escuchaba, mitad divertido, mitad disgustado. ¡Qué prosaico era todo aquello! Y no obstante, ¿no se estaba equivocando? Al fin y al cabo todo era natural. Los poderes proclamados por los médiums eran poderes naturales aunque todavía poco comprendidos. Y si un gran cirujano debía precaverse de una indigestión si tenía que realizar una delicada operación, ¿por qué no *Mrs*. Thompson?

Las sillas se colocaron en círculo y las luces de manera que pudieran subirse o bajarse a voluntad. Dermont observó que no

hubo preguntas de prueba y que *sir* Alington se abstuvo de cualquier comentario sobre las condiciones de la *séance*. No, aquello era sólo un pretexto. *Sir* Alington había ido allí por otro motivo. Dermont recordó que la madre de Claire había muerto en el extranjero. Había habido un cierto misterio al respecto… enfermedades hereditarias…

Con esfuerzo volvió su atención a lo que ocurría a su alrededor en aquellos momentos.

Todos ocuparon sus puestos y se apagaron todas las luces, excepto una pequeña lámpara roja sobre una mesa apartada.

Durante un buen rato no se oyó otra cosa que la respiración lenta y regular de la médium, que se fue haciendo gradualmente más estertórea. Luego, con una brusquedad que hizo saltar a Dermont, sonó un golpe al otro extremo de la habitación, y que se repitió al otro lado. Luego fueron *in crescendo*, por fin cesaron y se oyó una risa histérica. Después un silencio, que fue roto por una voz muy distinta a la de *Mrs*. Thompson, una voz muy aguda y con un extraño acento.

—Aquí estoy, caballeros. Ssssí, estoy aquí. ¿Desean preguntarme cosas?

—¿Quién eres? ¿Shiromako?

—Sssssí. Yo, Shiromako. Salí de este mundo hace muchísimo tiempo. Trabajo. Soy muy feliz.

Siguieron más detalles de la vida de Shiromako, todos muy vulgares y sin interés, como Dermont había oído en otras ocasiones. Todos eran felices, muy felices, y los mensajes provenían de parientes tan vagamente descritos que podían encajar con cualquiera. Una dama anciana, la madre de uno de los presentes, estuvo repartiendo máximas de calendario con un aire de novedad que resultaba ridículo.

—Alguien más quiere comunicarse ahora —anunció Shiromako —. Tiene un mensaje muy importante para uno de los caballeros.

Hubo una pausa y luego una voz nueva inició su discurso con una risa endemoniada.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Mejor que no vuelva a su casa. Mejor que no vuelva a su casa. Siga mi consejo.

—¿A quién le está hablando? —preguntó Trent.

—A uno de ustedes tres. Yo de él no volvería a su casa. ¡Peligro!

¡Sangre! No mucha sangre… demasiada. No, no vuelva a su casa. —La voz se alejó—. ¡No vuelva a su casa!

Se apagó por completo. Dermont sintió que le hervía la sangre convencido de que aquel mensaje iba dirigido a él. Sea como fuere, aquella noche estaba llena de peligro.

Se oyó un profundo suspiro de la médium y luego un gemido. Volvía en sí. Se encendieron las luces y al fin se enderezó parpadeando.

—¿Fue bien, querida? Espero que sí.

—Muy bien, gracias, *Mrs*. Thompson.

—¿Shiromako, supongo?

—Sí, y otros.

Mrs. Thompson bostezó.

—Estoy rendida. Completamente deshecha. Bueno, celebro que haya sido un éxito. Tenía miedo de que ocurriera algo desagradable. Hay una sensación extraña en esta habitación.

Miró por encima de los hombros, primero a un lado y luego al otro, y al fin los alzó intranquila.

—No me gusta —dijo—. ¿Ha habido alguna muerte repentina entre ustedes, últimamente?

—¿Qué quiere decir… entre nosotros?

—¿Algún pariente cercano, un amigo querido? Bueno, si quisiera ponerme melodramática diría que esta noche flotó la muerte en el aire. Vaya, son tonterías mías. Adiós, *Mrs*. Trent. Celebro que haya quedado satisfecha.

Mrs. Thompson, con su vestido de terciopelo color magenta, salió de la habitación.

—Espero que le haya interesado, *sir* Alington —murmuró Claire.

—Una velada muy interesante, mi querida señora. Muchísimas gracias por haberme proporcionado esta oportunidad. Permítame desearle muy buenas noches. Van a ir a bailar, ¿no es cierto?

—¿Es que no quiere acompañarnos?

—No, no. Tengo la costumbre de acostarme a las once y media. Buenas noches, *Mrs*. Eversleigh. Ah, Dermont, quisiera hablar contigo. ¿Puedes venir ahora? Luego puedes reunirte con ellos en las Galerías Grafton.

—Claro que sí, tío. Me reuniré allí con vosotros, Trent.

Muy pocas palabras intercambiaron tío y sobrino durante el

corto trayecto hasta Harley Street. *Sir* Alington se disculpó a medias por haberle arrastrado, y le aseguró a Dermont que sólo le entretendría unos pocos minutos.

—¿Quieres que te deje el coche, muchacho? —le preguntó cuando se apeaban.

—No, no te preocupes, tío. Cogeré un taxi.

—Muy bien. No me gusta hacer esperar a Charlson. ¿Dónde diablos habré puesto la llave?

El coche se alejó, mientras *sir* Alington rebuscaba en sus bolsillos.

—Debo haberla dejado en la otra americana —dijo al fin—. Llama al timbre, ¿quieres? Supongo que Johnson estará todavía levantado.

El imperturbable Johnson abrió la puerta al momento.

—Me dejé la llave, Johnson —exclamó *sir* Alington—. Sírvanos un par de whiskis con sifón en la biblioteca.

—Muy bien, *sir* Alington.

El médico entró en la biblioteca y encendió las luces. Luego le indicó a Dermont que cerrara la puerta.

—No te entretendré mucho, Dermont, pero hay algo que deseo decirte. ¿Es imaginación mía o sientes cierta… *tendresse*, digámoslo así, por la esposa de Jack Trent?

La sangre acudió al rostro de Dermont.

—Jack Trent es mi mejor amigo.

—Perdona, pero eso no responde a mi pregunta. Yo diría que consideras mis puntos de vista sobre el divorcio completamente puritanos, debo recordarte que eres mi único pariente y heredero.

—No es una cuestión de divorcio —replicó Dermont enojado.

—Desde luego que no, por una razón que quizá yo comprenda mejor que tú. Ahora no puedo dártela, pero deseo advertirte: Claire Trent no es para ti.

El joven sostuvo la mirada de su tío.

—Lo comprendo y permíteme que te diga que mejor de lo que tú crees. Conozco el motivo de tu presencia en la cena de esta noche.

—¿Eh? —La sorpresa era evidente—. ¿Cómo lo sabes?

—Digamos que lo adiviné, tío. ¿Tengo razón o no, si digo que estabas allí por razones profesionales?

Sir Alington empezó a pasear de un lado a otro.

—Tienes mucha razón, Dermont. Claro que yo no podía decírtelo, aunque me temo que pronto será del dominio público.

A Dermont se le contrajo el corazón.

—¿Quieres decir que ya has formado tu opinión?

—Sí, hay demencia en la familia por parte materna. Un caso lamentable, muy lamentable.

—No puedo creerlo, tío.

—No me extraña. Para un profano hay muy pocos signos aparentes.

—¿Y para un experto?

—La evidencia es concluyente. En este caso el paciente debe ser recluido lo más pronto posible.

—¡Dios mío! —suspiró Dermont—. Pero no es posible encerrar a nadie por nada.

—¡Mi querido Dermont! Estos pacientes sólo son recluidos cuando su libertad resulta un peligro para la comunidad.

—¿Un peligro?

—Un grave peligro. Probablemente en una peculiar forma de manía homicida. Ese fue el caso de su madre.

Dermont se volvió con un gemido y escondió el rostro entre las manos. ¡Claire, la dorada y blanca Claire!

—Dadas las circunstancias —continuó el médico—, creí mi deber advertirte.

—Claire —murmuró Dermont—. Mi pobre Claire.

—Sí, desde luego debemos compadecerla.

De pronto Dermont alzó la cabeza.

—No lo creo.

—¿Qué?

—Te digo que no lo creo. Los médicos cometen errores. Todo el mundo lo sabe, aunque sean eminencias en su especialidad.

—Mi querido Dermont… —exclamó *sir* Alington furioso.

—Te digo que no lo creo. Y, de todas maneras, aunque fuese así no me importa. Amo a Claire. Y si quiere venir conmigo, yo la llevaré lejos, muy lejos, fuera del alcance de médicos entrometidos. La guardaré y cuidaré de ella, amparándola con mi amor.

—Tú no harás nada de eso. ¿Estás loco?

Dermont rió con desprecio.

—Tú lo llamarías así, quizá.

—Compréndeme, Dermont. —El rostro de *sir* Alington estaba rojo por la emoción contenida—. Si haces eso… esa vergüenza, te retiraré la asignación que ahora te paso y haré nuevo testamento para dejar todo lo que poseo a varios hospitales.

—Haz lo que gustes con tu condenado dinero —dijo Dermont en voz baja—. Pero yo conseguiré a la mujer que amo.

—Una mujer que…

—¡Di una palabra contra ella, y por Dios que te mato! —gritó el muchacho.

El tintineo de los vasos hizo que ambos se volvieran. Con el acaloro de la discusión no habían oído a Johnson que entraba con la bandeja de las bebidas. Su rostro permanecía imperturbable como el de todo buen mayordomo, pero Dermont se preguntó cuánto había oído.

—Está bien, Johnson —le dijo *sir* Alington en tono seco—. Puede acostarse.

—Gracias, señor. Buenas noches, señor.

Johnson se retiró.

Los dos hombres se miraron. La momentánea interrupción había apaciguado los ánimos.

—Tío —dijo Dermont—, no debería haberte hablado así. Comprendo que, desde tu punto de vista, tienes muchísima razón. Pero hace mucho tiempo que quiero a Claire Trent. El hecho de que Jack sea mi mejor amigo, me ha impedido hablar con Claire, pero dadas las circunstancias eso ya no importa. Es absurda la idea de que el dinero pueda detenerme. Creo que los dos hemos dicho ya todo lo que teníamos que decirnos. Buenas noches.

—Dermont…

—Es inútil seguir discutiendo. Buenas noches, tío Alington. Lo siento, pero así están las cosas.

Salió rápidamente y cerró la puerta a sus espaldas. Cruzó el vestíbulo a oscuras, abrió la puerta principal y se encontró de nuevo en el exterior. Cerró de un portazo.

Un taxi acababa de dejar a su pasajero y Dermont lo tomó para dirigirse a las Galerías Grafton.

En la puerta de la sala de baile se detuvo un instante, desconcertado; la cabeza le daba vueltas. La estridente música de *jazz*, las mujeres sonrientes… era como si hubiera entrado en otro

mundo.

¿Lo habría soñado? Era imposible que hubiera sostenido realmente aquella desagradable conversación con su tío. Allí estaba Claire, semejante a un lirio, con su vestido blanco y plateado que cubría su cuerpo delgado como un guante. Ella le sonrió, el rostro tranquilo y sereno. Sin duda alguna, todo había sido un sueño.

El baile terminó y ella se acercó a Dermont, sonriente. Como en un sueño le pidió que bailara con él y ahora la tenía entre sus brazos mientras volvía a sonar la música estridente.

La sintió vacilar.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que lo dejemos?

—Si no te importa… ¿Por qué no vamos a algún sitio donde poder hablar? Tengo algo que decirte.

No era un sueño, y volvió a la realidad de golpe. ¿Cómo era posible que su rostro le hubiera parecido tranquilo y sereno? Si estaba lleno de angustia y de miedo. ¿Cuánto sabía?

Encontraron un rincón discreto y se sentaron.

—Bien —le dijo Dermont con una ligereza que no sentía—, ¿querías decirme algo?

—Sí. —Ella miraba al suelo. Jugaba nerviosa con una borla que adornaba su vestido—. Es algo difícil.

—Dime lo que sea, Claire.

—Es sólo esto: quiero que te marches por algún tiempo.

El joven estaba atónito. No sabía lo que esperaba, pero desde luego no aquello.

—¿Qué tú quieres que me marche? ¿Por qué?

—Es mejor ser sinceros, ¿no crees? Sé que eres un… un caballero y mi amigo, y quiero que te marches porque yo… yo me… me he aficionado demasiado a ti.

—Claire.

Sus palabras le dejaron mudo de asombro.

—Por favor, no creas que soy lo bastante presuntuosa para pensar que tú llegarías a enamorarte de mí. Es sólo que no soy muy feliz y… ¡Oh! Preferiría que te marcharas.

—Claire, ¿no sabes que te quiero con toda mi alma desde que te conocí?

Ella le miró sorprendida.

—¿Que me quieres? ¿Desde hace tiempo?

—Desde el principio.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Entonces? ¿Cuando podía ser para ti? ¿Por qué me lo dices ahora que es demasiado tarde? No, estoy loca, no sé lo que digo. Nunca hubiera podido ser para ti.

—Claire, ¿qué quieres decir con eso de que «ahora es demasiado tarde»? ¿Es… es por causa de mi tío? ¿Qué sabe él? ¿Qué cree?

Ella asintió atontada, con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

—Escucha, Claire, no tienes que creerlo. Ni pensar en ello. En vez de eso, vente conmigo. Iremos a los mares del Sur, a islas verde esmeralda. Yo cuidaré de ti, y a mi lado siempre estarás segura.

La rodeó con sus brazos y al acercarla a su cuerpo notó que temblaba. De pronto, Claire se liberó.

—Oh, no, por favor. ¿Es que no comprendes? Ahora no podría ser. Sería horrible… horrible… horrible. Siempre he deseado ser buena y ahora sería más horrible aún.

Él vaciló confundido por sus palabras. Claire le miraba suplicante.

—Por favor —le dijo—. Quiero ser buena.

Sin una palabra, Dermont se puso de pie y se marchó. Le habían emocionado y conmovido sus palabras, que no admitían discusiones. Fue a recoger el abrigo y el sombrero, y se encontró con Trent.

—Hola, Dermont, te marchas muy pronto.

—Sí, esta noche no estoy de humor para bailar.

—Es una noche de perros —dijo Trent un tanto apesadumbrado —. Pero tú no tienes mis preocupaciones.

Dermont sintió pánico de que Trent fuera a confiarse a él. ¡No, cualquier cosa menos eso!

—Bueno, hasta la vista —se apresuró a decir—. Me voy a casa.

—¿A casa, eh? ¿Y qué me dices de la advertencia de los espíritus?

—Correré el riesgo. Buenas noches, Jack.

El piso de Dermont no estaba lejos. Anduvo hasta allí, porque sentía necesidad del aire fresco de la noche para calmar su agitada mente. Entró en su casa y encendió la luz del dormitorio.

En el acto, por segunda vez aquella noche, notó la sensación que

él había designado como la señal roja. Era tan fuerte, que por el momento borró a Claire de su pensamiento.

¡Peligro! Estaba en peligro. ¡En este mismo instante, en esta misma habitación, estaba en peligro!

Trató en vano de librarse de aquel miedo ridículo. Quizá sólo lo intentaba a medias. Hasta entonces, la señal roja le había avisado siempre con tiempo para evitar el desastre. Sonriendo ante su propia superstición, inspeccionó todo el piso. Era posible que hubiese entrado un ladrón y estuviera escondido en alguna parte, pero su registro no reveló nada. Su criado, Milson, había salido, y el piso estaba completamente vacío.

Al regresar a su dormitorio se desnudó lentamente, preocupado. La sensación de peligro era más fuerte que nunca. Abrió un cajón de la cómoda para sacar un pañuelo y, de pronto, se quedó rígido. Había un bulto desconocido en el centro del cajón, algo duro.

Con dedos nerviosos apartó los pañuelos y sacó el objeto que se escondía debajo. Era un revólver.

Asombrado, Dermont lo examinó con atención. Era de un modelo poco corriente y había sido disparado recientemente. Aparte de esto, no supo ver nada más. Alguien lo había colocado allí aquella misma noche, puesto que no estaba en el cajón cuando se había vestido para la cena, de eso estaba seguro.

Fue a dejarlo de nuevo en el cajón cuando le sobresaltó oír el timbre de la puerta. Sonó una y otra vez, con un estruendo inusitado en la quietud del piso vacío.

¿Quién podía llamar a la puerta a aquellas horas? Y la única respuesta que encontraba era una instintiva y persistente:

«Peligro… peligro… peligro…».

Guiado por un impulso que no podía explicar, Dermont apagó la luz, se puso el abrigo que estaba encima de una silla y abrió la puerta del recibidor.

Dos hombres aguardaban fuera y, detrás de ellos, Dermont vio un uniforme azul. ¡Un policía!

—¿*Mr*. West? —preguntó uno de los hombres.

A Dermont le pareció que fueron años, pero en realidad pasaron sólo unos segundos antes de que contestara con una buena imitación de la voz inexpresiva de su criado.

—*Mr*. West no ha regresado todavía. ¿Qué quieren ustedes a

estas horas de la noche?

—¿No ha vuelto aún, eh? Muy bien, entonces será mejor que entremos a esperarlo.

—No, no pueden.

—Escuche, amigo, soy el inspector Verall de Scotland Yard y traigo una orden de arresto para su amo. Puede usted verla si gusta.

Dermont echó una ojeada al papel que le entregó el otro, o simuló hacerlo, y preguntó con voz alterada:

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Por el asesinato de *sir* Alington West, de Harley Street.

Con la mente como un torbellino, Dermont retrocedió para dejar paso a sus formidables visitantes. Fue a la sala y encendió las luces. El inspector lo siguió.

—Eche un vistazo —dijo a su acompañante. Luego se volvió a Dermont—. Usted quédese aquí, amigo. No se escape para avisar a su amo. A propósito, ¿cómo se llama?

—Milson, señor.

—¿A qué hora espera a su amo, Milson?

—No lo sé, señor. Ha ido a bailar. Creo que a las Galerías Grafton.

—Se marchó de allí hará cosa de una hora. ¿Seguro que no ha venido por aquí?

—No lo creo, señor. Supongo que, de haber venido, le hubiera oído entrar.

En aquel momento, el otro hombre entró procedente de la habitación contigua, llevando en la mano el revólver que presentó al inspector. Una expresión satisfecha apareció por un momento en el rostro de este ultimo.

—Esto lo demuestra —observó—. Debe haber entrado y salido sin que usted le oyera. Ahora ya debe haberse escapado. Será mejor que me marche. Cawley, quédese aquí por si regresara, y vigile a este individuo. Es posible que sepa más de su amo de lo que confiesa.

El inspector se marchó y Dermont se esforzó por obtener detalles de lo sucedido sonsacando a Cawley, que no se hizo rogar.

—Un caso claro —explicó—. El crimen fue descubierto casi inmediatamente. Johnson, el mayordomo, acababa de subir a acostarse, cuando le pareció oír un disparo y volvió a bajar.

Encontró muerto a *sir* Alington. Una bala en el corazón. Nos telefoneó en seguida y fuimos inmediatamente a tomarle declaración.

—¿Y por qué es un caso claro? —quiso saber Dermont.

—Clarísimo. El joven West llegó con su tío y discutían acaloradamente cuando Johnson entró con las bebidas. El viejo le amenazaba con hacer nuevo testamento y el joven hablaba de matarlo. No habían transcurrido ni cinco minutos cuando se oyó el disparo. Oh, sí, un caso clarísimo. ¡Qué tipo más idiota!

Clarísimo, desde luego. A Dermont el corazón le dio un vuelco al comprender la abrumadora evidencia acumulada contra él. ¡Peligro, un tremendo peligro! Y no tenía otra salida, excepto la de huir. Pero ¿cómo escapar? Se ofreció a preparar un poco de té que Cawley aceptó encantado. Ya había registrado el piso y, como no había otra entrada, permitió que Dermont fuera a la cocina.

Una vez allí, puso a calentar el agua e hizo mucho ruido con las tazas y los platos. Luego, se fue rápidamente hasta la ventana y la abrió.

El piso estaba en la segunda planta, y fuera de la ventana había un pequeño montacargas que utilizaban para subir los comestibles y que subía y bajaba por medio de un cable de acero.

Con la velocidad del rayo, Dermont salió por la ventana y se descolgó por el cable. Se cortó las manos, pero él siguió bajando desesperadamente sin hacer caso de la sangre que manaba de los cortes.

Pocos minutos después asomaba con precauciones por la parte posterior de la manzana. Al dar la vuelta a la esquina, tropezó con una figura. Se quedó de una pieza al ver que se trataba de Jack Trent. Al parecer, su amigo estaba al corriente de los peligros de la situación.

—¡Dios santo! ¡Dermont! Deprisa, no te quedes por aquí.

Lo cogió del brazo y le condujo por una calle secundaria y luego por otra. Vieron un taxi solitario y lo detuvieron, y Trent le dio al taxista la dirección de su casa.

—Es el lugar más seguro por el momento —dijo—. Allí decidiremos qué es lo mejor para despistar a esos tontos. Vine con la esperanza de poder avisarte antes de que llegara aquí la policía, pero llegué tarde.

—Ni siquiera sabía que te hubieses enterado, Jack. No creerás…

—Claro que no, hombre, ni por un solo instante. Te conozco demasiado. De todas maneras, es un mal asunto para ti. Estuvieron haciendo preguntas sobre la hora en que llegaste a las Galerías Grafton, cuándo te fuiste, etcétera. Dermont, ¿quién ha podido matar al viejo?

—No puedo imaginarlo siquiera. El que puso el revólver en mi cajón, supongo. Debe habernos observado de cerca.

—Aquella *séance* fue muy extraña. «No vuelva a su casa». Era un mensaje para el viejo West. Fue a su casa y lo mataron.

—También se aplica a mí —replicó Dermont—. Fui a mi casa y me encontré un revólver y a un inspector de policía.

—Bueno, espero que no me alcance a mí también —dijo Trent —. Hemos llegado.

Le pagó al taxista, abrió la puerta y guió a Dermont por la escalera a oscuras hasta su guarida, un pequeño cuarto del primer piso.

Abrió la puerta y esperó a que Dermont entrara para encender la luz.

—Aquí estarás a salvo de momento —comentó Trent—. Ahora uniremos esfuerzos y decidiremos qué es lo más conveniente.

—He sido un estúpido —exclamó Dermont de pronto—. Tendría que haberlo afrontado con valentía. Ahora lo veo con más claridad. Todo esto es un complot. ¿De qué diablos te ríes?

Trent estaba reclinado en su silla desternillándose de risa. Había algo horrible en aquel sonido, y algo horrible también en aquel hombre. Había una extraña luz en sus ojos…

—Un complot muy inteligente —musitó—. Dermont, estás perdido.

Cogió el teléfono.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dermont.

—Telefonear a Scotland Yard y decirles que su pájaro está aquí seguro, bajo llave y cerrojo. Sí, cerré la puerta al entrar y la llave está en mi bolsillo. Es inútil que mires a la puerta que está a mis espaldas. Da a la habitación de Claire, y ella siempre la cierra por dentro. Me tiene miedo, ¿sabes? Desde hace mucho tiempo. Siempre adivina cuando pienso en ese cuchillo, un cuchillo largo y afilado. No, no lo intentes.

Dermont había estado a punto de abalanzarse sobre él, pero el otro había sacado un revólver.

—Éste es el segundo —rió Trent—. El otro lo puse en tu cajón, después de matar con él al viejo West. ¿Qué es lo que miras? ¿Esa puerta? Es inútil. Aunque Claire la abriera, y a ti te la abriría, te dispararía antes de que la alcanzaras. No al corazón, ni a matar, sólo te heriría para que no pudieras escapar. Soy un buen tirador, ya sabes. En cierta ocasión te salvé la vida, tonto de mí. No, no. Ahora quiero verte ahorcado… sí, ahorcado. No es para ti para quien quiero el cuchillo. Es para Claire… la hermosa Claire, tan blanca y tan dulce. El viejo West lo sabía. Por eso vino aquí esta noche, para ver si yo estaba loco. Quería encerrarme, para que no pudiera matar a Claire con el cuchillo. Yo fui muy listo. Le quité la llave y a ti la tuya. Me escabullí del baile en cuanto llegué y, al verte salir de su casa, entré yo. Lo maté y luego fui a tu casa a dejar el revólver, y regresé a las Galerías Grafton antes de que te marcharas. Mientras te daba las buenas noches, te metí la llave en el bolsillo del abrigo. No me importa decirte todo esto, nadie puede oírnos. Y cuando te ahorquen, quiero que sepas que fui yo quien lo hizo. ¡Qué risa! ¡Cielos, qué gracioso! ¿En qué piensas? ¿Qué diablos estás rumiando?

—Pienso en unas palabras que acabas de citar. Hubieras hecho mejor no regresando a casa, Trent.

—¿Qué quieres decir?

—Mira detrás de ti.

Trent giró en redondo. En la puerta que comunicaba con la habitación inmediata estaban Claire y el inspector Verall.

Trent fue rápido. El revólver sólo habló una vez y acertó su diana. Él cayó sobre la mesa. El inspector corrió a su lado, mientras Dermont contemplaba a Claire como en un sueño. Varios pensamientos confusos acudieron atropelladamente a su mente. Su tío, la discusión, aquel terrible malentendido, las leyes de divorcio de Inglaterra que nunca hubieran permitido a Claire separarse de un marido demente, «debemos compadecerla», la trama urdida entre ella y *sir* Alington que el astuto Trent había adivinado, el grito de Claire: «¡Sería horrible… horrible… horrible!». Sí, pero ahora…

El inspector se enderezó.

—Está muerto —dijo irritado.

—Sí —afirmó Dermont—, fue siempre un buen tirador.

3

El cuarto hombre

El canónigo Parfitt jadeaba. Correr para alcanzar el tren no era cosa que conviniera a un hombre de sus años. Su figura ya no era lo que fue y, con la pérdida de la esbelta silueta, había desarrollado una tendencia a quedarse sin aliento, que el propio canónigo solía explicar con dignidad diciendo: «¡Es el corazón!».

Con un suspiro de alivio, se dejó caer en un asiento en la esquina del compartimiento de primera. El calorcillo de la calefacción le resultaba muy agradable. Fuera nevaba. Era una suerte haber conseguido este asiento para el largo viaje nocturno. Este tren tendría que llevar coche cama.

Las otras tres esquinas estaban ya ocupadas y, al observarlo, el canónigo Parfitt se dio cuenta de que el hombre sentado en la más alejada le sonreía como si le conociera. Era un caballero pulcramente afeitado, de rostro burlón y pelo oscuro que comenzaba a blanquear en las sienes. Su profesión no podía ser una que no estuviera vinculada a la ley, y nadie le hubiera tomado por otra cosa ni por un momento. *Sir* George Durand era, ciertamente, un abogado muy famoso.

—Vaya, Parfitt —comentó con aire jovial—. Se ha echado usted una buena carrerita, ¿no?

—Y con lo malo que es eso para mi corazón —respondió el canónigo—. Qué casualidad encontrarle, *sir* George. ¿Va usted al norte?

—Hasta Newcastle —replicó *sir* George lacónicamente—. A propósito —añadió—, ¿conoce usted al doctor Campbell Clark?

El caballero sentado en el mismo lado que el canónigo inclinó la

cabeza complacido.

—Nos encontramos en el andén —continuó el abogado—. Otra coincidencia.

El canónigo Parfitt contempló al doctor Campbell Clark con gran interés. Había oído aquel nombre muy a menudo. El doctor Clark estaba entre los médicos de primera fila especialistas en enfermedades mentales, y su último libro, *El problema del subconsciente*, había sido la obra más discutida del año.

El canónigo Parfitt vio una mandíbula cuadrada, unos ojos azules de mirada firme y una cabellera rojiza sin una cana, pero que iba clareando rápidamente. Asimismo tuvo la impresión de hallarse ante una vigorosa personalidad.

Por una asociación de ideas perfectamente natural, el canónigo miró el asiento situado frente al suyo esperando encontrar allí a otra persona conocida, pero el cuarto ocupante resultó ser un completo extraño, probablemente un extranjero. Era un hombre menudo y moreno, de aspecto insignificante. Acurrucado en un grueso abrigo, parecía dormir profundamente.

—¿Es usted el canónigo Parfitt de Bradchester? —preguntó el doctor Clark con voz agradable.

El canónigo pareció halagado. Aquellos «sermones científicos» habían sido un gran acierto, especialmente desde que la prensa se había ocupado de ellos. Bueno, aquello era lo que necesitaba la Iglesia, tratar temas actuales.

—He leído su libro con gran interés, doctor Campbell Clark —respondió—, aunque algunas partes me resultaron demasiado técnicas.

—¿Prefiere hablar o dormir, canónigo? —intervino Durand—. Confieso que sufro de insomnio y, por lo tanto, me inclino en favor de lo primero.

—¡Oh, desde luego! De todas maneras —explicó el canónigo—, casi nunca duermo en estos viajes nocturnos y el libro que he traído es muy aburrido.

—Realmente formamos un grupo muy representativo —observó el médico con una sonrisa—. La Iglesia, la Ley y la profesión médica.

—Es difícil que no podamos dar opinión entre los tres, ¿verdad? —comentó Durand alegremente—. El punto de vista espiritual de la

Iglesia, el mío puramente legal y mundano, y el suyo, doctor, que abarca el mayor campo, desde lo patológico a lo superpsicológico. Entre los tres podríamos cubrir cualquier terreno por completo.

—No tanto como usted imagina —le contradijo el doctor Clark —. Hay otro punto de vista que ha pasado usted por alto y que es un aspecto muy importante.

—¿A cuál se refiere? —quiso saber el abogado.

—Al punto de vista del hombre de la calle.

—¿Es tan importante? ¿Acaso el hombre de la calle no se equivoca siempre?

—¡Oh, casi siempre! Pero posee lo que le falta a toda opinión experta: el punto de vista personal. Verá, al final nunca se puede prescindir de las relaciones personales. Lo he descubierto en mi profesión. Por cada paciente que acude realmente enfermo, hay por lo menos otros cinco que no tienen otra cosa excepto la incapacidad para vivir felizmente con los otros ocupantes de su casa. Lo llaman de mil maneras: desde «rodilla de fregona» a «calambre del escribiente», pero todo es lo mismo: la llaga abierta por el roce diario de una mentalidad con otra.

—Tendrá usted muchísimos pacientes con problemas de «nervios», supongo —comentó el canónigo con un tono despectivo. Sus nervios eran excelentes.

—Ah, ¿qué ha querido decir con eso? —El médico se volvió hacia él, rápido como el rayo—. ¡Nervios! La gente dice esa palabra y después se ríe como ha hecho usted. «Esto no tiene importancia — dicen—. ¡Sólo son nervios!». ¡Dios mío!, ahí tiene usted el *quid* de todo. Se puede contraer una enfermedad corporal y curarla, pero hasta la fecha no sabemos más de las oscuras causas de las ciento y una formas de esas enfermedades de lo que se sabía… bueno, durante el reinado de la reina Isabel I.

—Dios mío —exclamó el canónigo Parfitt un tanto asombrado por la afirmación—. ¿Es cierto?

—Y creo que es un signo de gracia —continuó el doctor Campbell—. Antiguamente considerábamos al hombre como un simple animal, un alma y un cuerpo, con el acento puesto en este último.

—Cuerpo, alma y espíritu —corrigió el clérigo con suavidad.

—¿Espíritu? —El médico sonrió de un modo extraño—. ¿Qué

quieren decir exactamente ustedes, los párrocos, con espíritu? Nunca ha estado muy claro. A lo largo de siglos no se han atrevido ustedes a dar una definición exacta.

El canónigo carraspeó dispuesto a pronunciar un discurso, pero ante su disgusto no le dieron oportunidad, porque el médico continuó:

—¿Estamos seguros de que la palabra es espíritu, que no es espíritus?

—¿Espíritus? —preguntó *sir* George Durand, que arqueó las cejas con expresión divertida.

—Sí. —Campbell Clark dirigió su atención hacia él, inclinándose adelante para tocarle en el pecho—. ¿Está usted seguro —dijo en tono grave— de que hay un solo ocupante en esta estructura, porque esto es lo que es la envidiable residencia que se alquila amueblada por siete, veintiuno, cuarenta y uno, setenta y un años, o los que sean? Y, al final, el inquilino traslada sus cosas, poco a poco, y un buen día se va de la casa, y ésta se viene abajo convertida en una masa de ruinas y decadencia. Usted es el dueño de la casa, admitamos eso, pero nunca se percata de la presencia de los demás: criados de pisar quedo, en los que apenas repara, a no ser por el trabajo que realizan, un trabajo que usted no tiene conciencia de haber hecho. O amigos, estados de ánimo que se apoderan de uno y le hacen ser un «hombre distinto», como se dice vulgarmente. Usted es el rey del castillo, ciertamente, pero puede estar seguro de que allí está también el «pillastre redomado».

—Mi querido Clark —replicó el abogado—, me hace usted sentirme realmente incómodo. ¿Acaso mi mente es, en realidad, un campo de batalla en que luchan distintas personalidades? ¿Es la última palabra de la ciencia?

Ahora fue el médico quien se encogió de hombros.

—Su cuerpo lo es —dijo en tono seco—. ¿Por qué no puede serlo también la mente?

—Muy interesante —exclamó el canónico Parfitt—. ¡Ah! Maravillosa ciencia… maravillosa ciencia. —Y para sus adentros agregó: «Puedo preparar un sermón muy atrayente basado en esta idea».

Pero el doctor Campbell Clark se había vuelto a reclinar en su asiento, agotada su excitación momentánea.

—A decir verdad —observó con aire profesional—, es un caso de doble personalidad el que me lleva esta noche a Newcastle. Un caso interesantísimo. Un paciente neurótico, desde luego, pero un caso auténtico.

—Doble personalidad —repitió *sir* George Durand pensativo—. No es tan raro, según tengo entendido. Acompañado por la pérdida de memoria, ¿no es cierto? El otro día surgió un caso así ante el Tribunal de Testamentarías.

El doctor Clark asintió.

—Desde luego, el caso más clásico fue el de Felicie Bault. ¿No recuerda haberlo oído?

—Claro que sí —dijo el canónigo Parfitt—. Recuerdo haberlo leído en los periódicos. Pero de eso hace mucho tiempo, por lo menos siete años.

El doctor Campbell volvió a asentir.

—Esa muchacha se convirtió en una de las figuras más célebres de Francia, y acudieron a verla científicos de todo el mundo. Tenía por lo menos cuatro personalidades bien diferenciadas y se las conocía por Felicie 1, Felicie 2, Felicie 3, etcétera.

—¿Y no cabía la posibilidad de que fuera un engaño premeditado? —preguntó *sir* George suspicaz.

—Las personalidades de Felicie 3 y Felicie 4 ofrecían algunas dudas —admitió el médico—. Pero los hechos principales persisten. Felicie Bault era una campesina de Bretaña. Era la tercera de cinco hermanos, hija de un padre borracho y de una madre retrasada mental. En una de sus borracheras, el padre estranguló a la madre y, si no recuerdo mal, lo condenaron a cadena perpetua. Felicie tenía entonces cinco años. Unas personas caritativas se interesaron por los niños, y Felicie fue criada y educada por una dama inglesa que tenía un hogar para niños desvalidos. Pero consiguió muy poco de Felicie. La describe como una niña anormalmente lenta y estúpida, que aprendió a leer y escribir sólo con gran dificultad y torpe con las manos. Esa dama, *miss* Slater, intentó prepararla para el servicio doméstico y le buscó varias casas donde trabajó cuando tuvo la edad conveniente, pero en ninguna estuvo mucho tiempo debido a su estupidez y profunda pereza.

El médico hizo una pausa y el canónigo, mientras cruzaba las piernas y se arropaba aún más en su manta de viaje, se dio cuenta

de pronto de que el hombre sentado frente a él se había movido ligeramente y que sus ojos, que había mantenido cerrados, ahora estaban abiertos y en ellos brillaba una expresión burlona e indescifrable que sobresaltó al clérigo. Era como si hubiese estado regocijándose en secreto con la conversación de los demás.

—Hay una fotografía de Felicie Bault tomada cuando tenía diecisiete años —prosiguió el médico—. Y en ella aparece como una burda campesina de recia constitución, sin nada que indique que pronto iba a ser una de las personas más famosas de Francia.

»Cinco años más tarde, cuando contaba veintidós, Felicie Bault tuvo una grave enfermedad nerviosa y, al reponerse, empezaron a manifestarse los extraños fenómenos. Lo que sigue a continuación son hechos atestiguados por muchos científicos eminentes. La personalidad llamada Felicie 1 era completamente distinta a la Felicie Bault de los últimos años. Felicie 1 escribía mal el francés, no hablaba ningún otro idioma y no sabía tocar el piano. Felicie 2, por el contrario, hablaba correctamente el italiano y pasablemente el alemán. Su caligrafía era distinta por completo de la de Felicie 1, y escribía y se expresaba a la perfección en francés. Podía discutir de política, arte y era muy aficionada a tocar el piano. Felicie 3 tenía muchos puntos en común con Felicie 2. Era inteligente y, al parecer, bien educada, pero en la parte moral era un contraste absoluto. Aparecía como una criatura depravada, pero en un sentido parisiense, no provinciano. Conocía todo el argot de París y las expresiones del *demi monde* elegante. Su lenguaje era obsceno, y hablaba de la religión y de las llamadas «personas decentes» en los términos más blasfemos. Por último estaba Felicie 4: una criatura soñadora, piadosa y clarividente. Pero esta cuarta personalidad fue poco satisfactoria y duradera, y se la consideró un truco deliberado por parte de Felicie 3, una especie de broma que le gastaba al público crédulo. Debo decir que, aparte de la posible excepción de la Felicie 4, cada personalidad era distinta y separada y no tenía conocimiento de las otras. Felicie 2 era sin duda la más predominante y algunas veces duraba hasta quince días. Luego Felicie 1 aparecía bruscamente por espacio de uno o dos días. Después, tal vez la Felicie 3 o 4, pero estas dos últimas rara vez dominaban más de unas pocas horas. Cada cambio iba acompañado de un fuerte dolor de cabeza y sueño profundo, y en cada caso

sufría la pérdida completa de la memoria de los otros estados, y la personalidad en cuestión retomaba la vida a partir del momento en que la había abandonado, inconsciente del paso del tiempo.

—Muy notable —murmuró el canónigo—. Muy notable. Hasta ahora sabemos poco o nada de las maravillas del universo.

—Sabemos que hay algunos impostores muy astutos —observó el abogado en tono seco.

—El caso de Felicie Bault fue investigado por abogados, aparte de médicos y científicos —replicó el doctor Campbell con presteza —. Recuerde que Maître Quimbellier llevó a cabo la investigación más profunda y confirmó la opinión de los científicos. Y al fin y al cabo, ¿por qué hemos de sorprendernos tanto? ¿No tenemos huevos de dos yemas? ¿Y los plátanos gemelos? ¿Por qué no ha de poder darse el caso de dos almas o, en este caso, cuatro almas en un solo cuerpo?

—¿Dos almas? —protestó el canónigo.

El doctor Campbell Clark volvió sus penetrantes ojos azules hacia él.

—¿Cómo podríamos llamarlo si no? Es decir, si la personalidad es el alma.

—Menos mal que estas cosas son únicamente un capricho de la naturaleza —observó *sir* George—. Si el caso fuera corriente, se presentarían muchas complicaciones.

—Desde luego, este caso es bastante anormal —convino el médico—. Fue una lástima que no pudiera efectuarse otro estudio más prolongado, pero la inesperada muerte de Felicie puso fin al tema.

—Hubo algo raro, si no recuerdo mal —dijo el abogado despacio.

El doctor Campbell Clark asintió.

—Un hecho inexplicable. Una mañana, la muchacha apareció muerta en su cama. Había sido estrangulada, pero ante la estupefacción de todos, se demostró sin lugar a dudas que se había estrangulado ella misma. Las señales del cuello eran las de sus dedos. Una forma de suicidio que, aunque no es físicamente imposible, requiere una extraordinaria fuerza muscular y una voluntad casi sobrehumana. Nunca se supo lo que le había impulsado a suicidarse. Claro que su equilibrio mental siempre

había sido precario. Sin embargo, ahí tiene. Se ha corrido para siempre la cortina sobre el misterio de Felicie Bault.

Fue entonces cuando el ocupante de la esquina más alejada se echó a reír.

Los otros tres hombres saltaron como si les hubieran disparado. Habían olvidado por completo la existencia del cuarto pasajero y, cuando se volvieron hacia el hombre arrebujado en su abrigo, se rió de nuevo.

—Deben perdonarme, caballeros —dijo en perfecto inglés, aunque con un ligero acento extranjero. Se irguió mostrando un rostro pálido con un bigotillo negro azabache—. Sí, deben ustedes perdonarme —dijo con un gesto burlón—. Pero la verdad, ¿la ciencia dice alguna vez la última palabra?

—¿Sabe algo del caso que estábamos discutiendo? —le preguntó el médico cortésmente.

—¿Del caso? No. Pero la conocí.

—¿A Felicie Bault?

—Sí. Y a Annette Ravel también. No han oído hablar de Annette Ravel, ¿verdad? Y, no obstante, la historia de una es la historia de la otra. Créanme, no saben nada de Felicie Bault si no conocen también la historia de Annette Ravel.

Sacó un reloj para consultar la hora.

—Falta media hora hasta la próxima parada. Tengo tiempo de contarles la historia, es decir, si a ustedes les interesa escucharla.

—Cuéntela, por favor —dijo el médico.

—Me encantaría oírla —exclamó el pastor.

Sir George Durand se limitó a adoptar una actitud de atenta escucha.

—Mi nombre, caballeros —comentó el extraño compañero de viaje—, es Raoul Letardeau. Ustedes acaban de mencionar a una dama inglesa, *miss* Slater, que se dedicaba a obras de caridad. Yo nací en Bretaña, en el mismo pueblecito pesquero de Felicie y, cuando mis padres fallecieron víctimas de un accidente ferroviario, fue *miss* Slater quien vino a rescatarme y me salvó de algo equivalente a los reformatorios ingleses. Tenía unos veinte chiquillos a su cuidado, entre niños y niñas. Entre éstas se encontraban Felicie Bault y Annette Ravel. Si no consigo hacerles comprender la personalidad de Annette, caballeros, no

comprenderán nada. Era hija de lo que ustedes llaman una *fille de joie*, que había muerto tuberculosa abandonada por su amante. La madre había sido bailarina y Annette también tenía el deseo de bailar. Cuando la vi por primera vez tenía once años, y era una niña vivaracha de ojos brillantes y prometedores, una criatura toda fuego y vida. Y en seguida, sí, en seguida, me convirtió en su esclavo. «Raoul, haz esto; Raoul, haz lo otro», y yo obedecía. Yo la idolatraba y ella lo sabía.

»Solíamos ir a la playa los tres juntos, porque Felicie venía con nosotros. Y allí Annette se quitaba los zapatos y las medias, y bailaba en la arena. Después, cuando le faltaba el aliento, nos contaba lo que quería llegar a ser.

»—Veréis, yo seré famosa. Sí, muy famosa. Tendré cientos y miles de medias de seda, de la seda más fina, y viviré en un piso maravilloso. Todos mis amantes serán jóvenes, guapos y ricos, y cuando yo baile, todo París irá a verme. Gritarán y se volverán locos con mis danzas. Y durante los inviernos no bailaré. Iré al sur a gozar del sol. Allí hay casas con naranjos. Me tenderé al sol sobre cojines de seda y comeré naranjas. Y en cuanto a ti, Raoul, nunca te olvidaré por muy rica y famosa que sea. Te protegeré y te ayudaré a prosperar. Felicie será mi doncella… no, sus manos son demasiado torpes. Míralas, qué grandes y toscas.

»Felicie se ponía furiosa, y entonces Annette continuaba pinchándola.

»—Es tan fina, Felicie, tan elegante y distinguida. Es una princesa disfrazada, ja, ja.

»—Mi padre y mi madre estaban casados, y los tuyos no —replicaba Felicie con rencor.

»—Sí, y tu padre mató a tu madre. Bonita cosa ser la hija de un asesino.

»—Y el tuyo dejó morir a tu madre —era la contestación de Felicie.

»—¿Ah, sí? —Annette se ponía pensativa—. *Pauvre maman*. Hay que conservarse fuerte y bien. Estar sana y fuerte lo es todo.

»—Yo soy fuerte como un caballo —presumía Felicie.

»Y desde luego lo era. Tenía dos veces la fuerza de cualquier niña del Hogar y nunca estaba enferma.

»Pero era estúpida, ¿comprenden?, estúpida como una bestia

bruta. A menudo me he preguntado por qué seguía a Annette como lo hacía. Estaba fascinada por ésta. Algunas veces creo que la odiaba, y no es de extrañar, puesto que Annette no era amable con ella. Se burlaba de su lentitud y estupidez, provocándola delante de los demás. Yo había visto a Felicie ponerse lívida de rabia. Algunas veces pensé que iba a rodear la garganta de Annette con sus dedos hasta acabar con su vida. No era lo bastante inteligente como para contestar a los improperios de Annette, pero con el tiempo aprendió una respuesta que nunca fallaba. Era referirse a su propia salud y fuerza. Había aprendido lo que yo siempre supe: que Annette envidiaba su fortaleza física, y ella atacaba instintivamente el punto débil de la armadura de su enemiga.

»Un día Annette vino hacia mí muy contenta.

»—Raoul —dijo—, hoy vamos a divertirnos con esa estúpida de Felicie.

»—¿Qué es lo que vas a hacer?

»—Ven detrás del cobertizo y te lo diré.

»Parece que Annette había encontrado cierto libro, parte del cual no entendía y, desde luego, estaba muy por encima de su capacidad. Era una de las primeras obras de hipnotismo.

»Conseguí un objeto brillante. El pomo de latón de mi cama se gira. Hice que Felicie lo mirase anoche. "Míralo fijamente —le dije —. No apartes los ojos". Y entonces lo hice girar, Raoul. Estaba asustada. Sus ojos tenían una expresión tan extraña, tan extraña. "Felicie, tú harás siempre lo que yo diga", le dije: "Haré siempre lo que tú digas, Annette", me contestó. Y luego le dije: "Mañana llevarás un cabo de vela al patio y empezarás a comerla a las doce. Y si alguien te pregunta dirás que es la mejor galleta que has probado en tu vida". ¡Oh, Raoul, imagínate!

»—Pero ella no hará una cosa así —protesté…

»—El libro dice que sí. No es que yo lo crea del todo. ¡Pero, oh, Raoul, si lo que dice el libro es cierto, lo que nos vamos a divertir!

»A mí también me pareció divertido. Hicimos correr la voz entre los compañeros y a las doce estábamos todos en el patio. A la hora exacta apareció Felicie con el cabo de la vela en la mano. ¿Y creerán ustedes, caballeros, que empezó a mordisquearlo solemnemente? ¡Todos nos desternillábamos de risa! De vez en cuando alguno de los niños se acercaba a ella y le decía muy serio:

“¿Es bueno lo que comes, Felicie?”. Y ella respondía: “Sí, es la mejor galleta que he probado en mi vida”.

»Y entonces nos mondábamos de risa. Nos reíamos tan fuerte que el ruido despertó a Felicie y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Parpadeó, extrañada, miró la vela y luego a todos. Se pasó la mano por la frente.

»—Pero ¿qué es lo que estoy haciendo aquí? —murmuró.

»—Te estás comiendo una vela de sebo —le gritamos.

»—Yo te lo hice hacer. Yo te lo hice hacer —exclamó Annette bailando a su alrededor.

»Felicie la miró fijamente unos instantes y luego se acercó a ella.

»—¿De modo que has sido tú… has sido tú quien me ha puesto en ridículo? Pienso recordarlo. ¡Ah! Te mataré por esto.

»Lo dijo en voz muy baja, pero Annette echó a correr refugiándose detrás de mí.

»—¡Sálvame, Raoul! Me da miedo Felicie. Sólo fue una broma, Felicie. Sólo una broma.

»—No me gustan estas bromas —replicó—. ¿Comprendes? Te odio. Os odio a todos.

»De pronto se echó a llorar y se marchó corriendo.

»Yo creo que Annette estaba asustada por el resultado de su experimento, y no intentó repetirlo. Pero a partir de aquel día su ascendencia sobre Felicie se fue haciendo más fuerte.

»Ahora creo que Felicie siempre la odió, pero sin embargo no podía apartarse de su lado y solía seguir a Annette como un perro.

»Poco después de esto, me encontraron un empleo y sólo volví al Hogar durante mis vacaciones. No se había tomado en serio el deseo de Annette de ser bailarina, pero tenía una voz muy bonita, y *miss* Slater consintió gustosamente en dejarle aprender canto.

»Annette no era perezosa, y trabajaba febrilmente sin descanso. *Miss* Slater se vio obligada a impedir que se excediera, y en cierta ocasión me habló de ella.

»—Tú siempre has apreciado mucho a Annette —me dijo—. Convéncela para que no se esfuerce demasiado. Últimamente tose de una manera que no me gusta.

»Poco después de esta conversación, tuve que marcharme por cuestiones de trabajo. Recibí una o dos cartas de Annette al principio, pero luego, durante los cinco años que permanecí en el

extranjero, no supe nada más.

»Por pura casualidad, cuando regresé a París, me llamó la atención un cartel con el nombre de Annette Ravelli y su fotografía. La reconocí en el acto. Aquella noche fui al teatro en cuestión. Annette cantaba en francés e italiano, y en escena estaba maravillosa. Después fui a verla a su camerino y me recibió en seguida.

»—Vaya, Raoul —exclamó tendiéndome las pálidas manos—. ¡Esto es maravilloso! ¿Dónde has estado todos estos años?

»Yo se lo hubiera dicho, pero en realidad no deseaba escucharme.

»—¡Ves, ya casi he llegado!

»Con un gesto triunfal, me señaló el camerino lleno de flores.

»—La buena de *miss* Slater estará orgullosa de tu éxito.

»—¿Esa vieja? ¡Qué va! Quería que fuera al Conservatorio y cantara en aburridos conciertos. Pero yo soy una artista. Es aquí, en el teatro de variedades, donde puedo expresar mi personalidad.

»En aquel momento entró un hombre apuesto de mediana edad. Era muy distinguido. Por su comportamiento, comprendí en seguida que se trataba del protector de Annette. Me miró de soslayo y Annette le explicó:

»—Es un amigo de la infancia. Está de paso en París, ha visto mi retrato en un cartel *et voilà*!

»El hombre se volvió entonces muy amable y cortés, y delante de mí sacó una pulsera de brillantes y rubíes que colocó en la muñeca de Annette. Cuando me levanté para marcharme, ella me dirigió una mirada de triunfo mientras susurraba:

»—He llegado, ¿verdad? ¿Lo ves? Tengo el mundo a mis pies.

»Pero al salir del camerino la oí toser con una tos seca y dura. Sabía muy bien lo que significaba. Era la herencia de su madre tuberculosa.

»Volví a verla dos años más tarde. Había ido a buscar refugio junto a *miss* Slater. Su carrera se había acabado. Estaba tan avanzada su enfermedad, que los médicos dijeron que nada pocha hacerse.

»¡Ah! ¡Nunca olvidaré cómo la vi entonces! Estaba echada a la sombra de un chamizo montado en el jardín. La tenían día y noche al aire libre. Sus mejillas estaban hundidas y arreboladas, los ojos

brillantes y febriles, y tosía repetidamente.

»Me saludó con tal desesperación que me quedé estupefacto.

»—Cuánto me alegro de verte, Raoul. ¿Ya sabes lo que dicen, que no me pondré bien? Lo dicen a mis espaldas, ¿comprendes? Conmigo son todos amables y tratan de consolarme. ¡Pero no es verdad, Raoul, no es verdad! Yo no me dejaré morir. ¿Morir? ¿Con la vida tan hermosa que se extiende ante mí? Es la voluntad de vivir lo que importa. Todos los grandes médicos lo dicen. Yo no soy de los débiles que se abandonan. Ya empiezo a sentirme mejor… muchísimo mejor, ¿me oyes?

»Se incorporó, apoyándose sobre un codo para dar más énfasis a sus palabras, pero luego cayó hacia atrás, presa de un ataque de tos que estremeció su delgado cuerpo.

»—La tos no es nada —jadeó—. Y las hemorragias no me asustan. Sorprenderé a los médicos. Es la voluntad lo que importa. Recuerda, Raoul, yo viviré.

»Era una pena. ¿Comprenden? Una pena.

»En aquel momento llegó Felicie Bault con una bandeja. Le dio a Annette un vaso de leche caliente, y se quedó mirando cómo la bebía con una expresión que no pude descifrar, como con cierta satisfacción.

»Annette también captó aquella mirada. Lanzó el vaso contra el suelo con tanta furia que se hizo añicos.

»—¿La has visto? Así es como me mira siempre. ¡Se alegra de que vaya a morir! Sí, disfruta. Ella es fuerte y sana. Mírala… ¡nunca ha estado enferma! ¡Ni un solo día! Y todo para nada. ¿De qué le sirve ese corpachón? ¿Qué va a sacar de él?

»Felicie se agachó para recoger los fragmentos de cristal.

»—No me importa en absoluto lo que diga —comenzó con voz cantarina—. ¿A mí qué? Soy una chica respetable. Y en cuanto a ella, sabrá lo que son los fuegos del Purgatorio dentro de poco. Yo soy cristiana y nada digo.

»—¡Tú me odias! —exclamó Annette—. Siempre me has odiado. ¡Ah!, pero de todas maneras puedo hechizarte. Puedo hacer que hagas mi voluntad. Si te lo ordenara ahora mismo, te pondrías de rodillas ante mí en la hierba.

»—No seas absurda —replicó Felicie intranquila.

»—Sí que lo harás. Lo harás. Para complacerme. Arrodíllate. Yo,

Annette, te lo pido. Arrodíllate, Felicie.

»No sé si sería por el maravilloso tono de súplica o por un motivo más profundo, pero el caso es que Felicie obedeció. Se puso de rodillas lentamente, con los brazos abiertos y una expresión estúpida en el rostro.

»Annette echó la cabeza hacia atrás y se rió con todas sus fuerzas.

»—¡Mira qué cara más estúpida pone! ¡Qué ridícula está! ¡Ya puedes levantarte, Felicie, gracias! Es inútil que frunzas el entrecejo. Soy tu dueña y tienes que hacer lo que yo diga.

»Se desplomó exhausta sobre las almohadas. Felicie recogió la bandeja y se alejó lentamente. Una vez se volvió a mirar por encima del hombro, y el ardiente resentimiento de su mirada me sobresaltó.

»Yo no estaba allí cuando murió Annette. Pero, al parecer, fue terrible. Se aferraba a la vida con desesperación, luchando contra la muerte como una posesa. Una y otra vez gritaba: "No moriré. Tengo que vivir… vivir".

»Me lo contó *miss* Slater cuando fui a verla seis meses más tarde.

»—Mi pobre Raoul —me dijo con tono amable—. Tú la querías, ¿verdad?

»—Siempre la quise, siempre. Pero ¿de qué hubiera podido servirle? No hablemos de eso. Ahora está muerta… ella… tan alegre y tan llena de vida.

»*Miss* Slater era una mujer comprensiva y se puso a hablar de otras cosas. Estaba preocupada por Felicie. La joven había sufrido una extraña crisis nerviosa y, desde entonces, su comportamiento era muy extraño.

»—¿Sabes —me dijo *miss* Slater tras una ligera vacilación— que está aprendiendo a tocar el piano?

»Yo lo ignoraba y me sorprendió mucho. ¡Felicie aprendiendo a tocar el piano! Yo hubiera jurado que era totalmente incapaz de distinguir una nota de otra.

»—Dicen que tiene talento —continuó *miss* Slater—. No lo comprendo. Siempre la había considerado… bueno, Raoul, tú mismo sabes que fue siempre una niña estúpida.

»Asentí.

»—Su comportamiento es tan extraño que no sé qué pensar.

»Pocos minutos después entré en la sala de lectura. Felicie

tocaba el piano, la misma tonadilla que le había escuchado cantar a Annette en París. Comprendan, caballeros, que me quedé de una pieza. Y luego, al oírme, se interrumpió dé pronto y se volvió para mirarme con ojos llenos de malicia e inteligencia. Por un momento pensé… bueno, no voy a decirles lo que pensé entonces.

»—*Tiens*! —exclamó—. De manera que es usted, *monsieur* Raoul.

»No puedo describir cómo lo dijo. Para Annette nunca había dejado de ser Raoul, pero Felicie, desde que volvimos a encontrarnos de mayores, siempre me llamaba *monsieur* Raoul. Pero entonces lo dijo de un modo distinto, como si aquel *.salto25 { text-indent:0; } .ztit { margin-top:10%; font-family:"Kohelet", Kohelet; } .ztitbig { margin:10% 0.25em 1em; text-align:center; font-family:"Kohelet", Kohelet; font-size: 1.5em; } .zsubtit { text-align:center; text-indent:0; font-size:2em; margin-bottom:1em; font-family:"Gabriola", Gabriola; } .zcapital { font-size:300%; font-weight:bold; float:left; margin:-0.1em 0.125em -0.2em 0; text-indent:0; line-height:1em; height:1em; font-family:"Kohelet", Kohelet; } .zcapitals { font-size:300%; font-weight:bold; float:left; margin:-0.1em 0.125em 0 0; text-indent:0; line-height:1em; height:1em; font-family:"Kohelet", Kohelet; } .zprecapital { font-size:200%; font-weight:bold; float:left; margin:-0.1em 0.125em -0.2em 0; text-indent:0; line-height:1em; height:1em; font-family:"Kohelet", Kohelet; } .zcole { font-weight: bold; margin-top:1em; text-indent:-2em; } .zfran { font-weight: bold; margin: 2em 0 0 2em; text-indent:-2em; } .zfin {text-align:center; text-indent:0; padding:1.5em 0; font-weight:bold; } @font-face {font-family:"Kohelet" ; font-style:normal ; font-weight:normal ; src:url(../Fonts/Kohelet.ttf)} @font-face {font-family:"Gabriola" ; font-style:normal ; font-weight:bold ; src:url(../Fonts/Gabriola.ttf)}* ligeramente enfatizado fuera algo divertido.

»—Vaya, Felicie —le contesté—, te veo muy cambiada.

»—¿Sí? —replicó pensativa—. Es curioso, pero no te pongas serio, Raoul, decididamente te llamaré Raoul. ¿Acaso no jugábamos juntos cuando éramos niños? La vida se ha hecho para reír. Hablemos de la pobre Annette, que esta muerta y enterrada. Me pregunto si estará en el Purgatorio o dónde.

»Y tarareó cierta canción muy desentonada, pero las palabras llamaron mi atención.

»—¡Felicie! —exclamé—. ¿Sabes italiano?

»—¿Por qué no, Raoul? ¿Quizá no soy tan estúpida como parecía? —Y se rió de mi confusión.

»—No comprendo… —comencé a decir.

»—Pues yo te lo explicaré. Yo soy una magnífica actriz, aunque nadie lo sospecha. Puedo representar muchos papeles, y muy bien, por cierto.

»Volvió a reír y salió corriendo de la habitación antes de que pudiera detenerla.

»La volví a ver antes de marcharme. Estaba dormida en un sillón y roncaba. La estuve mirando fascinado, aunque me repelía. De pronto se despertó sobresaltada, y sus ojos apagados se encontraron con los míos.

»—*Monsieur* Raoul —murmuró como un autómata.

»—Sí, Felicie. Yo me marcho ahora. ¿Quieres tocar algo antes de que me vaya?

»—¿Yo, tocar? ¿Se está riendo de mí, *monsieur* Raoul?

»—¿No recuerdas que esta mañana tocaste para mí?

»Felicie meneó la cabeza.

»—¿Tocar yo? ¿Cómo es posible que sepa tocar una pobre chica como yo?

»Hizo una pausa, como si reflexionara, y luego me indicó con un gesto que me acercara.

»—¡*Monsieur* Raoul, ocurren cosas extrañas en esta casa! Le gastan a una bromas. Varían las horas del reloj. Sí, sí, sé lo que digo. Y todo eso es obra de ella.

»—¿De quién? —pregunté sobresaltado.

»—De Annette, esa malvada. Cuando vivía siempre me estaba atormentando y, ahora que ha muerto, vuelve del otro mundo para seguir mortificándome.

»La miré fijamente. Ahora comprendo que la dominaba el terror. Sus ojos estaban a punto de salir de sus órbitas.

»—Es mala. Le aseguro que es mala. Sería capaz de quitar a cualquiera el pan de la boca, la ropa e incluso el alma del cuerpo.

»De pronto se agarró a mí.

»—Tengo miedo, se lo aseguro, miedo. Oigo su voz, no en mis oídos, sino aquí, en mi cabeza. —Se tocó la frente—. Se me llevará muy lejos y entonces, ¿qué haré, qué será de mí?

»Su voz se fue elevando hasta convertirse en un alarido y vi en

sus ojos el terror de las bestias acorraladas.

»Súbitamente sonrió. Fue una sonrisa agradable, llena de astucia, que me hizo estremecer.

»—Si llegara eso, *monsieur* Raoul, tengo mucha fuerza en las manos, tengo mucha fuerza en las manos.

»Nunca me había fijado particularmente en sus manos. Entonces las miré y me estremecí a pesar mío. Tenía unos dedos gruesos, brutales, y como Felicie había dicho, extraordinariamente fuertes. No sabría explicarles la sensación de náuseas que me invadió. Con unas manos como aquéllas, su padre debió estrangular a su madre.

»Aquélla fue la última vez que vi a Felicie Bault. Inmediatamente después me marché al extranjero, a Sudamérica. Regresé dos años después de su muerte. Algo había leído en los periódicos de su vida y su muerte repentina. Y esta noche me he enterado de bastantes detalles por ustedes. Felicie 3 y Felicie 4. Me pregunto si… ¡Era una buena actriz!

De pronto el tren aminoró la velocidad, y el hombre sentado en la esquina se irguió para abrocharse mejor su abrigo.

—¿Cuál es su teoría? —preguntó el abogado, que echó el cuerpo hacia adelante.

—Apenas puedo creerlo —comenzó el canónigo Parfitt y se interrumpió.

El médico nada dijo, pero miraba fijamente a Raoul Letardeau.

—Es capaz de quitarle a uno el pan de la boca, la ropa, e incluso el alma del cuerpo —repitió el francés poniéndose de pie—. Les aseguro, *messieurs*, que la historia de Felicie Bault es la historia de Annette Ravel. Ustedes no la conocieron, caballeros. Yo sí. Y amaba mucho la vida.

Con la mano en el pomo de la puerta, dispuesto a apearse, se volvió de pronto y dio un golpecito en el pecho del canónigo.

—*Monsieur le docteur* acaba de decir que esto —apoyó un dedo en el estómago del pastor que pegó un respingo— es sólo una residencia. Dígame, si encontrara un ladrón en su casa, ¿qué haría? Pegarle un tiro, ¿no?

—No —exclamó el canónigo—. No, por supuesto que no. Quiero decir que en este país, no.

Pero sus palabras se perdieron en el aire mientras la puerta del compartimiento se cerraba de golpe.

El clérigo, el abogado y el médico se habían quedado solos. El cuarto asiento estaba vacío.

4

S.O.S.

1

—¡Ah! —dijo *Mr*. Dinsmead apreciativamente.

Dio un paso atrás y miró la mesa redonda con aprobación. La luz del hogar se reflejaba en el burdo mantel blanco, los tenedores, cuchillos y los demás complementos.

—¿Está todo a punto? —preguntó *Mrs*. Dinsmead con voz insegura. Era una mujer insignificante, de rostro descolorido, el pelo ralo peinado hacia atrás, y un nerviosismo perpetuo.

—Todo está a punto —replicó su marido con una satisfacción malsana.

Era un hombre corpulento, de hombros caídos y ancho rostro rubicundo. Tenía ojillos de cerdo, brillantes debajo de las cejas muy pobladas y las mejillas desprovistas de barba.

—¿Limonada? —sugirió *Mrs*. Dinsmead, casi en un susurro.

Su marido meneó la cabeza.

—Té. Es mucho mejor en todos los aspectos. Mira el tiempo que hace, llueve a cántaros y sopla un fuerte viento. Una buena taza de té caliente es lo que hace falta para acompañar la cena en una noche como ésta.

Parpadeó con vivacidad y una vez más inspeccionó la mesa.

—Un buen plato de huevos, ternera fría, pan y queso. Éste es mi encargo para la cena. De manera que ve a prepararlo, mamá. Charlotte está en la cocina esperando para ayudarte.

Mrs. Dinsmead se levantó, ovillando cuidadosamente la lana de su labor de punto.

—Se ha convertido en una muchacha muy guapa —murmuró—. Es un verdadero encanto.

—¡Ah! —exclamó *Mr*. Dinsmead—. ¡Es el vivo retrato de su madre! ¡Vamos, ve a la cocina de una vez y no perdamos más tiempo!

Se paseó por la habitación tarareando una cancioncilla durante unos minutos. Una vez se acercó a la ventana para contemplar el exterior.

—Vaya tiempo —murmuró para sí—. No es muy probable que tengamos visitas esta noche.

Entonces él también salió de la habitación.

Unos diez minutos más tarde, *Mrs*. Dinsmead entró con una bandeja de huevos fritos, seguida de sus dos hijas, que traían el resto de las viandas. *Mr*. Dinsmead y su hijo Johnnie cerraban la marcha. El primero se sentó a la cabecera de la mesa.

—Y por todos los bienes que vamos a recibir, etcétera —manifestó humorísticamente—. ¡Y las bendiciones para el primero que pensó en la comida enlatada! Me gustaría saber qué haríamos nosotros a tantas millas de distancia de cualquier pueblo si no pudiéramos echar mano de las conservas cada vez que el carnicero se olvida de venir.

Cortó la ternera con mano experta.

—Yo me pregunto a quién se le ocurriría construir una casa como ésta tan apartada de la civilización —se quejó su hija Magdalen—. Nunca vemos ni un alma.

—No —dijo su padre—. Ni un alma.

—No sé por qué la alquilaste, papá —intervino Charlotte.

—¿No, hija mía? Pues tenía mis razones… sí, tenía mis razones.

Su mirada buscó a hurtadillas los ojos de su esposa, pero ella frunció el entrecejo.

—Y además está encantada —continuó Charlotte—. No dormiría aquí sola por nada.

—Tonterías —replicó el padre—. Nunca has visto nada, ¿no es cierto?

—Quizá no haya visto nada, pero…

—Pero ¿qué?

Charlotte no contestó, pero se estremeció. Un fuerte ramalazo de lluvia azotó el postigo de la ventana y *Mrs*. Dinsmead dejó caer la

cuchara, que tintineó contra la bandeja.

—¿Estás nerviosa, mamá? —dijo *Mr*. Dinsmead—. Hace una noche de perros, eso es todo. No te preocupes, aquí estamos seguros junto al fuego, y no es probable que nadie venga a molestarnos. Vaya, sería un milagro que viniera alguien, y los milagros no ocurren. «No —agregó para sus adentros con extraña satisfacción—, los milagros no ocurren».

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando llamaron a la puerta, y *Mr*. Dinsmead se quedó como petrificado.

—¿Qué es eso? —murmuró, y después se quedó boquiabierto.

Mrs. Dinsmead dejó escapar un gemido y se arropó más en su chal. El color acudió a las mejillas de Magdalen cuando se indinó hacia delante para decirle a su padre:

—El milagro ha ocurrido. Será mejor que vayas a ver quién es.

2

Veinte minutos antes Mortimer Cleveland había estado contemplando su coche bajo la lluvia y envuelto en la niebla. Aquello sí que era mala suerte. Dos pinchazos en menos de diez minutos, y aquí estaba él, empantanado a muchas millas de cualquier parte, en medio de los desnudos páramos de Wilstshire, con la noche echándosele encima y sin la menor esperanza de encontrar dónde guarecerse. Le estaba bien empleado por querer tomar un atajo. ¡Si hubiera continuado por la carretera principal! Ahora se encontraba perdido en lo que parecía un camino de carro en la ladera de una colina, imposibilitado de mover el coche y sin saber siquiera si había algún pueblo cercano.

Miró perplejo a su alrededor y sus ojos percibieron el resplandor de una luz un poco más arriba, en la ladera. Un segundo más tarde la niebla la ocultó de nuevo, pero aguardó con paciencia y logró verla otra vez. Tras un momento de vacilación, abandonó el coche y subió la ladera.

Pronto dejó atrás la niebla y vio que la luz salía de una ventana de una casita de campo. Allí, por lo menos, encontraría refugio. Mortimer. Cleveland apresuró el paso, con la cabeza inclinada para hacer frente al tremendo embate de la lluvia y el viento que

intentaban hacerle retroceder.

Cleveland era, a su manera, una celebridad, aunque la mayoría de la gente desconociera su nombre y actividades. Era una autoridad en ciencias mentales y había escrito dos excelentes libros de texto sobre el subconsciente. También era miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y un estudiante de las ciencias ocultas en cuanto afectaban a sus propias conclusiones y a su línea de investigación.

Por naturaleza era muy susceptible al ambiente y, gracias al aprendizaje, había acrecentado este don natural. Cuando por fin llegó a la casa y llamó a la puerta, tuvo conciencia de una excitación, de un interés especial, como si todas sus facultades se hubieran agudizado de pronto.

El murmullo de voces del interior llegaba perfectamente hasta sus oídos. Después de su llamada se hizo un silencio, y luego oyó correr una silla. Al cabo de un instante le abrió la puerta un muchacho de unos quince años. Cleveland contempló la escena del interior por encima de su hombro.

Le recordó los cuadros de algún maestro flamenco. Una mesa redonda preparada para la cena y una familia reunida a su alrededor; un par de velas encendidas y el resplandor del hogar que lo iluminaba todo. El padre, un hombre corpulento, sentado a la cabecera de la mesa, y frente a él una mujercita de cabellos grises y aspecto atemorizado. Frente a la puerta, mirando a Cleveland, había una muchacha. La mirada sorprendida de ella se clavó en la suya, con la taza en el aire a medio camino de los labios.

Cleveland vio en seguida que su hermosura era poco corriente. Su pelo rojo dorado enmarcaba su rostro como una aureola; sus ojos, muy separados, eran de un gris purísimo. Tenía la boca y la barbilla dignas de una primitiva *madonna italiana*.

Hubo un instante de silencio absoluto. Luego Cleveland entró en la casa y refirió lo que acababa de ocurrirle. Cuando terminó su trivial historia, se hizo otra pausa difícil de explicar. Al fin, como si le costara un gran esfuerzo, el padre se levantó.

—Pase, *Mr*… ¿*Mr*. Cleveland, dijo usted?

—Ése es mi nombre —respondió Mortimer sonriendo.

—Ah, sí. Pase, *Mr*. Cleveland. Hace una noche de perros, ¿no es cierto? Acérquese al fuego. Cierra la puerta, ¿quieres, Johnnie? No

te quedes ahí toda la noche.

Cleveland se acercó al fuego y tomó asiento en un taburete, mientras Johnnie cerraba la puerta.

—Me llamo Dinsmead —le dijo el cabeza de familia con toda cordialidad—. Ésta es mi esposa, y éstas mis dos hijas, Charlotte y Magdalen.

Por primera vez, Cleveland vio el rostro de la otra joven sentada de espaldas a la puerta y, aunque un estilo totalmente distinto, también era una belleza… Muy morena, con el rostro pálido, como de mármol, una delicada nariz aguileña y una boca seria. Era una belleza fría, austera y casi ominosa. Al oír la presentación de su padre, inclinó la cabeza mirándole como si quisiera adivinar su carácter, como si le estuviera pesando en la balanza de su joven juicio.

—¿Quiere beber alguna cosa, *Mr*. Cleveland?

—Gracias —replicó Mortimer—. Una taza de té me sentaría admirablemente.

Mr. Dinsmead vaciló un momento, y luego vació las cinco tazas, una tras otra, en un bol.

—Este té está ya frío —dijo con brusquedad—. ¿Quieres hacer un poco más, mamá?

Mrs. Dinsmead se levantó rápidamente y recogió la tetera. Mortimer tuvo la impresión de que se alegraba de poder abandonar la habitación.

El té no tardó en llegar y al inesperado huésped se le ofreció la cena.

Mr. Dinsmead charlaba y charlaba. Se mostró comunicativo, genial y locuaz, contando al forastero toda su vida. Se había retirado hacía poco del negocio de la construcción, sí, había ganado su buen dinero. Él y su esposa habían creído que no estaría mal vivir en el campo. Hasta entonces nunca habían vivido en el campo. Claro que octubre y noviembre eran una mala época, pero no quisieron esperar. «La vida es tan insegura, ya sabe usted, señor». De modo que alquilaron aquella casita situada a ocho millas del pueblo más cercano, y a diecinueve de lo que se podría llamar una ciudad. No, no se quejaban. Las hijas lo encontraban un poco aburrido, pero él y su esposa disfrutaban con aquella tranquilidad.

Y así continuó largo rato, dejando a Mortimer casi hipnotizado

con su facilidad de palabra. Estaba seguro de que allí no había otra cosa que vulgaridad doméstica y, no obstante, al primer vistazo del interior había diagnosticado algo más: cierta tensión que emanaba de una de aquellas personas, no sabía de cuál. ¡Simplezas, sus nervios estaban fuera de quicio! Estaban sorprendidos por su repentina aparición, nada más.

Abordó el tema del alojamiento por una noche y recibió pronta respuesta.

—Usted se queda con nosotros, *Mr*. Cleveland. No hay otra casa en varias millas. Podemos darle habitación y, aunque mis pijamas son algo grandes, siempre serán mejor que nada y sus ropas estarán secas por la mañana.

—Es usted muy amable.

—Nada de eso —replicó el otro alegremente—. Como acabo de decirle, hace una nochecita de perros para andar por ahí. Magdalen, Charlotte, id a preparar la habitación.

Las dos jóvenes salieron de la habitación y, al poco rato, Mortimer las oyó andar por arriba.

—Comprendo perfectamente que dos jovencitas tan atractivas como sus hijas se aburran aquí —dijo Cleveland.

—¿Bonitas, verdad? —respondió *Mr*. Dinsmead con orgullo paternal—. Pero muy distintas de nosotros. Mi esposa y yo no somos muy agraciados, pero estamos muy unidos, se lo aseguro, *Mr*. Cleveland. ¿No es cierto, Maggie?

Mrs. Dinsmead sonrió con modestia, atareada con el tejido. Las agujas sonaban muy seguido. Tejía muy deprisa.

Al fin la habitación estuvo preparada y Mortimer, tras dar las gracias una vez más, anunció el deseo de retirarse a descansar.

—¿Habéis puesto una botella de agua caliente en su cama? —preguntó *Mrs*. Dinsmead de pronto, atenta a sus deberes de ama de casa.

—Sí, mamá, dos.

—Muy bien —replicó Dinsmead—. Subid con él, hijas mías, y comprobad que no le falte nada.

Magdalen le precedió con una palmatoria en alto para iluminar la escalera, y Charlotte subió tras él.

La habitación era pequeña pero agradable, con el techo inclinado. La cama parecía cómoda y los pocos muebles un tanto

polvorientos eran de caoba antigua. Sobre el lavabo había una gran jarra de agua caliente y, sobre una silla, un par de pijamas rosados de enormes proporciones. La cama había sido abierta.

Magdalen fue hasta la ventana para asegurarse de que los postigos estaban cerrados. Charlotte dirigió una ojeada final a los utensilios del lavabo y después se demoraron junto a la puerta.

—Buenas noches, *Mr*. Cleveland. ¿Está seguro de que no necesita nada?

—No, gracias, *miss* Magdalen. Siento ocasionarles tantas molestias. Buenas noches.

Salieron y Mortimer Cleveland se quedó a solas. Empezó a desnudarse con aire pensativo. Cuando acabó de ponerse el enorme pijama de *Mr*. Dinsmead, recogió las ropas húmedas y las dejó en el rellano, como le aconsejara su anfitrión, cuya voz se oía desde abajo.

¡Qué charlatán era aquel hombre! Era un tipo raro y, desde luego, había algo extraño en aquella familia. ¿O eran cosas de su imaginación?

Volvió a entrar en el dormitorio y cerró la puerta. Permaneció junto a la cama sumido en sus pensamientos. Y entonces tuvo un sobresalto.

La mesita de caoba que había al lado de la cama estaba cubierta de polvo. En el polvo había tres letras escritas con toda claridad: SOS.

Mortimer las miró sin poder dar crédito a sus ojos. Aquello era una confirmación a sus vagas sospechas y presentimientos. Entonces estaba en lo cierto. En aquella casa ocurría algo raro.

SOS. Una llamada de auxilio. Pero ¿el dedo de quién la había escrito en el polvo? ¿Magdalen o Charlotte? Ambas habían estado junto a la cama unos momentos antes de abandonar la habitación. ¿Qué mano habría trazado en secreto aquellas tres letras?

Ante él aparecieron los rostros de las dos jóvenes. Magdalen, morena y distante, y Charlotte, tal como la viera en el primer momento, con los ojos muy abiertos, sobresaltada, con un algo indefinible en su mirada.

Se acercó de nuevo a la puerta y la abrió. Ya no se oía la voz de *Mr*. Dinsmead. La casa estaba en silencio.

«Esta noche nada puedo hacer. Mañana ya veremos», pensó para

sus adentros.

3

Cleveland se despertó temprano. Atravesó la sala y salió al jardín. La mañana era hermosa y fresca después de la lluvia. Alguien más había madrugado. En el otro extremo del jardín, Charlotte estaba apoyada en la cerca contemplando las colinas, y el pulso se le aceleró un poco al ir a su encuentro. En su interior estaba convencido de que había sido Charlotte quien había escrito el mensaje. Al llegar junto a ella, la joven se volvió para darle los buenos días. Sus ojos eran francos e infantiles, sin la menor sombra de secreto compartido.

—Hace una mañana espléndida —dijo Mortimer sonriendo—. Qué contraste con el tiempo que hacía anoche.

—Desde luego.

Mortimer arrancó una ramita de un árbol cercano, y con ella empezó a dibujar en la arena que había a sus pies. Trazó una S, luego una O y por último otra S, observando atentamente la reacción de la joven. Pero tampoco ahora pudo ver la menor señal de comprensión.

—¿Sabe lo que representan estas letras? —preguntó de pronto.

Charlotte frunció el entrecejo.

—¿No son las que envían los barcos cuando están en peligro? —replicó.

Mortimer hizo un gesto de asentimiento.

—Alguien las escribió anoche en la mesita junto a la cama —dijo en voz baja—. Creí que tal vez hubiera sido usted.

Ella le miró con franco asombro.

—¿Yo? ¡Oh, no!

Entonces se había equivocado. Sintió una punzada de desaliento. Estaba seguro, muy seguro. Sus presentimientos no solían engañarle.

—¿Está segura? —insistió.

—¡Oh, sí!

Echaron a andar hacia la casa. Charlotte parecía preocupada por algo y apenas contestaba a los escasos comentarios de Mortimer. De

pronto dijo en voz baja y con precipitación:

—Es… es tan extraño que me haya usted preguntado por esas letras: SOS. Claro que yo no las escribí, pero podría haberlo hecho.

Se detuvo para mirarla y ella continuó rápidamente:

—Parece una tontería, lo sé, pero he estado tan asustada, tanto, que cuando usted llegó anoche me parecía una respuesta a mis plegarias.

—¿De qué tenía miedo? —preguntó Mortimer.

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Creo que es la casa. Desde que vinimos aquí ha ido creciendo mi temor. Todos parecen distintos. Papá, mamá y Magdalen, todos parecen haber cambiado.

Mortimer no replicó en seguida, y antes de que pudiera hacerlo, Charlotte se apresuró a continuar:

—Dicen que la casa está encantada.

—¿Qué? —Su interés se avivó en el acto.

—Sí, un hombre asesinó a su esposa aquí, hace algunos años. Nosotros lo supimos después de habitarla. Papá dice que eso de los fantasmas son tonterías, pero yo no sé…

Mortimer pensaba a toda velocidad.

—Dígame —le preguntó en tono profesional—. ¿El crimen se cometió en la habitación donde yo he dormido?

—No sé nada en concreto —respondió Charlotte.

—Quisiera saber —dijo Mortimer como para sus adentros— si eso es posible.

Charlotte le miraba sin comprender.

—*Miss* Dinsmead —preguntó Cleveland amablemente—, ¿ha tenido alguna vez motivos para creer que tiene dotes de médium?

Ella le miró sorprendida.

—Creo que usted escribió anoche el SOS —añadió él—. Oh, inconscientemente, desde luego. Un crimen flota en la atmósfera, por así decirlo. Una mente sensible como la suya pudo actuar de esa manera. Usted ha estado reproduciendo las sensaciones e impresiones de la víctima. Muchos años atrás ella escribió SOS en la mesita y usted, inconscientemente, reprodujo anoche su última acción.

El rostro de Charlotte se iluminó.

—Ya entiendo —dijo—. ¿Usted cree que ésa es la explicación?

Una voz la llamó desde la casa y la joven se marchó, y Mortimer se quedó pensando por los senderos del jardín. ¿Estaba satisfecho con su propia explicación? ¿Cubría todos los hechos que él conocía? ¿Explicaba la tensión que había percibido al entrar en la casa la noche anterior?

Quizá, pero aún tenía la extraña sensación de que su repentina presencia había producido algo muy semejante a la consternación, y pensó para sí:

«No debo dejarme llevar por la explicación psíquica. Puede explicar el comportamiento de Charlotte, pero no el de los otros. Mi llegada les contrarió en gran manera, a todos excepto a Johnnie. Sea lo que fuese lo que ocurre, Johnnie no tiene nada que ver».

Estaba seguro de esto: era extraño que demostrara tanta seguridad, pero era así.

En aquel momento, el propio Johnnie salió de la casa y se aproximó al huésped.

—El desayuno espera —le anunció—. ¿Quiere usted entrar?

Mortimer observó que el muchacho tenía los dedos muy manchados y Johnnie, al ver su mirada, se rió avergonzado.

—Siempre ando trajinando con productos químicos, ¿sabe? —le dijo—. Papá a veces se pone furioso. Él quiere que me dedique a la construcción, pero a mí me encanta la química y la investigación.

Mr. Dinsmead apareció en una de las ventanas, enorme, jovial, sonriente y, al verle, todo el recelo y la desconfianza de Mortimer despertaron de nuevo. *Mrs*. Dinsmead estaba ya sentada a la mesa. Le dio los buenos días con su voz inexpresiva y otra vez tuvo la sensación de que por alguna razón le temía.

Magdalen entró la última y, tras saludarlo con una leve inclinación de cabeza, se sentó frente a él.

—¿Ha dormido usted bien? —le preguntó bruscamente—. ¿No ha extrañado la cama?

Le miraba con ansiedad y, cuando él le contestó que sí amablemente, le pareció ver en sus ojos una sombra de desilusión. ¿Qué es lo que había esperado que dijera?

Mortimer se volvió a su anfitrión.

—Creo que su hijo se interesa por la química —comentó cortésmente.

Se oyó un estrépito. *Mrs*. Dinsmead había dejado caer su taza.

—Vamos, vamos, Maggie —le dijo su marido.

A Mortimer le pareció que en su voz había una amonestación, una advertencia. *Mr*. Dinsmead se volvió hacia su huésped y le habló largo y tendido de las ventajas del ramo de la construcción y de no dejar que los jóvenes siguieran sus impulsos.

Después del desayuno, Cleveland salió solo al jardín para fumar un cigarrillo. Era evidente que había llegado la hora de abandonar aquella casa. Pasar la noche era una cosa, pero prolongar su estancia allí resultaba difícil sin una excusa, ¿y qué excusa podía dar? Sin embargo, se sentía reacio a partir.

Sin dejar de darle vueltas al asunto, tomó un camino que llevaba al otro lado de la casa. Sus zapatos tenían las suelas de goma y apenas hacían ruido. Al pasar ante la ventana de la cocina oyó la voz de Dinsmead y sus palabras atrajeron su atención inmediatamente.

—Es una buena suma de dinero, vaya si lo es.

La voz de *Mrs*. Dinsmead respondió. Su voz era demasiado débil para que Mortimer oyera sus palabras, pero Dinsmead replicó:

—Cerca de sesenta mil libras, dijo el abogado.

Mortimer no tenía intención de escuchar lo que hablaban, pero volvió sobre sus pasos muy pensativo. La mención del dinero parecía cristalizar la situación. Sea como fuere se trataba de sesenta mil libras, y aquello ponía la cosa más clara y más fea.

Magdalen salió de la casa, pero la voz de su padre la llamó casi en el acto y volvió a entrar. Al poco rato, Dinsmead se reunió con su huésped.

—¡Qué hermosa mañana! —dijo animadamente—. Espero que su coche no tenga nada importante.

«Quiere saber cuándo me marcho», pensó Mortimer, y en voz alta agradeció una vez más su hospitalidad a *Mr*. Dinsmead.

—No faltaba más, no faltaba más —replicó el otro.

Magdalen y Charlotte salieron juntas de la casa y, cogidas del brazo, se dirigieron a un asiento rústico que había a corta distancia. Las dos cabezas, una morena y la otra rubia, ofrecían un agradable contraste y Mortimer exclamó impulsivamente:

—Qué distintas son sus hijas, *Mr*. Dinsmead.

El aludido, que estaba encendiendo su pipa, apagó la cerilla con

una brusca sacudida de muñeca.

—¿Usted cree? —preguntó—. Sí, claro, supongo que lo son.

Mortimer tuvo una repentina inspiración.

—Claro que las dos muchachas no son hijas suyas —dijo con calma.

Vio que Dinsmead le miraba vacilando, y que al fin se decidía.

—Es usted muy inteligente —manifestó—. No, a una de ellas la recogimos cuando era un bebé y la hemos criado como si fuera nuestra. Ella no tiene la menor idea de la verdad, pero tendrá que saberlo pronto. —Suspiró.

—¿Una cuestión de herencia? —insinuó Mortimer.

El otro le dirigió una mirada de recelo y, al fin, decidió que la sinceridad era lo mejor. Adoptó una actitud tan franca que casi resultaba agresiva.

—Es extraño que usted diga eso, *Mr*. Cleveland.

—Un caso de telepatía, ¿eh? —dijo Mortimer con una sonrisa.

—Así es, señor. La recogimos por complacer a su madre, por pura consideración, porque entonces yo empezaba a dedicarme a la construcción. Hace pocos meses vi un anuncio en los periódicos y me pareció que la niña en cuestión debía de ser nuestra Magdalen. Fui a ver a los abogados y mantuvimos varias conversaciones. Ellos recelaban, como es natural, pero ahora está todo aclarado. Yo mismo voy a llevarla a Londres la semana que viene. Ella todavía no sabe nada. Parece ser que su padre fue un caballero judío muy rico, y sólo se enteró de la existencia de la niña pocos meses antes de su muerte. Contrató a varios detectives para que la encontraran y le dejó todo su dinero para cuando dieran con ella.

Mortimer le escuchaba con suma atención. No tenía motivos para dudar de la historia de *Mr*. Dinsmead, que explicaba la belleza morena de Magdalen, y quizá también su frialdad. Sin embargo, aunque la historia fuese cierta, algo desconocido se ocultaba tras ella.

Pero Cleveland no quiso despertar las sospechas del otro. Al contrario, debía procurar disiparlas.

—Una historia muy interesante, *Mr*. Dinsmead —le dijo—. Y felicito a *miss* Magdalen. Siendo tan hermosa y además rica, tendrá un magnífico porvenir.

—Sí, lo tiene —convino el padre con calor—, y además es una

chica muy buena, *Mr*. Cleveland.

Era evidente que le tenía un gran cariño.

—Bien —añadió Mortimer—. Creo que debo marcharme. Tengo que darle las gracias una vez más, *Mr*. Dinsmead, por su hospitalidad tan estupenda y oportuna.

Acompañado de su anfitrión penetró en la casa para despedirse de *Mrs*. Dinsmead. La mujer estaba en la ventana de espaldas a ellos y no les oyó entrar. Al oír decir a su marido en tono jovial: «Aquí está *Mr*. Cleveland, que quiere despedirse de ti», se sobresaltó de tal manera que se le cayó algo que tenía en la mano. Mortimer se lo recogió. Era una miniatura de Charlotte hecha al estilo de veinticinco años atrás. Cleveland le repitió las gracias que ya diera a su marido. Una vez más notó la expresión de miedo y las miradas furtivas que le dirigía.

Las dos jóvenes no estaban a la vista, pero Mortimer no quería demostrar interés por ellas; también él tenía una idea que no tardaría en comprobar como correcta.

Cuando se encontraba a media milla de distancia de la casa, camino del lugar donde había dejado el coche la noche anterior, vio que se movían unos arbustos al lado del sendero y Magdalen apareció ante él.

—Tenía que verle —le dijo.

—La esperaba —señaló Mortimer—. Fue usted quien escribió SOS en mi mesilla de noche, ¿no es cierto?

Magdalen asintió.

—¿Por qué? —le preguntó Mortimer en tono amable.

La joven se volvió a medias y comenzó a arrancar hojas de un arbusto.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé.

—Cuénteme —le animó Cleveland.

Magdalen hizo una inspiración profunda.

—Soy una persona práctica —dijo—, no de esas que imaginan o inventan cosas. Sé que usted cree en los fantasmas y los espíritus. Yo no, y si le aseguro que en aquella casa ocurre algo muy extraño —señaló la colina—, me refiero a que hay algo tangible, y no sólo un eco del pasado. Lo noté desde que llegamos aquí. Cada día que pasa es peor. Papá está distinto, mamá es otra, y Charlotte lo mismo.

Mortimer intervino.

—¿Y Johnnie ha cambiado?

Magdalen le miró. En sus ojos brilló la comprensión.

—No —dijo—, ahora que lo pienso, Johnnie no ha cambiado. Es el único que sigue igual que siempre. Es el único que no ha sido afectado por esto, incluso anoche a la hora del té.

—¿Y usted?

—Yo estaba asustada, terriblemente asustada, como una niña, sin saber por qué. Y papá estuvo muy extraño, no hay otra palabra. Habló de milagros y entonces yo recé, de verdad que recé para que se realizara un milagro, y usted llamó a la puerta.

Se detuvo bruscamente y le miró.

—Supongo que debo parecerle loca —le dijo con aire desafiante.

—No —replicó Mortimer—, al contrario, me parece usted una persona muy cuerda. Todas las personas sanas tienen una premonición del peligro si éste les ronda.

—No lo comprende —dijo ella—. Yo no temía por mí.

—¿Por quién entonces?

Pero Magdalen volvió a menear la cabeza desconcertada.

—No lo sé. Escribí SOS impulsivamente. Tuve la impresión, sin duda absurda, de que no iban a dejarme hablar con usted… me refiero a mi familia. No sé lo que pensaba pedirle que hiciera, ni tampoco lo sé ahora.

—No importa —replicó Mortimer—. Lo haré.

—¿Qué puede usted hacer ahora?

—Puedo pensar.

Ella le miró incrédula.

—Sí —dijo Mortimer—, así puede hacerse muchísimo más de lo que usted se imagina. Dígame, ¿hubo por casualidad alguna palabra o frase que atrajera su atención poco antes de la cena de anoche?

Magdalen frunció el entrecejo.

—No creo —dijo al fin—. Oí que papá le decía a mamá que Charlotte era su vivo retrato, y se rió de un modo muy extraño. Pero no hay nada raro en eso, ¿verdad?

—No —replicó Mortimer despacio—, excepto que Charlotte no se parece en nada a su madre.

Permaneció sumido en sus pensamientos unos instantes y, al volver a la realidad, vio que Magdalen le contemplaba indecisa.

—Vuelva a su casa, pequeña, y no se preocupe. Déjelo en mis manos.

Ella, obediente, emprendió el camino de regreso.

Mortimer continuó un poco más, y luego se tumbó sobre la verde hierba. Cerró los ojos, se desprendió de cualquier pensamiento o esfuerzo consciente y dejó que una serie de imágenes se pasearan a voluntad por la superficie de su mente.

Johnnie! Siempre volvía a pensar en Johnnie, Johnnie completamente inocente y ajeno a la trama de sospechas e intrigas, pero, sin embargo, el eje en torno al cual giraba todo. Recordó que *Mrs*. Dinsmead había dejado caer su taza aquella mañana durante el desayuno. ¿Cuál fue la causa de su agitación? ¿Un comentario casual que hizo él acerca de la afición del muchacho por la química? En aquel momento no había reparado en *Mr*. Dinsmead, pero ahora lo recordaba inmóvil con la taza en el aire.

Aquello le llevó de nuevo a Charlotte, cuando la vio por primera vez mirándole por encima de su taza de té. Y rápidamente a esta imagen le sucedió otra: *Mr*. Dinsmead vaciando todas las tazas, una tras otra, y diciendo: «El té está frío». Recordaba las tazas humeantes. Sin duda, el té no estaba tan frío como él pretendía.

Algo empezó a bullir en su cerebro. El recuerdo de algo leído no hacía mucho, todo lo más un mes. El relato sobre una familia entera envenenada por el descuido de un muchacho. Un paquete de arsénico olvidado en la despensa, cuyo contenido había ido cayendo sobre el pan que estaba debajo. Lo había leído en el periódico. Probablemente *Mr*. Dinsmead también lo había leído.

Las cosas se aclaraban.

Y media hora más tarde, Mortimer Cleveland se puso de pie rápidamente.

4

Una vez más era de noche en la casa. Esta vez los huevos eran escalfados y había carne en gelatina. *Mrs*. Dinsmead salió de la cocina con la enorme tetera, mientras la familia ocupaba sus correspondientes sitios alrededor de la mesa.

—Qué contraste con el tiempo de ayer —comentó *Mrs*.

Dinsmead mientras miraba a través de la ventana.

—Sí —dijo *Mr*. Dinsmead—, la noche es tan silenciosa que puedes oír la caída de un alfiler. Y ahora, mamá, sirve, ¿quieres?

Mrs. Dinsmead llenó las tazas y las repartió. Luego, al dejar la tetera sobre la mesa, lanzó un grito ahogado y se llevó la mano al corazón. *Mr*. Dinsmead giró en redondo siguiendo la dirección de su mirada de terror. Mortimer Cleveland estaba de pie en la entrada. Se adelantó con una expresión amable.

—Temo haberles asustado —dijo—. Tuve que volver por algo.

—¿Por algo? —exclamó *Mr*. Dinsmead con el rostro amoratado y las venas hinchadas—. Me gustaría saber por qué.

—Por un poco de té —exclamó Mortimer.

Con un gesto rápido sacó algo del bolsillo. Luego cogió una de las tazas de té que había sobre la mesa y vació el contenido en el tubito de ensayo que sostenía en la mano izquierda.

—¿Qué… qué hace usted? —tartamudeó *Mr*. Dinsmead, con el rostro palidísimo, del que había desaparecido todo el acaloro anterior como por arte de magia.

Mrs. Dinsmead soltó un chillido agudo.

—¿Lee usted los periódicos, *Mr*. Dinsmead? —continuó Mortimer. Estoy seguro de que sí. Algunas veces se lee la noticia de que toda una familia ha sido envenenada. Algunos se salvan y otros no. En este caso, uno no se recuperaría. La primera explicación sería la carne enlatada que estaban comiendo, pero suponiendo que el médico fuese un hombre receloso, no sería tan fácil que se dejase convencer fácilmente por esa teoría. En su despensa hay un paquete de arsénico, y en el estante de debajo un paquete de té. Hay un agujero muy conveniente en el estante. Nada más natural que suponer que el arsénico cayó en el té por accidente. Su hijo Johnnie sería inculpado de descuido y nada más.

—Yo… yo no sé a qué se refiere —exclamó Dinsmead.

—Creo que sí lo sabe. —Mortimer cogió otra taza de té y llenó otro tubo. Al primero le puso una etiqueta roja y al otro una azul.

—El de la etiqueta roja —dijo— contiene té de la taza de su hija Charlotte, y el otro de la de Magdalen; y estoy dispuesto a jurar que en el primero se encontrará cuatro o cinco veces mayor cantidad de arsénico que en el segundo.

—¡Está loco! —exclamó Dinsmead.

—¡Oh, pobre de mí! Nada de eso. Usted me dijo hoy mismo, *Mr*. Dinsmead, que Magdalen no era hija suya. Y me mintió. Magdalen es su hija. Charlotte es la niña que ustedes adoptaron y que es tan parecida a su madre que, cuando hoy tuve en mis manos una miniatura suya, la tomé por la propia Charlotte. Ustedes deseaban que su propia hija heredara la fortuna y, puesto que era imposible ocultar a Charlotte, y alguien que hubiera conocido a su madre hubiese comprendido la verdad por su extraordinario parecido, decidieron, bueno, poner arsénico en el fondo de una taza de té.

Mrs. Dinsmead lanzó de pronto una risa aguda y comenzó a mecerse dominada por la histeria.

—Té —gritó—; eso es lo que dijo, té, y no limonada.

—¿Es que no puedes callarte? —rugió su marido furioso.

Mortimer vio que Charlotte le miraba con los ojos muy abiertos, intrigada. Luego sintió que le cogían de un brazo y Magdalen le llevó donde no pudieran oírles.

—Eso… —señaló los tubos de ensayo—. Papá, usted no…

Mortimer le puso una mano sobre el hombro.

—Pequeña —le dijo—, tú no crees en el pasado. Yo sí. Y creo en el ambiente que hay en esta casa. Si su padre no hubiera venido aquí, quizá, y digo quizá, no hubiera concebido este plan. Guardaré estos dos tubos de ensayo para salvaguardar a Charlotte ahora y en el futuro. Aparte de esto, no haré nada… en agradecimiento, si usted quiere, a la mano que escribió SOS.

5

La radio

—Y sobre todo, evite las preocupaciones y la excitación —dijo el doctor Meynell con el aire tranquilizador que emplean los médicos.

Mrs. Harter, como ocurre a menudo con las personas que escuchan estas inútiles palabras de consuelo, pareció más indecisa que aliviada.

—Existe una cierta debilidad cardíaca —continuó el médico—, pero nada de qué alarmarse. Puedo asegurárselo. De todas maneras —agregó—, sería conveniente que instalaran un ascensor. ¿Eh? ¿Qué le parece?

Mrs. Harter pareció preocupada.

El doctor Meynell, por el contrario, parecía muy satisfecho consigo mismo. Le gustaba atender a los pacientes ricos más que a los pobres, porque así podía ejercitar su activa imaginación al recetar remedios a sus dolencias.

—Sí, un ascensor —repitió el doctor Meynell, tratando de buscar algo incluso más ostentoso si cabe, sin conseguirlo—. Hemos de evitar todo esfuerzo innecesario. Hay que hacer ejercicio todos los días siempre que haga buen tiempo y por terreno llano, pero nada de subir colinas. Y, sobre todo —añadió alegremente—, distraerse y no pensar continuamente en su salud.

Con el sobrino de la anciana, Charles Ridgeway, el médico fue algo más explícito.

—Quisiera que lo entendiese usted bien —le dijo—. Su tía puede vivir años y, probablemente, los vivirá. Pero al mismo tiempo, un sobresalto o un esfuerzo excesivo pueden acabar con ella, ¡así! —chasqueó los dedos—. Debe llevar una vida muy tranquila. Nada de

esfuerzos. Nada de fatigarse. Pero, desde luego, tampoco hay que dejar que se aburra. Hay que hacer que esté siempre alegre y con la mente bien distraída.

—Distraída —repitió Charles Ridgeway, pensativo.

Charles era un joven reflexivo. También era un joven que creía en seguir sus inclinaciones siempre que fuera posible.

Aquella noche sugirió la conveniencia de comprar un aparato de radio.

Mrs. Harter, que ya estaba seriamente preocupada por lo del ascensor, se mostró reacia y contrariada. Charles fue locuaz y persuasivo.

—No sé si acaban de gustarme todos esos aparatos —se lamentó la anciana—. Las ondas, ya sabes, las ondas eléctricas podrían afectarme.

Charles, con aire de superioridad, le hizo ver la futilidad de su idea.

Y *Mrs*. Harter, cuyo conocimiento sobre el tema era muy ambiguo, pero que sabía defender sus opiniones, permaneció en sus trece.

—Toda esa electricidad —murmuró con temor—. Tú puedes decir lo que quieras, Charles, pero a algunas personas les afecta la electricidad. Siempre que va a haber tormenta me duele muchísimo la cabeza. Sé que es así —asintió con aire triunfante.

Charles era un joven paciente y también tenaz.

—Mi querida tía Mary —le dijo—, déjame que te lo explique.

Era una autoridad en la materia y le dio toda una conferencia. Cada vez más entusiasmado, le habló de las válvulas de emisión termoiónica, de la alta y baja frecuencia, de amplificadores y condensadores.

Mrs. Harter, sumergida en aquel mar de palabras que no comprendía, se sometió.

—Claro que si tú, Charles, crees realmente… —murmuró.

—Mi querida tía Mary —replicó Charles entusiasmado—, es lo que tú necesitas para dejar de pensar en todo esto.

El ascensor recetado por el doctor Meynell se instaló poco después, y fue casi la muerte para *Mrs*. Harter, ya que, como otras ancianas, sentía una profunda aversión a tener a hombres extraños en la casa. Sospechaba que todos y cada uno de ellos intentaría

apoderarse de la platería.

Después del ascensor, llegó el aparato de radio, y *Mrs*. Harter contempló lo que para ella era un repelente objeto: una caja grande de feo aspecto con varios botones.

Charles necesitó de todo su entusiasmo para reconciliarla con el artilugio, pero estaba en su elemento y hacía girar los botones mientras discurseaba elocuentemente.

Mrs. Harter, sentada en su butaca, le escuchaba paciente y cortés, con la firme convicción de que aquellos nuevos inventos no eran más que solemnes tonterías.

—Fíjate, tía Mary, ahora escuchamos Berlín. ¿No es estupendo? ¿Oyes al locutor?

—No oigo más que zumbidos y ruidos —replicó *Mrs*. Harter.

—Bruselas —anunció con entusiasmo al sintonizar otra emisora.

—¿De veras? —dijo *Mrs*. Harter con muy poco interés.

Charles continuó girando el dial y un aullido de ultratumba resonó en la habitación.

—Ahora parece que estemos en la perrera —dijo *Mrs*. Harter, que era una anciana a la que no le faltaba el sentido del humor.

—¡Ja, ja, ja! —rió Charles—. Siempre estás de broma, tía Mary. ¡Esa ha sido muy buena!

Mrs. Harter no pudo evitar sonreírle. Quería mucho a Charles. Durante algunos años había tenido en casa a una sobrina, Miriam Harter. Había pensado convertirla en su heredera, pero Miriam no fue precisamente un éxito. Era impaciente y le aburría muchísimo la compañía de su tía. Siempre estaba fuera, «callejeando», como decía *Mrs*. Harter. Al final, se había liado con un joven al que su tía desaprobaba del todo, y Miriam fue devuelta a su madre con una nota desabrida, como si hubiera sido una mercancía a prueba. Ella se había casado con el joven en cuestión y *Mrs*. Harter le enviaba una caja de pañuelos o un centro de mesa por Navidad.

Después de la decepción con las sobrinas, *Mrs*. Harter dedicó su atención a los sobrinos, y Charles fue un éxito rotundo desde el principio. Siempre se mostraba amable y deferente con su tía, y escuchaba aparentemente con gran interés los relatos de su pasada juventud. En esto era muy distinto de Miriam, que siempre se aburría y lo demostraba. Charles nunca se aburría, siempre estaba de buen humor y alegre, y le decía a su tía varias veces al día que

era una anciana encantadora.

Muy satisfecha de su nueva adquisición, *Mrs*. Harter había escrito a su abogado dándole instrucciones para que redactara un nuevo testamento. Cuando recibió el documento, dio su aprobación y lo firmó satisfecha.

Y ahora, incluso en el asunto de la radio, Charles no tardó en demostrar que había ganado nuevos laureles.

Mrs. Harter, al principio tan contraria a la radio, adoptó una actitud tolerante y luego se convirtió en una entusiasta aficionada. Disfrutaba mucho más cuando Charles estaba fuera. Lo malo de Charles era que no podía dejar tranquilo el aparato y, cuando él no estaba, podía sentarse cómodamente en su butaca y escuchar un concierto sinfónico, o una conferencia sobre Lucrecia Borgia o la vida en un estanque, feliz y en paz con todo el mundo. Pero Charles, no. La armonía era destrozada por los pitidos y aullidos discordantes mientras él, con gran entusiasmo, trataba de sintonizar emisoras extranjeras. Pero aquellas noches en que Charles cenaba con sus amigos, *Mrs*. Harter disfrutaba muchísimo con la radio. Encendía el aparato, sintonizaba su programa favorito y se sentaba en su butaca.

Fue cosa de unos tres meses después de que instalaran el aparato cuando tuvo el primer susto. Charles había ido a jugar al *bridge*.

El programa de aquella noche era un concierto de baladas. Una soprano muy conocida estaba cantando *Annie Laurie* y, en medio de la canción, ocurrió algo extraño. Hubo una súbita interrupción, la música cesó por un momento, después se oyó un zumbido y unos chasquidos que también cesaron. Se hizo el silencio y al fin se oyó un zumbido muy débil.

Mrs. Harter tuvo la impresión, aunque no supo muy bien por qué, de haber sintonizado una estación muy lejana, y luego oyó claramente la voz de un hombre con ligero acento irlandés:

—Mary… ¿Me oyes, Mary? Te habla Patrick. Pronto iré a buscarte. Estarás preparada, ¿verdad, Mary?

Entonces, casi inmediatamente, volvieron a oírse las notas de *Annie Laurie*.

Mrs. Harter permaneció rígida, con las manos aferradas a los brazos del sillón. ¿Había estado soñando? ¡Patrick! ¡La voz de Patrick! La voz de Patrick, en aquella misma habitación,

hablándole. No, debía haber sido un sueño, tal vez una alucinación. Debió de quedarse dormida unos minutos. Era curioso lo que había soñado, que la voz de su marido le hablaba a través del éter. Se asustó un poco. ¿Qué era lo que le había dicho?

«*—Pronto iré a buscarte. Estarás preparada, ¿verdad, Mary*?».

¿Podía ser una premonición? Insuficiencia cardíaca. Su corazón. Después de todo, había vivido muchos años.

«Es un aviso… eso es —se dijo *Mrs*. Harter, levantándose trabajosamente de su sillón, y agregó, como no podía ser menos—: ¡Y todo ese dinero desperdiciado en el ascensor!».

No comentó con nadie su experiencia, pero durante un par de días estuvo pensativa y un tanto preocupada.

Y luego se repitió por segunda vez. También se encontraba sola en la habitación. Escuchaba una selección orquestal cuando la música cesó con la misma brusquedad que la primera vez. Se repitió el silencio, la sensación de lejanía y, por fin, la voz de Patrick, no como la que tenía en vida sino una voz distorsionada, lejana, con una extraña calidad ultraterrenal.

—Te habla Patrick, Mary. Iré a buscarte pronto.

Luego un zumbido y la música volvió a llenar la habitación.

Mrs. Harter miró el reloj. No, esta vez no se había dormido. Había escuchado la voz de Patrick despierta y en plena posesión de sus facultades. No era una alucinación, estaba segura. Confundida, trató de pensar en todo lo que Charles le había explicado sobre la teoría de las ondas del éter.

¿Sería posible que Patrick le hubiera hablado realmente? ¿Y que su voz resultara distinta debido a la distancia? Había longitudes de ondas perdidas, o algo por el estilo. Recordaba la conferencia de Charles. ¿Quizá las ondas perdidas eran la explicación de los llamados fenómenos psíquicos? No, no era una idea del todo imposible. Patrick le había hablado. Se había valido de la ciencia moderna para prepararla a lo que no tardaría en llegar.

Mrs. Harter hizo sonar el timbre para llamar a su doncella, Elizabeth.

Elizabeth era una mujer alta y delgada, de unos sesenta años, que bajo su exterior adusto ocultaba un gran afecto y ternura hacia su ama.

—Elizabeth —dijo *Mrs*. Harter cuando apareció su fiel servidora

—, ¿recuerdas lo que te dije? El primer cajón de la izquierda de mi escritorio. Está cerrado con la llave grande que tiene la etiqueta blanca. Está todo preparado.

—¿Preparado, señora?

—Para mi entierro —gruñó *Mrs*. Harter—. Sabes perfectamente bien lo que quiero decir, Elizabeth. Tú misma me ayudaste a guardarlo todo allí.

Elizabeth empezó a hacer pucheros.

—¡Oh, señora! —sollozó—, no diga esas cosas. Yo creía que estaba mucho mejor.

—Todos tenemos que morirnos un día u otro —dijo *Mrs*. Harter con aire práctico—. Ya paso de los setenta, Elizabeth. Vamos, vamos, no te comportes como una tonta. Si has de llorar, vete a hacerlo a cualquier otro sitio.

Elizabeth se retiró todavía sollozando.

Mrs. Harter la miró marchar con afecto.

«Es una pobre tonta, pero fiel —se dijo—, muy fiel. Veamos, ¿son cien libras o sólo cincuenta las que le dejo en mi testamento? Tendrían que ser cien. Lleva conmigo mucho tiempo».

Aquello preocupó tanto a la anciana que, a la mañana siguiente, escribió a su abogado rogándole que le enviara su testamento para revisarlo. Y aquel mismo día Charles la sobresaltó con algo que dijo durante la comida.

—A propósito, tía Mary, ¿quién es ese tipo raro del cuarto de invitados? Me refiero a ese cuadro que hay sobre la chimenea. El tipo del sombrero de copa y las patillas.

Mrs. Harter le miró severamente.

—Ese es tu tío Patrick cuando era joven —dijo.

—Oh, perdona, tía Mary, lo siento. No era mi intención parecer grosero.

Mrs. Harter aceptó su disculpa con una digna inclinación de cabeza.

Charles continuó indeciso:

—Sólo me preguntaba si… Verás…

Se detuvo vacilante y *Mrs*. Harter le preguntó imperiosa:

—Bueno, ¿qué es lo que ibas a decir?

—Nada —se apresuró a responder Charles—. Quiero decir nada que tenga sentido.

De momento la anciana no dijo más, pero al atardecer, cuando volvieron a estar solos, retornó el mismo tema.

—Charles, quisiera que me dijeras qué es lo que te hizo preguntar por el retrato de tu tío.

Charles pareció avergonzado.

—Ya te lo dije, tía Mary. No fue más que una estúpida imaginación mía, completamente absurda.

—Charles —dijo *Mrs*. Harter en su tono más autoritario—, insisto en saberlo.

—Bueno, querida tía, si de verdad quieres saberlo, creí verlo, me refiero al hombre del cuadro, asomado a la ventana del extremo, anoche cuando caminaba hacia la casa. Supongo que debió ser un efecto de la luz. Me pregunté quién diablos podía ser aquella cara tan victoriana, ya sabes a qué me refiero. Y luego Elizabeth me dijo que no había ningún extraño ni ninguna visita en casa, y más tarde, cuando entré en el cuarto de invitados, allí estaba el retrato sobre la chimenea. ¡El hombre que yo había visto! Supongo que la explicación es bien sencilla. Algo del subconsciente y todo eso. Debí fijarme en el retrato sin darme cuenta, y luego me imaginé su rostro en la ventana.

—¿En la del extremo? —preguntó *Mrs*. Harter en un tono muy enérgico.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —replicó *Mrs*. Harter.

Pero de todas formas estaba sorprendida. Aquella habitación había sido el vestidor de su marido.

Aquella misma noche, cuando Charles estaba también ausente, *Mrs*. Harter escuchaba la radio con febril impaciencia. Si por tercera vez oía la voz misteriosa quedaría demostrado sin lugar a dudas que realmente estaba en comunicación con el otro mundo.

Aunque el corazón le latía muy deprisa, no se sorprendió al repetirse la misma interrupción y, después del intervalo de silencio acostumbrado, la lejana voz de acento irlandés le habló una vez más.

«*—Mary… ahora ya estás preparada. El viernes iré a buscarte, el viernes a las nueve y media. No tengas miedo, no sufrirás. Espérame*».

Entonces, casi interrumpiendo la última palabra, volvió a sonar la música potente y discordante de la orquesta.

Mrs. Harter permaneció inmóvil unos minutos, se había puesto muy pálida y tenía los labios azulados.

Al fin se puso de pie para dirigirse a su escritorio y, con mano temblorosa, escribió las siguientes líneas:

> *Esta noche, a las nueve y cuarto, he oído claramente la voz de mi difunto marido. Me anunció que vendría a buscarme el viernes a las nueve y media de la noche. Si muriera en ese día y a esa hora, quisiera que esto se supiese para probar que sin lugar a dudas existe la posibilidad de comunicarse con el mundo de los espíritus.*
>
> *Mary Harter*

La anciana repasó lo escrito, lo puso en un sobre y escribió el nombre del destinatario. Luego hizo sonar el timbre y Elizabeth acudió rápidamente. *Mrs*. Harter se levantó del escritorio y le entregó a la doncella la nota que acababa de escribir.

—Elizabeth —le dijo—, si me muero el viernes por la noche, entrega esta nota al doctor Meynell. No… —agregó al ver que Elizabeth iba a protestar—… no me discutas. Muchas veces me has dicho que crees en los presentimientos. Yo acabo de tener uno. Una cosa más. En mi testamento te he dejado cincuenta libras, pero quisiera que recibieras cien. Si no puedo ir yo misma al banco antes de morir, *Mr*. Charles se encargará de arreglarlo.

Como en la otra ocasión, *Mrs*. Harter cortó en seco las lágrimas de Elizabeth. Firme en sus trece, la anciana señora abordó el tema con su sobrino a la mañana siguiente.

—Recuerda, Charles, que si me ocurriera algo, Elizabeth tiene que recibir otras cincuenta libras.

—Estás muy pesimista estos días, tía Mary —le dijo Charles en tono jovial—. ¿Qué es lo que puede ocurrirte? Según el doctor Meynell, celebraremos tus cien años dentro de veintitantos.

Mrs. Harter sonrió afectuosamente, pero no le contestó. Al cabo de unos instantes dijo:

—¿Qué piensas hacer el viernes por la noche, Charles?

Charles pareció un tanto sorprendido.

—A decir verdad, los Edwing me han invitado a jugar al *bridge*,

pero si tú prefieres que me quede en casa…

—No —replicó la anciana con determinación—. Desde luego que no. De verdad, Charles. Esa noche precisamente prefiero estar sola.

Charles la miró con extrañeza, pero *Mrs*. Harter no quiso darle más información. Era una anciana valerosa y resuelta, y creía su deber afrontar aquella rara experiencia sin ayuda de nadie.

El viernes por la noche la casa estaba muy silenciosa y *Mrs*. Harter se sentó como de costumbre en su sillón junto a la chimenea. Todo estaba preparado. Aquella mañana había ido al banco para retirar cincuenta libras que entregó a Elizabeth a pesar de las protestas y lágrimas de la pobre mujer. Ordenó y clasificó todas sus pertenencias personales y puso etiquetas con los nombres de amigos y familiares en algunas de sus joyas. Había escrito también una lista de instrucciones para Charles. El juego de té de Worcester sería para la prima Emma, los jarrones de Sèvres para el joven William, etcétera.

Miró el sobre alargado que tenía en la mano y extrajo de su interior un documento plegado. Era su testamento, que le había enviado *Mr*. Hopkinson según sus instrucciones. Ya lo había leído con sumo cuidado, pero ahora lo repasó una vez más para refrescar su memoria. Era un documento breve y conciso. Un legado de cincuenta libras a Elizabeth Marshall en consideración a sus fieles servicios; dos de quinientas para su hermana y un primo hermano, y el resto para su querido sobrino Charles Ridgeway.

Mrs. Harter asintió varias veces. Charles sería un hombre muy rico cuando ella muriera. Bueno, había sido un encanto con ella. Siempre amable y afectuoso, y con una lengua dicharachera que nunca había dejado de complacerla.

Miró el reloj. Faltaban tres minutos para la media. Bueno, estaba preparada. Y tranquila, muy tranquila. Aunque se repitió estas últimas palabras varias veces, el corazón le latía de una forma extraña y desacompasada. Apenas se daba cuenta, pero estaba a punto de sobrepasar el límite de sus nervios.

Las nueve y media. La radio estaba conectada. ¿Qué oiría? ¿Una voz conocida dando el parte meteorológico, o aquella voz lejana, perteneciente a un hombre que había muerto veinticinco años atrás?

Pero no oyó ninguna de las dos. En vez de eso llegó hasta ella un

sonido familiar que conocía muy bien, pero que esta noche fue como si le pusieran una mano de hielo sobre el corazón. Una llamada en la puerta principal.

Volvió a repetirse, y luego una ráfaga helada pareció cruzar la habitación. *Mrs*. Harter no tenía la menor idea de cuáles eran sus sensaciones. Tenía miedo. Más que miedo, estaba aterrorizada.

Y de pronto se dio cuenta de una cosa:

«Veinticinco años son muchos. Ahora Patrick es un extraño para mí».

¡Terror! ¡El terror la fue invadiendo!

Se oyó un paso suave al otro lado de la puerta, una pisada suave y vacilante. Entonces la puerta se abrió silenciosamente.

Mrs. Harter se puso de pie tambaleándose ligeramente y sin apartar ni un momento los ojos de la puerta. Algo resbaló de sus manos y cayó en el fuego.

Lanzó un grito ahogado que murió en su garganta. En la escasa luz de la entrada había aparecido una figura familiar con la barba castaña, patillas y un abrigo anticuado.

¡Patrick había venido a buscarla!

El corazón le dio un vuelco terrible y se quedó inmóvil para siempre. Cayó al suelo hecha un ovillo.

Allí la encontró Elizabeth una hora más tarde.

Llamaron inmediatamente al doctor Meynell y Charles Ridgeway regresó a toda prisa de su partida de *bridge*, pero nada pudo hacerse. *Mrs*. Harter estaba lejos de toda ayuda humana.

Elizabeth no recordó hasta dos días más tarde que no había entregado la nota que le diera su ama. El doctor Meynell la leyó con gran interés y luego se la enseñó a Charles Ridgeway.

—Una coincidencia curiosa —dijo—. Parece que su tía había tenido ciertas alucinaciones. Creyó oír la voz de su marido. Debió sugestionarse hasta el punto de que la excitación le resultó fatal y, cuando llegó la hora, le sobrevino un colapso.

—¿Autosugestión? —preguntó Charles.

—Algo por el estilo. Le comunicaré el resultado de la autopsia cuanto antes, aunque no tengo la menor duda. Dadas las circunstancias es necesario practicar la autopsia, pero sólo por pura

formalidad.

Charles, asintió comprensivamente.

La noche anterior, cuando todos dormían, había quitado un cable que iba desde la parte posterior del aparato de radio a su dormitorio del piso superior. Además, como la noche había sido fresca, le había pedido a Elizabeth que encendiera la chimenea de su habitación, y allí quemó una barba castaña y unas patillas postizas. Y unas ropas que pertenecieron a su difunto tío fueron guardadas de nuevo en el arcón con olor a alcanfor que había en el ático.

Hasta donde era posible, estaba completamente a cubierto. El plan, cuyo primer bosquejo se formó en su mente cuando el doctor Meynell le dijo que su tía aún podría vivir muchos años teniendo el debido cuidado, había sido un éxito admirable. Un colapso repentino, había dicho el doctor Meynell. Y Charles, aquel joven afectuoso, preferido por las ancianas, sonrió para sus adentros.

Cuando el médico se hubo marchado, Charles realizó sus deberes como un autómata. Había que disponer el funeral, avisar a los parientes que vivían lejos, proporcionarles el horario de trenes. Algunos tendrían que pernoctar aquí. Y Charles fue haciéndolo todo con eficacia y método, mientras se entregaba a sus propias meditaciones.

¡Por fin un golpe maestro después de una larga racha de mala suerte! Nadie, ni siquiera su difunta tía, había llegado a conocer la difícil situación de Charles. Sus actividades, celosamente ocultadas a todo el mundo, le habían conducido a las puertas de la prisión.

No le esperaba otra cosa que el descrédito y la ruina si en unos pocos meses no obtenía una elevada cantidad de dinero. Bueno, ahora todo iría bien. Charles sonrió satisfecho. Gracias a… sí, podía llamarla broma pesada, ya que no había nada criminal en ella, estaba salvado. Ahora era un hombre muy rico. No tenía la menor preocupación a este respecto, porque *Mrs*. Harter nunca había ocultado sus intenciones.

La entrada de Elizabeth no pudo ser más oportuna. Le anunció que *Mr*. Hopkinson estaba allí y deseaba verle.

«Ya era hora», pensó Charles. Contuvo el impulso de ponerse a silbar, adoptó una expresión grave y bajó a la biblioteca. Allí saludó al anciano caballero que, por espacio de un cuarto de siglo, había

sido el consejero legal de la difunta *Mrs*. Harter.

El abogado se sentó atendiendo la invitación de Charles y, con una voz seca, entró en materia.

—No entiendo del todo la carta que me ha enviado, *Mr*. Ridgeway. Parece dar por hecho que el testamento de *Mrs*. Harter, que en paz descanse, obra en nuestro poder.

Charles le miró extrañado.

—Así es, se lo oí decir a mi tía.

—¡Oh! Claro, claro. Es que, efectivamente, lo teníamos nosotros.

—¿Lo tenían?

—Eso es lo que he dicho. *Mrs*. Harter nos escribió el martes pasado diciéndonos que se lo enviáramos.

Charles sintió una vaga inquietud y al mismo tiempo el presentimiento de algo desagradable.

—Sin duda aparecerá entre sus papeles —continuo el abogado con acento tranquilizador.

Charles nada dijo. No se atrevía a confiar en su lengua. Él ya había revisado todos los papeles de *Mrs*. Harter a conciencia y estaba seguro de que el testamento no se encontraba entre ellos. Y así lo dijo al cabo de unos instantes cuando recuperó el control. Su voz le sonaba extraña y tenía la sensación de que algo frío le bajaba por la espalda.

—¿Ha revisado alguien sus efectos personales? —preguntó el abogado.

Charles contestó que Elizabeth, la doncella, y *Mr*. Hopkinson pidió que la mandaran llamar. Acudió prontamente, muy grave y erguida, dispuesta a contestar a todas las preguntas que le hicieran.

Había revisado todos los vestidos de su ama y efectos personales. Estaba segura de que entre ellos no había visto ningún documento legal que fuera un testamento. Sabía bien lo que era un testamento, su pobre ama lo había tenido en la mano la misma mañana de su muerte.

—¿Está segura? —le preguntó el abogado.

—Sí, señor. Ella me lo dijo. Y me obligó a aceptar cincuenta libras. El testamento estaba dentro de un sobre azul alargado.

—Es cierto —replicó *Mr*. Hopkinson.

—Ahora que lo pienso —continuó Elizabeth—, ese mismo sobre estaba en la mesa a la mañana siguiente, pero vacío. Lo dejé en el

escritorio.

—Recuerdo haberlo visto allí —dijo Charles.

Se levantó y fue hasta el escritorio, para volver a los pocos instantes con un sobre en la mano que entregó al abogado, que asintió después de examinarlo.

—Este es el sobre en el que le envié el testamento el martes pasado.

Los dos hombres miraron fijamente a Elizabeth.

—¿Desean alguna cosa más? —preguntó ella respetuosamente.

—De momento, no, gracias.

Elizabeth fue hacia la puerta.

—Un momento —dijo el abogado—. ¿Estaba encendida la chimenea aquella noche?

—Sí, señor, siempre estaba encendida.

—Gracias, eso es todo.

Elizabeth salió de la habitación y Charles se inclinó hacia delante, apoyando una mano temblorosa en la mesa.

—¿Qué es lo que piensa? ¿Dónde quiere ir a parar?

Mr. Hopkinson meneó la cabeza.

—Debemos confiar en que todavía aparezca. De lo contrario…

—Bueno, ¿y si no aparece?

—Me temo que sólo habrá una conclusión posible. Que su tía pidió que se lo enviásemos para destruirlo y, no queriendo que Elizabeth perdiera por ello, le dio la parte que le dejaba en herencia, en efectivo.

—Pero ¿por qué? —exclamó Charles—. ¿Por qué?

Mr. Hopkinson dejó oír una tosecilla seca.

—¿No tendría usted alguna… alguna discusión con su tía, *Mr*. Ridgeway? —murmuró.

Charles contuvo el aliento.

—Desde luego que no —exclamó con calor—. Estuvimos siempre en las mejores relaciones hasta el final.

—¡Ah! —dijo el abogado sin mirarlo.

Charles comprendió sobresaltado que no le creía. ¿Quién sabía los rumores que habían llegado hasta los oídos de *Mr*. Hopkinson? Quizás estaba enterado de las hazañas de Charles. Y nada más natural que suponer que esos mismos rumores habían llegado a oídos de *Mrs*. Harter, y que tía y sobrino habrían tenido un

altercado por tal motivo.

¡Pero no era así! Charles sufrió uno de los momentos más amargos de su carrera. Siempre habían aceptado sus mentiras y, ahora que decía la verdad, no querían creerle. ¡Qué ironía!

¡Claro que su tía no había quemado el testamento! Por supuesto que…

Sus pensamientos se frenaron en seco. ¿Qué imagen se presentaba ante sus ojos? Una anciana llevándose la mano al corazón, mientras algo, un papel, caía sobre las brasas.

Charles se puso lívido y oyó una voz ronca, la suya, que preguntaba:

—¿Y si por alguna causa ese testamento no llegara a encontrarse nunca?

—Existe un testamento de *Mrs*. Harter anterior, fechado en septiembre de 1920, y en él deja todos sus bienes a su sobrina, Miriam Harter, ahora Miriam Robinson.

¿Qué estaba diciendo aquel loco? ¿Miriam? Miriam, con aquel marido indescriptible y sus cuatro mocosos malcriados. ¡Toda su astucia para Miriam!

Sonó el teléfono. Atendió la llamada. Escuchó la voz del médico, cálida y amable.

—¿Es usted, Ridgeway? Pensé que le gustaría saberlo. Hemos concluido la autopsia. La causa de la muerte fue la que yo supuse. Pero, a decir verdad, la afección cardíaca era mucho más seria de lo que yo sospechaba cuando su tía vivía. Con todos los cuidados del mundo no hubiera vivido más de dos meses a lo sumo. Creí que le gustaría saberlo. Quizá le sirva de consuelo.

—Perdone —dijo Charles—, ¿le importaría repetirlo?

—No hubiera vivido más de dos meses —dijo el médico en tono más alto—. Ya sabe, querido amigo, que las cosas suceden siempre para bien…

Pero Charles colgó violentamente. Oía la voz del abogado como si le llegara de muy lejos.

—Dios mío, *Mr*. Ridgeway, ¿se encuentra bien?

¡Malditos todos! El abogado de cara relamida y aquel venenoso estúpido de Meynell. No veía ninguna esperanza, sólo la sombra del muro de una cárcel.

Comprendió que alguien había estado jugando con él, jugando

como el gato con el ratón. Alguien que ahora se estaría riendo…

6

El misterio del jarrón azul

Jack Hartington contempló con pesar el resultado de su fallido golpe de salida. De pie junto a la bola, miró hacia el *tee* para calcular la distancia. Su rostro era una muestra elocuente del disgusto que sentía. Con un suspiro, cogió un palo y, después de ensayar un par de golpes que aniquilaron por turno un diente de león y un trozo de hierba, se colocó en posición detrás de la bola.

Resulta duro, cuando se tienen veinticuatro años y la única ambición en la vida es bajar tu handicap de golf, verse obligado a dedicar tu tiempo y tu atención al problema de ganarse el pan. Durante cinco días y medio de los siete que tiene la semana, Jack vivía encerrado en algo parecido a una tumba de caoba en la ciudad. Los sábados por la tarde y los domingos los dedicaba religiosamente a lo único importante de verdad y, llevado de su entusiasmo, había cogido una habitación en un hotelito cerca del campo de golf de Stourton Heath, y se levantaba diariamente a las seis de la mañana para poder practicar una hora antes de coger el tren de las ocho cuarenta y seis que le llevaba a la ciudad.

La única desventaja del plan era que a aquellas horas de la mañana era incapaz de acertar un solo golpe. Un hierro pifiado seguía invariablemente a una salida desastrosa con una madera. Sus mejores golpes eran topazos que hacían rodar alegremente por la calle botando sobre la hierba y cuatro *putts* parecía ser el mínimo en cada hoyo.

Jack suspiró, sujetó el hierro con firmeza y se repitió las palabras mágicas: «El brazo izquierdo bien estirado y no levantes la cabeza».

Inició el giro, y se detuvo petrificado al oír un grito que rompió el silencio de aquella mañana de verano.

—¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!

Era una voz de mujer que se apagó con una especie de gorgoteos.

Jack dejó caer el palo y echó a correr en dirección al sonido. Había sonado muy cerca. Aquella zona del recorrido era bastante salvaje y se veían muy pocas casas por allí. En realidad, sólo había una, muy pintoresca, y en la que Jack siempre se fijaba por su aspecto pulcro y anticuado. Se dirigió hacia la casita a todo correr. Quedaba oculta por una ladera cubierta de brezos que bajó en menos de un minuto, y se detuvo ante la cerca.

En el jardín había una muchacha y, por un momento, Jack llegó a la conclusión natural que había sido la que gritara en demanda de auxilio. Pero no tardó en cambiar de opinión.

La joven llevaba una cestita en la mano, medio llena de malas hierbas, y evidentemente acababa de interrumpir su tarea de limpiar un amplio parterre de pensamientos. Jack observó que sus ojos eran también dos pensamientos, suaves, oscuros y aterciopelados, y más violetas que azules. Toda ella parecía una flor con su vestido de lino rojo.

La joven miraba a Jack entre contrariada y sorprendida.

—Perdóneme —dijo Jack—, pero ¿no acaba de oír un grito?

—¿Yo? No.

Su sorpresa era tan auténtica que Jack se sintió confundido. Su voz era muy suave y bonita, con un ligerísimo acento extranjero.

—Pero tiene usted que haberlo oído —exclamó—. Sonó muy cerca de aquí.

—Yo no he oído nada —replicó la muchacha con los ojos muy abiertos.

Jack fue ahora el sorprendido. Era increíble que no hubiese oído aquella desesperada llamada de auxilio y, sin embargo, su calma era tan evidente que no pudo creer que le mintiera.

—Se oyó muy cerca de aquí —insistió.

Ahora ella le miró con recelo.

—¿Y qué gritaba? —preguntó.

—¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!

—Asesino, socorro, asesino —repitió la joven—. Alguien debe de

haberle gastado una broma, *monsieur*. ¿Quién podría ser asesinado aquí?

Jack miró confundido a su alrededor esperando ver un cadáver por el jardín. Nada. Y sin embargo, estaba completamente seguro de que el grito había sido real y no un producto de su imaginación. Miró hacia las ventanas de la casita. Todo parecía tranquilo y en paz.

—¿Quiere usted registrar nuestra casa? —preguntó la joven en tono seco.

Se mostraba tan escéptica, que la confusión de Jack fue en aumento y se dispuso a marcharse.

—Lo siento —dijo—, debe de haber sido en el bosque.

Acercó una mano a la gorra en señal de despedida y se alejó. Al volverse para mirar por encima del hombro, vio que la joven había vuelto a reemprender tranquilamente su tarea.

Durante algún tiempo, vagó por los bosques sin poder encontrar el menor rastro de que hubiera ocurrido algo anormal. No obstante, estaba más seguro que nunca de haber oído aquel grito. Al final, abandonó la búsqueda y regresó apresuradamente al hotel para engullir el desayuno y coger el tren de las 8.46 con el margen acostumbrado de un par de segundos. La conciencia le remordió al ocupar su asiento. ¿No debería haber dado parte inmediatamente a la policía de lo que había oído? No lo había hecho sólo por la incredulidad de la joven-flor. Era evidente que le había considerado un soñador, y la policía hubiera pensado lo mismo. ¿Estaba bien seguro de haber oído el grito?

Pero ahora no estaba tan convencido como antes; el resultado natural de intentar revivir una sensación perdida. ¿Fue tal vez el grito de un pájaro en la distancia aquello que él había convertido en la voz de una mujer?

Pero rechazó la sugerencia con enojo. Era una voz de mujer, y la había oído. Recordaba haber mirado el reloj un momento antes de que sonara el grito: debían ser las siete y veinticinco minutos. Podía ser un detalle importante para la policía si… si se descubría algo.

Al regresar al hotel aquella noche, revisó los periódicos ansiosamente para ver si hacían mención de algún crimen. Pero no encontró nada por el estilo y no supo si alegrarse o lamentarlo.

La mañana siguiente amaneció lluviosa, tanto que incluso el más

ardiente entusiasta del golf hubiera visto empañado su afán. Jack se levantó en el último momento, engulló a toda prisa su desayuno y, una vez en el tren, volvió a examinar los periódicos. No publicaban ningún suceso sangriento, y lo mismo ocurrió con los periódicos de la noche.

«Es extraño —pensó—, pero así es. Probablemente se trataba de chiquillos que jugaban en el bosque».

A la mañana siguiente salió muy temprano y, al pasar ante la casita, observó por el rabillo del ojo que la joven estaba otra vez en el jardín arrancando hierbas. Por lo visto era una costumbre. Ejecutó un muy buen tiro de aproximación, y confió que ella lo hubiera notado. Al colocar la pelota en el *tee* siguiente, miró su reloj.

—Exactamente las siete y veinticinco —murmuró—. Quisiera saber si…

Las palabras se le helaron en los labios. A sus espaldas sonó el mismo grito que le había sobresaltado antes. La voz de una mujer desesperada.

—¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!

Jack echó a correr. La joven estaba junto a la cerca. Parecía sobresaltada y Jack corrió triunfalmente hacia ella gritando:

—Esta vez sí que lo ha oído.

Sus ojos, muy abiertos, mostraban una emoción que él no supo adivinar, pero observó que ella retrocedía ante su avance y que incluso miraba hacia la casa como si fuera a correr hacia ella en busca de refugio.

Al fin meneó la cabeza sin dejar de mirarlo.

—No he oído nada —replicó intrigada.

Fue como si le hubieran dado un mazazo en mitad de la frente. Su sinceridad era tan obvia que resultaba imposible no creerla. Sin embargo, no era posible que lo hubiera imaginado. Era imposible… imposible. Oyó su voz diciéndole en tono amable, casi con compasión:

—¿Sufre usted neurosis de guerra?

En un instante comprendió la mirada de temor y sus deseos de echar a correr hacia la casa. Pensaba que sufría alucinaciones.

Y luego, como una ducha de agua fría, vino aquel terrible pensamiento: ¿Estaría en lo cierto? ¿Sufriría alucinaciones?

Obsesionado por aquella idea espantosa, se alejó tambaleándose sin pronunciar palabra. La muchacha le vio marcharse, suspiró, meneó la cabeza y se inclinó de nuevo para continuar arrancando las malas hierbas.

Jack procuró razonar consigo mismo. «Si oigo otra vez ese condenado grito a las siete y veinticinco, es que sufro alucinaciones. Pero ya no lo oiré».

Estuvo todo el día nervioso y se acostó temprano decidido a hacer la prueba a la mañana siguiente.

Y como es natural en estos casos, pasó media noche despierto y, por la mañana, se quedó dormido. Eran las siete y veinte cuando salió del hotel en dirección al campo de golf. Comprendió que no lograría llegar al lugar fatídico a las siete y veinticinco; pero, sin duda, si la voz era una alucinación, la oiría en cualquier parte. Siguió corriendo con los ojos puestos en las manecillas del reloj.

Las siete y veinticinco. Desde lejos le llegó el eco de los gritos de una mujer. No pudo entender las palabras, pero estaba convencido de que era la misma llamada de socorro que oyera antes, y que venía del mismo lugar, de las cercanías de la casita.

Por extraño que parezca, aquello le tranquilizó. Al fin y al cabo podía ser una broma. Por improbable que pareciera, quizá la propia muchacha le estuviese engañando. Cuadró los hombros y sacó un hierro de la bolsa. Jugaría los hoyos que había hasta la casa.

La joven estaba en el jardín como de costumbre. Él la saludó con la gorra en la mano y, cuando ella le dio tímidamente los buenos días, le pareció más bonita que nunca.

—Hermoso día, ¿verdad? —le gritó Jack alegremente, lamentando lo vulgar de su comentario.

—Sí, hace un día espléndido.

—Y bueno para el jardín, supongo.

La joven sonrió, descubriendo un hoyuelo fascinador.

—¡Qué va! Lo que necesitan mis flores es que llueva. Vea qué secas están.

Jack aceptó la invitación y se aproximó al seto bajo que separaba el jardín de la calle.

—A mí me parece que están perfectamente —comentó Jack con voz torpe, consciente de la mirada compasiva de la muchacha.

—El sol es bueno, ¿verdad? —dijo ella—. A las flores se las

puede regar siempre, pero el sol les da fortaleza y es muy bueno para la salud. Ya veo que *monsieur* está hoy muchísimo mejor.

Su tono alentador contrarió a Jack.

«Maldita sea —pensó—. Creo que trata de curarme por sugestión».

—Estoy perfectamente bien —contestó.

—Eso es bueno —respondió ella en el acto con un tono tranquilo.

Jack tuvo la irritante sensación de que no le creía.

Jugó unos cuantos hoyos más y luego corrió a desayunar. Mientras comía, se dio cuenta, y no por primera vez, de que era observado fijamente por un hombre que ocupaba la mesa contigua a la suya. Era un caballero de mediana edad y rostro enérgico. Llevaba una pequeña barba oscura, y sus ojos grises y penetrantes y sus ademanes seguros le colocaban en las primeras filas de las clases profesionales. Jack sabía que su nombre era Lavington, y había oído rumores de que se trataba de un médico especialista muy conocido. Pero como Jack no frecuentaba Harley Street, el nombre no le decía nada.

Pero aquella mañana tuvo plena conciencia de la discreta observación a que era sometido, y se asustó. ¿Acaso llevaba su secreto escrito en el rostro y todos podían verlo? ¿Acaso aquel hombre, gracias a su profesión, sabía lo que iba mal en su materia gris?

Jack se estremeció al pensarlo. ¿Era cierto? ¿Se estaría volviendo realmente loco? ¿Era una alucinación o sólo una fantástica broma pesada?

Y de pronto, se le ocurrió un medio muy sencillo para comprobarlo. Hasta entonces había ido siempre solo al campo de golf. ¿Y si alguien le acompañara? Entonces podrían ocurrir tres cosas: Que la voz no se oyera, que la escucharan los dos o… sólo él.

Aquella noche puso en práctica su plan. Lavington era el hombre que necesitaba. Trabaron conversación fácilmente; tal vez el médico esperaba aquella oportunidad. Era evidente que, por una u otra razón, Jack le interesaba. Lavington se avino con naturalidad a jugar unos cuantos hoyos antes del desayuno, y quedaron de acuerdo para la mañana siguiente.

Salieron un poco antes de las siete. El día era perfecto, sin una

nube, pero no demasiado caluroso. El médico jugaba bien; Jack, pésimamente. Tenía el pensamiento puesto en la crisis que se avecinaba y no cesaba de mirar el reloj. Llegaron a la salida del siete, el más próximo a la casita. Eran las siete y veinte.

La joven se encontraba en el jardín como de costumbre, cuando pasaron. Ella no les miró.

Las dos pelotas estaban en el *green*. La de Jack cerca del hoyo y la del médico algo más alejada.

—Un golpe difícil —dijo Lavington—. Pero supongo que debo intentarlo.

Y se inclinó para calcular la trayectoria. Jack permaneció rígido con los ojos fijos en su reloj. Eran exactamente las siete y veinticinco.

La bola rodó suavemente sobre la hierba deteniéndose en el borde del hoyo, vaciló y entró en el agujero.

—Buen *putt* —dijo Jack. Su voz sonó ronca, tanto que no parecía la suya. Se subió el reloj por el antebrazo con un fuerte suspiro de alivio. No había ocurrido nada. El encanto estaba roto.

—Si no le importa esperar un poco —añadió—, me fumaré una pipa.

Descansaron un poco en la salida del hoyo ocho. Jack cargó y encendió la pipa con dedos temblorosos. Parecía haberse quitado un gran peso de encima.

—Vaya, qué día tan hermoso hace —observó, contemplando el panorama con gran satisfacción—. Adelante, Lavington, a ver esa salida.

Y entonces ocurrió. En el preciso instante en que pegaba el médico, se oyó la voz de una mujer desesperada.

—¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!

La pipa cayó de la temblorosa mano de Jack, que se volvió en redondo en dirección al sonido. Recordó su plan y miró a su compañero conteniendo el aliento.

Lavington estaba mirando la calle haciendo visera con la mano sobre los ojos.

—Un poco corto, pero creo que he pasado el *bunker*.

No había oído nada.

Todo empezó a dar vueltas alrededor de Jack, que avanzó un par de pasos tambaleándose pesadamente. Cuando se recobró, estaba

tendido en el césped y Lavington inclinado sobre él.

—Vaya, calma, calma.

—¿Qué me ha pasado?

—Que se desmayó usted, jovencito. O por lo menos estuvo muy cerca de ello.

—¡Dios mío! —exclamó Jack con un gemido.

—¿Qué le ocurre? ¿Tiene alguna preocupación?

—Se lo explicaré todo dentro de unos instantes, pero primero quisiera preguntarle una cosa.

El médico encendió su pipa y se sentó en la hierba.

—Pregunte lo que quiera —dijo.

—Usted me ha estado observando estos últimos días. ¿Por qué?

Los ojos de Lavington brillaron.

—Esa es una pregunta bastante delicada. Un gato puede mirar a un rey, ya sabe…

—No disimule. Estoy muy nervioso. ¿Por qué me observaba? Tengo una razón de peso para preguntárselo.

Lavington se puso serio.

—Le contestaré con toda sinceridad. Reconocí en usted todos los síntomas de un hombre sometido a una fuerte tensión, y me intrigó cuál podría ser.

—Eso puedo decírselo fácilmente —dijo Jack con amargura—. Me estoy volviendo loco.

Se detuvo con gesto melodramático, pero su declaración no pareció despertar el interés y la consternación que esperaba y la repitió.

—Le digo que me estoy volviendo loco.

—Muy curioso —murmuró Lavington—. Sí, muy curioso.

Jack se indignó.

—Supongo que a usted debe parecérselo. Ustedes los médicos están encallecidos.

—Vamos, vamos, amigo mío, habla usted por hablar. Para empezar, aunque tengo el título de médico, yo no practico la medicina. Estrictamente hablando, no soy un médico de los que curan el cuerpo.

Jack le miró de hito en hito.

—¿Se dedica a enfermedades mentales?

—Sí, en cierto sentido, pero yo diría que soy médico del alma.

—¡Oh!

—Percibo cierto menosprecio en su tono y, no obstante, hemos de emplear alguna palabra para designar al principio activo que puede separarse y existe independientemente de su albergue carnal: el cuerpo. Tiene usted que admitir la existencia del alma, jovencito; no es un término religioso inventado por el clero. Pero le llamaremos el espíritu, o el yo inconsciente, o como mejor le parezca. Usted se acaba de ofender por mi tono no hace mucho, pero puedo asegurarle que me pareció muy curioso que un joven tan normal y equilibrado como usted sufriera la alucinación de que estaba perdiendo la razón.

—Claro que estoy loco como una chota.

—Usted me perdonará, pero no lo creo.

—Sufro alucinaciones.

—¿Después de las comidas?

—No, por las mañanas.

—No es posible —dijo el médico volviendo a encender su pipa, que se había apagado.

—Le aseguro que oigo cosas que no oye nadie.

—Sólo un hombre entre mil es capaz de ver los satélites de Júpiter. Aunque los otros novecientos noventa y nueve no los vean, no hay razón para dudar de su existencia, ni tampoco para llamar lunático a ese uno.

—Los satélites de Júpiter son un hecho científico comprobado.

—Es posible que sus alucinaciones de hoy puedan ser hechos científicos comprobados el día de mañana.

A pesar suyo, el tono práctico de Lavington iba causando su efecto en Jack, que se sintió consolado y animado. El médico le estuvo mirando atentamente unos instantes, y luego asintió.

—Así está mejor —le dijo—. Lo malo de ustedes, los jóvenes, es que están tan convencidos de que no existe nada aparte de su filosofía propia, que ponen el grito en el cielo cuando sucede algo contrario a su opinión. Oigamos qué motivos tiene para pensar que está loco y luego decidiremos si hemos de encerrarlo.

Con toda la fidelidad que le fue posible, Jack le refirió la serie completa de sucesos.

—Pero lo que no comprendo —terminó— es por qué esta mañana lo oí a las siete y media, cinco minutos más tarde.

Lavington reflexionó unos instantes y luego preguntó:

—¿Qué hora marca su reloj?

—Las ocho menos cuarto —replicó Jack consultándolo.

—Entonces, es bien sencillo. El mío marca las ocho menos veinte. El suyo va cinco minutos adelantado. Ese es un punto muy interesante e importante para mí. En realidad, es de un valor incalculable.

—¿En qué sentido?

Jack empezaba a interesarse.

—Pues bien, la explicación evidente es que la primera mañana que usted oyó ese grito, pudo haber sido una broma, o quizá no. Y los días siguientes, usted se sugestionó de tal manera que lo oía exactamente a la misma hora.

—Estoy seguro de que no.

—Conscientemente no, desde luego, pero el subconsciente a veces gasta bromas muy curiosas. Pero, de todas maneras, esa explicación no basta. Si se tratara de un caso de sugestión, usted habría oído el grito a las siete y veinticinco de su reloj, y no cuando creyó que ya había pasado esa hora.

—¿Y entonces?

—Bien, es evidente, ¿no? Ese grito de socorro ocupa un lugar perfectamente definido y un tiempo preciso en el espacio. El lugar es la vecindad de la casita, y el tiempo las siete y veinticinco.

—Sí, pero ¿por qué tengo que ser yo quien lo oiga? Yo no creo en fantasmas y todas esas tonterías, almas en pena y demás. ¿Por qué tengo que ser yo quien oiga la condenada cosa?

—¡Ah! De momento, no podemos saberlo. Es curioso que muchos de los mejores médiums sean redomados escépticos. No son precisamente las personas que se interesan por los fenómenos ocultos las que captan las manifestaciones. Algunas personas ven y oyen cosas que otros no ven ni oyen. Ignoramos por qué, y nueve de cada diez veces no desean verlas ni oírlas y están convencidos de que sufren alucinaciones, como usted. Es como la electricidad. Algunos materiales son buenos conductores, otros no lo son, aunque durante mucho tiempo no supimos por qué, y tuvimos que contentarnos con aceptar el hecho. Hoy en día ya lo sabemos. Y algún día sabremos por qué oyó usted el grito y la joven no. Todo está gobernado por la ley natural, ya sabe. Realmente no existe lo

sobrenatural. Descubrir las leyes que gobiernan los llamados fenómenos psíquicos va a ser una ardua tarea, pero estas pequeñeces ayudan.

—Pero ¿qué voy a hacer yo? —preguntó Jack.

Lavington se rió entre dientes.

—Ya veo que es usted práctico. Bien, amigo mío, ahora va usted a desayunar fuerte y luego se irá a la ciudad sin preocuparse más por cosas que no entiende. Yo, por mi parte, voy a echar un vistazo para ver lo que descubro con respecto a esa casita. Juraría que es ahí donde se centra el misterio.

Jack se puso de pie.

—De acuerdo, señor. Ya me voy, pero le aseguro…

—Siga.

Jack enrojeció violentamente.

—… Que la muchacha no miente —musitó.

Lavington parecía divertido.

—¡No me dijo que era bonita! Bueno, anímese. Creo que el misterio empezó mucho antes de que ella naciera.

Jack llegó aquella noche al hotel dominado por la curiosidad. Ahora confiaba ciegamente en Lavington. El médico había aceptado el caso sin la menor extrañeza y con tal naturalidad que Jack quedó impresionado.

Cuando bajó a cenar encontró a su nuevo amigo aguardándole en el vestíbulo, y el doctor le sugirió que compartieran la misma mesa.

—¿Alguna noticia? —le preguntó Jack con ansiedad.

—He averiguado toda la historia de Heather Cottage. Primero fue alquilada por un viejo jardinero y su esposa. -Él murió y su esposa fue a vivir con su hija. Luego la ocupó un constructor que la modernizó para después vendérsela con gran éxito a un caballero de la ciudad que solía ocuparla los fines de semana. Hará cosa de un año, el caballero se la vendió a un matrimonio llamado Turner. Por lo que parece, una pareja bastante curiosa. Él era inglés y, según las cotillas del pueblo, la esposa era rusa, una mujer muy hermosa y exótica. Llevaban una vida muy tranquila, sin ver a nadie, y apenas iban más allá del jardín. El rumor que circulaba por aquí es que tenían miedo de algo, pero no creo que debamos darle crédito.

»Y de pronto, un buen día se marcharon a primeras horas de la

mañana y nunca más volvieron. La agencia inmobiliaria local recibió una carta de *Mr*. Turner escrita desde Londres en la que daba instrucciones para que vendieran la casita lo más rápidamente posible. Vendieron los muebles, y la casa pasó a ser propiedad de un tal *Mr*. Mauleverer, que sólo habitó en ella quince días y luego puso un anuncio alquilándola amueblada. Las personas que ahora la ocupan son un profesor de francés tuberculoso y su hija. Llevan aquí sólo diez días.

Jack recibió estas noticias en silencio.

—No creo que con eso adelantemos mucho —dijo al fin—. ¿Qué opina usted?

—Me gustaría saber alguna cosa más de los Turner —continuó Lavington sin inmutarse—. Se marcharon una mañana muy temprano, recuerde. Y por lo que he podido averiguar, nadie les vio marcharse. A *Mr*. Turner le han vuelto a ver, pero no he conseguido todavía encontrar a nadie que haya visto a *Mrs*. Turner.

Jack palideció.

—No es posible. No querrá usted insinuar…

—No se excite, jovencito. La influencia de cualquier persona en peligro de muerte, y especialmente de muerte violenta, es muy fuerte en el ambiente que la rodea. El entorno pudo haber absorbido esa influencia transmitiéndola a su vez a un receptor conveniente, en este caso, usted.

—Pero ¿por qué yo? —murmuró Jack rebelándose—. ¿Por qué no a otro que pudiera hacer algo al respecto?

—Usted considera esa fuerza como inteligente e intencionada, en vez de ciega y mecánica. Yo no creo en las almas en pena buscando un punto con un propósito especial. Pero lo que sí he visto, una vez y otra, tantas que apenas puedo considerarlo pura coincidencia, es una especie de tentativa ciega a que se haga justicia, un movimiento subterráneo de fuerzas ciegas trabajando siempre y oscuramente hacia un fin.

Se sacudió como si quisiera apartar alguna obsesión que le preocupara, y luego se volvió a Jack con una sonrisa.

—Dejemos este tema, por lo menos por esta noche —le sugirió.

Jack se avino a ello con prontitud, pero no le resultó fácil apartarlo de su memoria.

Durante el fin de semana estuvo haciendo averiguaciones por su

cuenta, sin descubrir más que lo que ya sabía por el médico. Renunció, definitivamente, a jugar al golf antes del desayuno.

El siguiente eslabón de la cadena apareció de la forma más inesperada. Un día, al regresar al hotel, en la recepción le avisaron de que le esperaba una joven y, ante su enorme sorpresa, resultó ser la muchacha del jardín, la joven-flor, como la llamaba él interiormente. Estaba muy nerviosa y aturdida.

—Usted me perdonará, *monsieur*, por venir a verle de esta manera. Pero hay algo que debo decirle. Yo…

Miró indecisa a su alrededor.

—Entremos aquí —dijo Jack con presteza, acompañándola al desierto salón para señoras del hotel; era una habitación lóbrega donde predominaban los tapizados rojos—. Ahora siéntese, *miss*… *miss*…

—Marchaud, *monsieur*. Félise Marchaud.

—Siéntese, *mademoiselle* Marchaud, y cuéntemelo todo.

Félise tomó asiento. Vestía de verde oscuro y la hermosura y donaire de su pequeño y orgulloso rostro era más evidente que nunca. El corazón de Jack latió más deprisa al sentarse junto a ella.

—Es lo siguiente —explicó Félise—. Llevamos aquí poco tiempo y, desde el principio, nos dimos cuenta de que nuestra casa, nuestra encantadora casita, está embrujada. Ninguna criada quiere quedarse en ella. Eso no me importa mucho, sé hacer el *ménage* y guiso bastante bien.

«Qué ángel —pensó el enamorado joven—. Eres maravillosa». Pero procuró conservar la apariencia atenta y grave.

—Esas historias de fantasmas creo que son tonterías… mejor dicho, lo creí hasta hace cuatro días. *Monsieur*, desde hace cuatro noches tengo el mismo sueño. Se me aparece una dama, hermosa, alta y muy rubia, con un jarrón azul de porcelana entre las manos. Está triste, muy triste, y continuamente tiende el jarrón hacia mí como implorándome que haga algo con él. ¡Pero cielos, no puede hablar! Y yo… yo no sé lo que me pide. Ése fue mi sueño las dos primeras noches, pero a la tercera hubo algo más. La dama y el jarrón desaparecieron de pronto y oí su voz que gritaba. Yo sé que es su voz, ¿comprende? Y ¡oh!, *monsieur*, sus palabras fueron las mismas que usted pronunció aquella mañana: «¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!». Me desperté aterrorizada, diciéndome a mí misma: es

una pesadilla, esas palabras que has oído son una casualidad. Pero anoche volví a oírlas. *Monsieur*, ¿qué es esto? Usted también las ha oído. ¿Qué vamos a hacer?

Félise estaba aterrorizada y sus pequeñas manos se entrelazaron mientras miraba a Jack con ojos suplicantes. El joven procuró aparentar una indiferencia que no sentía.

—Está bien, *mademoiselle* Marchaud. No debe preocuparse. Yo le diré lo que me gustaría que hiciese, si no le importa. Repetir toda esa historia a un amigo mío que se hospeda aquí, el doctor Lavington.

Félise se mostró dispuesta a seguir el consejo y Jack fue a buscar a Lavington, volviendo con él a los pocos minutos.

Lavington dirigió una mirada escrutadora a la joven, mientras Jack se apresuraba a efectuar las presentaciones. La tranquilizó con pocas palabras y, a su vez, escuchó con toda atención su relato.

—Muy curioso —opinó cuando hubo terminado—. ¿Se lo ha contado a su padre?

Félise meneó la cabeza.

—No he querido preocuparle. Todavía está muy enfermo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. En lo posible le evito todo aquello que pudiera excitarle e inquietarle.

—Comprendo —dijo Lavington amablemente—. Y celebro que haya acudido a nosotros. El amigo Hartington, aquí presente, tuvo una experiencia muy similar. Creo que ahora estamos sobre la pista. ¿No recuerda nada más?

La muchacha se apresuró a asentir.

—¡Claro! Qué tonta soy. Es la base de toda la historia. Mire, *monsieur*, lo que encontré en uno de los armarios, caído detrás de un estante.

Les alargó un sucio pedazo de papel de dibujo ya sucio, en el que aparecía un boceto a la acuarela de una figura de mujer. Era poco más que un apunte, pero el parecido era bastante bueno. Representaba a una mujer alta y rubia con algo sutilmente extranjero en el rostro, de pie junto a una mesa en la que había un jarrón de porcelana azul.

—Lo encontré esta mañana —explicó Félise—. *Monsieur* le docteur, ésta es la mujer que vi en sueños, y el jarrón azul era idéntico a éste.

—Extraordinario —comentó Lavington—. La clave del misterio es evidentemente el jarrón azul. Parece un jarrón chino, probablemente uno muy antiguo. Tiene un dibujo en relieve muy curioso.

—Es chino —declaró Jack—. He visto uno exactamente igual en la colección de mi tío. Es un gran coleccionista de porcelanas chinas, y recuerdo haber visto un jarrón igual a éste no hace mucho.

—El jarrón chino —repitió Lavington, quedándose por unos instantes perdido en sus pensamientos. Al fin alzó la cabeza con una extraña luz en su mirada—. Hartington, ¿cuánto tiempo hace que su tío tiene ese jarrón?

—¿Cuánto tiempo? Pues no lo sé.

—Piense. ¿Lo ha adquirido últimamente?

—No sé. Sí, ahora que lo pienso, creo que sí. A mí no me interesan las porcelanas, pero recuerdo que cuando me enseñó sus recientes adquisiciones este jarrón estaba entre ellas.

—¿Hará menos de dos meses? Los Turner abandonaron Heather Cottage hace sólo un par de meses.

—Sí, creo que sí.

—¿Su tío asiste a las subastas locales?

—Siempre acude a todas.

—Entonces, no es improbable suponer que adquiriera esa pieza en la subasta de los Turner. Una coincidencia curiosa, o tal vez lo que yo llamo la fuerza ciega de la justicia. Hartington, debe usted averiguar en seguida dónde adquirió su tío ese jarrón.

Jack hizo un mohín.

—Me temo que sea imposible —replicó Jack—. Tío George se ha marchado al continente y ni siquiera sé dónde escribirle.

—¿Cuánto tiempo estará ausente?

—De tres semanas a un mes, por lo menos.

Hubo un silencio durante el cual Félise miró ansiosa a los hombres por turno.

—¿Es que no vamos a poder hacer nada? —preguntó tímidamente.

—Sí, hay una cosa —dijo Lavington, conteniendo su excitación —. Quizá sea poco corriente, pero creo que dará resultado. Hartington, tiene usted que conseguir ese jarrón. Tráigalo aquí y, si

mademoiselle lo permite, pasaremos una noche en Heather Cottage con el jarrón azul.

Jack sintió que se le ponía la piel de gallina.

—¿Qué cree usted que ocurrirá? —preguntó intranquilo.

—No tengo la menor idea, pero creo sinceramente que el misterio quedará aclarado y el fantasma descansará. Es muy posible que ese jarrón tenga un doble fondo en el que se oculta algo. Si no ocurre ningún fenómeno, recurriremos a nuestro ingenio.

Félise entrelazó las manos.

—Es una idea estupenda —exclamó.

Sus ojos brillaban de entusiasmo. Jack no sentía lo mismo, en realidad estaba acobardado, aunque por nada del mundo lo hubiera admitido ante Félise. El médico actuaba como si su sugerencia fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Cuándo podrá conseguir el jarrón? —preguntó Félise volviéndose hacia Jack.

—Mañana —replicó el joven de mala gana.

Ahora no se podía volver atrás y, además, aquel agonizante grito de socorro que le había perseguido cada mañana era algo que había que desterrar para siempre y no volver a pensar en ello más de lo que fuese preciso.

Al día siguiente por la tarde, fue a casa de su tío y se llevó el jarrón en cuestión. Estaba más convencido que nunca, al verlo de nuevo, de que era exactamente igual al de la acuarela. Pero por mucho que lo inspeccionó no descubrió ningún receptáculo secreto.

Eran las once de la noche cuando él y Lavington llegaron a Heather Cottage. Félise les estaba esperando y abrió la puerta suavemente antes de que llamaran.

—Pasen —les susurró—. Mi padre está durmiendo arriba y no debemos despertarlo. Les prepararé un poco de café.

Les condujo a una pequeña salita muy coquetona. En el hogar había un infiernillo de alcohol. La muchacha encendió la mecha y les preparó un café muy aromático.

Luego Jack desenvolvió el jarrón azul. Félise soltó una exclamación ahogada al verlo.

—Sí, sí —exclamó excitada—. Es éste, lo reconocería en cualquier parte.

Mientras tanto, Lavington estaba haciendo sus preparativos.

Quitó todos los adornos de una mesa que colocó en el centro de la habitación. A su alrededor puso tres sillas. Luego cogió el jarrón azul de manos de Jack y lo colocó en el centro de la mesa.

—Ahora —dijo— estamos listos. Apague las luces y sentémonos alrededor de la mesa en la oscuridad.

Los otros le obedecieron, y la voz de Lavington volvió a sonar en la oscuridad.

—No piensen en nada o en todo. No fuercen la mente. Es posible que uno de nosotros tenga facultades de médium. De ser así, entrará en trance. Recuerden que no hay nada que temer. Alejen todo el temor de sus corazones y déjense llevar, déjense llevar.

Su voz se apagó y se hizo el silencio. Minuto a minuto aquel silencio parecía más cargado de posibilidades. Era muy fácil decir: «Alejen sus temores». No era miedo lo que sentía Jack, sino pánico. Y estaba seguro de que a Félise le ocurría lo mismo.

De pronto le oyó decir aterrada:

—Va a ocurrir algo terrible. Lo presiento.

—Aleje su miedo —dijo Lavington—. No luche contra la influencia.

La oscuridad pareció hacerse más densa y el silencio más absoluto, mientras se percibía cada vez más cerca una indefinible sensación de amenaza.

Jack sintió que se ahogaba, que le faltaba la respiración. La cosa malvada estaba muy cerca.

Y luego el momento de apuro pasó. Flotaba, se sintió que era arrastrado por una corriente y sus párpados se cerraron. Sólo había paz y oscuridad.

Jack se movió un poco. La cabeza le pesaba como si fuera de plomo. ¿Dónde estaba?

Luz solar… pájaros… Estaba tendido de cara al cielo.

Y de pronto lo recordó todo. La sesión. La salita. Félise y el médico. ¿Qué había ocurrido?

Se incorporó, con unos terribles latidos en la cabeza y miró a su alrededor. Estaba tendido en un bosquecillo no lejos de la casita. No vio a nadie cerca. Sacó su reloj y vio con sorpresa que eran las doce y media.

Jack se puso de pie y echó a correr con todas sus fuerzas hacia la casita. Seguramente alarmados por su tardanza en volver del trance,

le habían sacado al aire libre.

Al llegar a la casa, llamó a la puerta, pero nadie respondió ni vio señales de vida. Debían haber ido en busca de ayuda. O si no… Jack sintió que le invadía un nuevo temor. ¿Qué habría ocurrido la noche pasada?

Se apresuró a regresar al hotel y se disponía a realizar algunas averiguaciones en recepción, cuando le propinaron un terrible puñetazo en las costillas que casi le hizo caer al suelo. Al volverse, indignado, tropezó con un anciano de cabellos blancos que le contemplaba sumamente regocijado.

—¿No me esperabas, muchacho? No me esperabas, ¿eh? —dijo aquel individuo.

—Vaya, tío George. Te creía a muchos kilómetros de distancia, en cualquier lugar de Italia.

—¡Ah!, pero aquí estoy. Desembarqué en Dover anoche y pensé que podía venir en coche hasta la ciudad y de paso verte. ¿Y qué he descubierto? Toda la noche de juerga, ¿eh? Bonito comportamiento.

—Tío George —le interrumpió Jack—, tengo que contarte una historia extraordinaria. Y me atrevo a asegurar que no vas a creerme.

—Seguro que no lo creeré —se rió el hombre—, pero trata de hacerlo lo mejor posible, muchacho.

—Necesito comer algo —continuó Jack—. Estoy hambriento.

Llevó a su tío al comedor y, mientras disfrutaba de una excelente comida, le relató todo lo sucedido.

—Y Dios sabe lo que ha sido de ellos —terminó.

Su tío parecía a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

—El jarrón —consiguió decir al fin—. ¡El jarrón azul! ¿Qué ha sido de él?

Jack le miró sin comprender, pero al oír el torrente de palabras que siguieron, empezó a atar cabos.

—Ming… único… la perla de mi colección… por lo menos vale diez mil libras… una oferta de Hoggenhelmer, el millonario norteamericano… el único en su tipo en todo el mundo. Maldita sea, muchacho, ¿qué has hecho con mi jarrón azul?

Jack salió corriendo del comedor. Tenía que encontrar a Lavington. La recepcionista le miró con frialdad.

—El doctor Lavington se marchó a última hora de la noche en

automóvil. Dejó una nota para usted.

Jack rasgó el sobre. Su contenido era breve y conciso:

Mi querido y joven amigo:

¿Ha pasado ya la época de lo sobrenatural? No del todo, especialmente cuando se presenta con un nuevo lenguaje científico. Muchos recuerdos de Félise, su padre inválido y míos. Tenemos doce horas de ventaja, que son más que suficientes.

Suyo siempre.

Ambrose Lavington
Médico del Espíritu.

7

Villa Ruiseñor

—Adiós, querida.

—Adiós, cariño.

Alix Martin se quedó apoyada en la pequeña puerta rústica y contempló la figura de su marido que se alejaba por el camino en dirección al pueblo.

Al fin dobló un recodo y lo perdió de vista, pero Alix continuó en la misma posición, acariciando distraída un mechón de sus preciosos cabellos castaños que le caía sobre la frente, la mirada distante y soñadora…

Alix Martin no era hermosa, ni siquiera bonita, estrictamente hablando. Pero su rostro, el rostro de una mujer que ya había pasado la primera juventud, tenía una expresión radiante y se había dulcificado hasta tal punto que sus antiguos compañeros de oficina apenas la hubieran reconocido. *Miss* Alix King había sido una joven eficiente, de modales ligeramente bruscos, muy capaz y segura de sí misma.

Alix se había graduado en una escuela muy dura. Durante quince años, desde los dieciocho a los treinta y tres, se había mantenido (y a su madre invalida durante siete) gracias a su trabajo de taquimecanógrafa. Fue la lucha por la vida la que endureció los suaves rasgos de su rostro de niña.

Cierto que tuvo un romance o algo así con Dick Windyford, un compañero de oficina. En el fondo, muy femenina, Alix había sabido siempre que él la amaba sin demostrarlo. Exteriormente eran amigos, nada más. Con su sueldo escaso, Dick había tenido que contribuir a la educación de su hermano menor y, por el momento,

no podía pensar en casarse.

Y pronto la liberación de la faena cotidiana le había llegado a la joven de la manera más inesperada. Una prima lejana había muerto dejándole su dinero a Alix. Unos miles de libras, las suficientes para proporcionarle una renta anual de doscientas. Para Alix aquello era la libertad, la vida, la independencia. Ahora ella y Dick no tendrían que esperar más.

Pero Dick reaccionó de un modo extraño. Nunca había hablado a Alix directamente de su amor, y ahora parecía menos inclinado que nunca. La evitaba, y se hizo reservado y pesimista. Alix no tardó en comprender la razón. Se había convertido en una mujer con recursos propios, y la delicadeza y el orgullo impedían que Dick le pidiera que fuera su esposa.

Ella le quiso más que nunca por eso, e incluso se preguntaba si no habría de ser ella quien diera el primer paso, cuando por segunda vez ocurrió lo inesperado.

Conoció a Gerald Martin en casa de unos amigos. Se enamoraron locamente y, a la semana, estaban prometidos. Y la joven, que nunca había creído en «el flechazo», apenas sabía lo que estaba ocurriendo.

Sin querer había encontrado el medio de despertar a su antiguo amor. Dick Windyford había venido a verla tartamudeando furioso.

—¡Ese hombre es un completo desconocido para ti! ¡No sabes nada de él!

—Sé que le quiero.

—¿Cómo puedes saberlo en una semana?

—No todo el mundo necesita once años para descubrir que se ha enamorado —replicó Alix furiosa.

Dick se puso lívido.

—Yo te he querido desde que te conocí, y creí que tú también me querías.

Alix fue sincera.

—Yo también lo creí —admitió—. Pero fue porque no sabía qué era el amor verdadero.

Entonces Dick volvió a estallar. Ruegos, súplicas, incluso amenazas contra el hombre que le había sustituido. Alix estaba sorprendida al descubrir aquel volcán oculto bajo el reservado exterior del hombre que había creído conocer tan bien.

Sus pensamientos en esta mañana soleada, apoyada contra la pequeña puerta de su casita, la habían llevado a recordar aquella entrevista. Hacía un mes que estaba casada, y era completamente feliz. No obstante, durante la ausencia momentánea de su marido, que lo era todo para ella, una sombra de ansiedad invadió su felicidad perfecta. Y la causa de su ansiedad era Dick Windyford.

Por tercera vez desde su matrimonio había soñado lo mismo. El entorno variaba, pero los hechos principales eran siempre los mismos.

Veía a su marido muerto y a Dick Windyford de pie a su lado, y ella sabía, sin la menor duda, que era su mano la que había descargado el golpe fatal.

Pero por terrible que fuera la pesadilla, aún había algo más horrible todavía al despertar, pero que durante el sueño era para ella algo perfectamente natural e inevitable. Ella, Alix Martin, se alegraba de la muerte de su marido; ella alargaba sus manos agradecidas hacia el asesino e incluso le daba las gracias. El sueño siempre terminaba igual, refugiándose en brazos de Dick Windyford.

Ella no le había dicho nada de aquel sueño a su marido, pero en secreto le preocupaba más de lo que hubiera querido admitir. ¿Sería un aviso… un aviso contra Dick Windyford?

El timbre del teléfono que sonaba en el interior de la casa le sacó del ensimismamiento. Entró en la casa y lo atendió. Se tambaleó y tuvo que apoyarse para no caer.

—¿Quién dice usted que es?

—Vaya, Alix, ¿qué le ocurre a tu voz? No te hubiera conocido. Soy Dick.

—¡Ah! —dijo Alix—. ¡Ah! ¿Dónde estás?

—En La Posada del Viajero, así se llama, ¿no? ¿O es que ni siquiera conoces la existencia de la posada del pueblo? Estoy de vacaciones, y vine a pescar por aquí. ¿Tienes algún inconveniente en que os haga una visita esta noche después de cenar?

—No —replicó Alix, tajante—. No debes venir.

Hubo una pausa y luego volvió a dejarse oír la voz de Dick con una sutil alteración.

—Perdona —le dijo muy formal—. No era mi intención molestarte.

Alix se apresuró a rectificar para que él no pudiera pensar que su comportamiento era rarísimo. Lo era. Sus nervios estaban deshechos.

—Quería decir que esta noche tenemos un compromiso —explicó tratando de que su voz sonara lo más natural posible—. ¿Por qué no vienes a cenar mañana?

Pero evidentemente Dick había notado la falta de cordialidad en su tono.

—Muchísimas gracias —dijo en el mismo tono formal—, pero tal vez me marche de un momento a otro. Depende de si se presenta o no un amigo mío. Adiós, Alix. —Hizo una pausa y luego agregó en tono distinta—: Te deseo mucha suerte, querida.

Alix colgó el aparato con alivio.

«El no debe venir aquí —se repitió para sí—. No debe venir aquí. ¡Oh, qué tonta soy! Ponerme tan nerviosa por una tontería. De todas maneras, celebro que no venga».

Cogió un sombrero de paja de encima de una mesa, salió de nuevo al jardín y se detuvo para mirar el nombre grabado en el porche: Villa Ruiseñor.

»—¿Verdad que es un nombre bonito? —le había dicho a Gerald en cierta ocasión antes de casarse, y él se había reído.

»—Tú eres una chica de ciudad —le había dicho en tono afectuoso—. No creo que hayas oído nunca el canto del ruiseñor. Y me alegro. Los ruiseñores deberían cantar sólo para los amantes. Ya los escucharemos juntos las noches de verano delante de nuestra propia casa.

Y el recuerdo de cómo los habían escuchado, hizo enrojecer de felicidad a Alix, de pie en el umbral de su hogar.

Fue Gerald quien encontró Villa Ruiseñor, y se lo contó a Alix con gran entusiasmo. Era lo que necesitaban, una ocasión única, la mejor oportunidad de toda su vida. Y cuando Alix la vio, también quedó cautivada. Era cierto que su situación resultaba un tanto solitaria, estaba a dos millas del pueblo más cercano, pero resultó que la casa en sí era magnífica, con su estilo antiguo y sus magníficos cuartos de baño, con agua caliente, luz eléctrica y teléfono, que en el acto fue víctima de su encanto. Luego surgió una contrariedad. El propietario, un hombre rico que la hizo a su capricho, se negó a alquilarla. Únicamente aceptaría venderla.

Gerald Martin, aunque poseía una buena renta, no estaba en posición de poder tocar el capital. Todo lo que podría ofrecer eran mil libras y el propietario pedía tres mil. Pero Alix, que estaba enamorada de la casita, acudió en su ayuda. Su capital estaba disponible, al ser en bonos al portador, y contribuyó con la mitad en adquirir la casa. Así que Villa Ruiseñor pasó a ser suya y ni una sola vez Alix lamentó su elección. También era cierto que los sirvientes no apreciaban aquella soledad campestre, aunque de momento no tenían ninguno. Pero Alix, que anhelaba la vida de hogar, disfrutaba preparando exquisitas comidas y cuidando de la casa.

El jardín, exuberante de flores, era atendido por un viejo del pueblo que acudía un par de veces por semana.

Al dar la vuelta a la casa, Alix se extrañó al ver al viejo jardinero trabajando en los parterres. Estaba sorprendida porque sus días de trabajo eran los lunes y viernes, y hoy era miércoles.

—Vaya, George, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó al acercarse a él.

El viejo se enderezó con una risita mientras se llevaba la mano al sombrero.

—Ya pensé que le extrañaría, pero ahí tiene, señora. El viernes tenemos una fiesta en el pueblo, y yo me dije: ni a *Mr*. Martin ni a su buena esposa les importará que por una vez vaya el miércoles en vez del viernes.

—Tiene usted mucha razón —dijo Alix—. Espero que disfrute mucho en la fiesta.

—Sí —respondió George con sencillez—. Es agradable llenar el estómago y saber que no es uno el que paga. El señor de la finca da un té espléndido a todos los arrendatarios y, además, señora, quería verla antes de su partida para saber qué es lo que hay que plantar. ¿No tiene idea de cuándo volverá poco más o menos?

—Pero si no me marcho.

George la miró extrañado.

—Pero ¿no se va a Londres mañana?

—No. ¿Cómo se le ha ocurrido pensarlo?

George ladeó la cabeza.

—Ayer me encontré al señor en el pueblo y me dijo que usted se iba mañana a Londres, y que no sabía cuándo regresaría.

—Tonterías —dijo Alix, riendo—. No debió entenderlo bien.

De todas maneras, se preguntaba qué era lo que podría haber dicho Gerald para que el viejo llegara a semejante error. ¿Ir a Londres? No quería volver a Londres en toda su vida.

—Aborrezco Londres —afirmó de pronto con voz ronca.

—¡Ah! —dijo George en tono bonachón—. Debí entenderlo mal y, sin embargo, me pareció que lo dijo bastante claro. Celebro que se quede aquí. No me gusta el ajetreo de las calles y menos todavía Londres. Yo no necesito para nada ir allí. Demasiados coches, eso es lo malo de hoy en día. En cuanto alguien tiene coche, ya no puede estarse quieto en ninguna parte. *Mr*. Ames, el propietario de esta casa, era un caballero muy tranquilo hasta que se compró uno. No hacía ni un mes que lo tenía cuando puso en venta esta casa. ¡Con lo que gastó en ella, con tantos cuartos de baño, luz eléctrica y demás! «Nunca recuperará su dinero», le dije. Y me contestó: «Pero George, conseguiré dos mil libras por esa casa, que es lo que me ha costado». Y sí que las consiguió.

—Consiguió tres mil —dijo Alix, sonriendo.

—Dos mil —repitió George—. Entonces se habló mucho de lo que pedía.

—En realidad fueron tres mil —insistió Alix.

—Las mujeres no entienden nada de números —replicó el jardinero sin dejarse convencer—. No me dirá que *Mr*. Ames tuvo la caradura de pedirle tres mil en voz alta.

—A mí no me las pidió —dijo Alix—, sino a mi marido.

George volvió a inclinarse sobre el parterre.

—El precio fueron dos mil —repitió obstinado.

Alix no se tomó la molestia de discutir con él. Fue a otro de los parterres y empezó a cortar flores para un ramo.

Cuando se dirigía a la casa con su fragante carga, Alix observó un pequeño objeto verde oscuro que asomaba entre las hojas de una planta. Se agachó para recogerlo y vio que era la agenda de su marido.

La abrió, hojeando su contenido con cierto regocijo. Casi desde el principio de su matrimonio había comprendido que el impulsivo y sentimental Gerald poseía las sorprendentes virtudes de la

pulcritud y el orden. Quería que las comidas se sirvieran puntuales, y siempre planeaba lo que haría al día siguiente con la misma precisión.

Al repasar la agenda, le divirtió ver que en el día catorce de mayo había anotado: «Boda con Alix en San Pedro a las 2.30».

—El grandísimo tonto —murmuró Alix para sí, volviendo las páginas.

De pronto se detuvo.

—Miércoles, dieciocho de junio. Vaya, es hoy.

Y en el espacio correspondiente a aquel día estaba escrito con la letra precisa de Gerald: «Nueve de la noche». Nada más. ¿Qué era lo que pensaba hacer Gerald a las nueve? Alix sonrió considerando que si aquello ocurriera en una novela como las que leía a menudo, la agenda le hubiera proporcionado alguna revelación sensacional. Seguramente el nombre de otra mujer. Fue pasando las hojas hacia atrás. Fechas, citas, oscuras referencias a tratos comerciales, pero un solo nombre de mujer: el suyo.

Sin embargo, mientras guardaba la agenda en su bolsillo y llevaba las flores al interior de la casa, sintió una vaga inquietud. Acudieron a ella las palabras de Dick Windyford como si estuviera allí repitiéndolas: «¡*Ese hombre es un completo desconocido para ti! No sabes nada de él*».

Era cierto. ¿Qué sabía de él? Al fin y al cabo, Gerald tenía cuarenta años. En todo ese tiempo debía haber habido otras mujeres en su vida.

Alix sacudió la cabeza con impaciencia. No debía entregarse a estos pensamientos. Tenía otra preocupación más importante. ¿Debía o no decirle a su marido que Dick Windyford había telefoneado?

Cabía la posibilidad de que Gerald se lo hubiera encontrado en el pueblo, pero en ese caso seguramente lo mencionaría en cuanto llegara y el asunto quedaría fuera de sus manos. Y si no, ¿qué hacía? Alix se daba cuenta de su afán por no decir nada.

Si se lo contaba, estaba segura de que invitaría a Dick Windyford a Villa Ruiseñor. Entonces se enteraría de que Dick mismo lo había propuesto y de que ella se había negado a que fuera. Y cuando le preguntase por qué lo había hecho, ¿qué le diría? ¿Contarle su sueño? Gerald se reiría o, lo que era peor, vería que

ella le daba una importancia excesiva a algo que para él no la tenía.

Al final, bastante avergonzada, decidió no decir nada. Era el primer secreto que ocultaba a su marido y le hizo sentirse intranquila.

Cuando oyó que Gerald regresaba del pueblo, se apresuró a entrar en la cocina y simular que estaba muy ocupada en preparar la comida para ocultar su turbación.

En seguida comprendió que Gerald no había visto a Dick Windyford e inmediatamente se sintió aliviada y nerviosa a su vez. Ahora sí que le ocultaba algo a su marido.

No fue hasta después de cenar, estando sentados en el saloncito de estar, con las ventanas abiertas para que entrara la suave brisa de la noche, con el perfume de los jazmines, Alix recordó la agenda.

—Aquí tengo algo con lo que estabas regando las flores —le dijo, arrojándosela sobre el regazo.

—Se me cayó en un parterre, ¿eh?

—Sí. Ahora sé todos tus secretos.

—Soy inocente —replicó Gerald, meneando la cabeza.

—¿Y qué me dices de lo que has anotado para las nueve de la noche?

—¡Oh!, eso… —pareció cortado de momento, y luego sonrió como si aquello le divirtiera—. Es una cita con una chica guapísima, Alix. Tiene el cabello castaño, los ojos azules y se parece muchísimo a ti.

—No te comprendo —dijo Alix, fingiendo ponerse seria—. Estás apartándote de la cuestión.

—No. A decir verdad, lo anoté para acordarme de revelar algunos negativos esta noche, y que tú me ayudaras.

Gerald Martin era un fotógrafo entusiasta. Poseía una cámara un tanto anticuada, pero con una óptica excelente, y él mismo revelaba los negativos en un sótano pequeño que había preparado como cuarto oscuro.

—¿Y tiene que ser precisamente a las nueve? —dijo Alix burlona.

Gerald pareció algo molesto.

—Mi querida niña —dijo con cierta tirantez—, siempre hay que

buscar una hora precisa para hacer las cosas. Entonces es cuando se puede trabajar como es debido.

Alix permaneció unos instantes en silencio, observando a su marido que fumaba sentado en un sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo de su butaca y las líneas de su rostro pulcramente afeitado se recortaban contra el fondo oscuro. Y de pronto, por alguna razón desconocida, sintió que le invadía una ola de pánico y, antes de poder evitarlo, había exclamado:

—¡Oh, Gerald! ¡Ojalá supiera algo más de ti!

Su marido volvió su rostro asombrado hacia ella.

—Pero, mi querida Alix, si sabes todo lo referente a mí. Te he hablado de mi infancia en Northumberland, de mi vida en Sudáfrica y de estos últimos diez años en Canadá que me proporcionaron el éxito.

—¡Oh, los negocios! —protestó Alix con gran desprecio.

Gerald se echó a reír.

—Sé a lo que te refieres, a la parte amorosa. Todas las mujeres sois iguales. Sólo os interesa la cuestión personal.

Alix sintió que se le secaba la garganta mientras murmuraba:

—Bueno, pero debes de haber tenido amores. Quiero decir que si yo supiera…

Hubo una pausa de uno o dos minutos. Gerald Martin había fruncido el ceño y la indecisión se reflejaba en su rostro. Cuando habló, fue en tono grave, sin el menor rastro de la anterior frivolidad:

—¿Crees que es sensato montar toda una escena como si yo fuera Barba Azul? Sí que ha habido mujeres en mi vida. No lo niego. No me creerías si te lo negara. Pero puedo jurarte que ninguna de ellas significó nada para mí.

Hubo tal sinceridad en su voz que se sintió agradablemente confortada.

—¿Satisfecha, Alix? —le preguntó con una sonrisa. Y luego la contempló con cierta curiosidad—. ¿Por qué se te ha ocurrido hablar de estos temas tan desagradables precisamente esta noche?

Alix se puso de pie y comenzó a pasear inquieta.

—¡Oh! No lo sé —contestó—. Todo el día he estado nerviosa.

—Es curioso —dijo Gerald en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Es muy curioso.

—¿Por qué es curioso?

—Oh, querida, no te pongas así. Sólo digo que es curioso porque por lo general eres siempre tan serena y dulce.

Alix procuró sonreír.

—Hoy todo se confabula para molestarme —confesó—. Incluso el viejo George tenía la ridícula idea de que nos íbamos a Londres. Según él, tú se lo dijiste.

—¿Cuándo lo viste? —preguntó Gerald en tono crispado.

—Vino a trabajar hoy en vez del viernes.

—El viejo imbécil —dijo Gerald enojado.

Alix le miró extrañada. Su marido tenía el rostro convulsionado por la ira. Nunca lo había visto tan furioso. Al ver su asombro, Gerald hizo un esfuerzo por recuperar el dominio de sí mismo.

—Bueno, es un viejo estúpido —protestó.

—¿Qué le dijiste para que pensara que nos íbamos?

—¿Yo? No le dije nada. A menos que… Oh, sí, recuerdo que en broma dije que nos íbamos a Londres a la mañana siguiente, y supongo que lo tomaría en serio. O debió entenderlo mal. Supongo que tú le desengañarías.

Él esperó ansioso su respuesta.

—Claro, pero es de esos viejos que cuando se les mete una idea en la cabeza… bueno, no es fácil quitársela.

Entonces le contó la insistencia del jardinero en la cantidad pedida por la casita.

Gerald guardó silencio unos instantes y luego dijo lentamente:

—Ames estaba dispuesto a aceptar dos mil libras en efectivo, y las mil restantes aplazadas. Supongo que ése será el origen de su error.

—Es muy probable —admitió Alix.

Luego miró el reloj y lo señaló con un dedo mientras le avisaba con picardía:

—Ya deberíamos estar abajo, Gerald. Pasan cinco minutos de la hora fijada.

Una sonrisa muy peculiar apareció en el rostro de Gerald.

—He cambiado de opinión —dijo tranquilamente—. Esta noche no revelaremos las fotografías.

La mente de una mujer es algo muy curioso. Cuando se acostó aquel miércoles por la noche, Alix se sentía contenta y tranquila. Su

felicidad, momentáneamente amenazada, resurgió triunfante como nunca.

Pero la noche del día siguiente, comprendió que ciertas fuerzas ocultas la iban minando interiormente. Dick Windyford no había vuelto a telefonear y, sin embargo, percibía aquella que consideraba influencia suya. No cesaba de recordar sus palabras: ¡Ese hombre es un completo desconocido para ti! No sabes nada de él. Y con ellas, el recuerdo del rostro de su marido acudía claramente a su memoria diciéndole: «¿Crees que es sensato montar toda una escena como si yo fuera Barba Azul?». ¿Por qué lo habría dicho?

Había habido una advertencia en ellas, la insinuación de una amenaza. Era como si le hubieran dicho: «Sería mejor que no te metieras en mi vida privada, Alix. Podrías llevarte un disgusto si lo hicieras».

El viernes por la mañana Alix estaba convencida de que había habido otra mujer en la vida de Gerald, una que había tratado arteramente de ocultarle. Sus celos, que habían tardado en despertar, se hicieron desenfrenados.

¿Es que acaso debía encontrarse con una mujer aquella noche a las nueve? ¿Habría inventado la historia del revelado de las fotografías en el apuro del momento?

Tres días antes hubiera jurado que conocía perfectamente a su marido, y ahora le parecía un extraño del que nada sabía. Recordó su enojo irrazonable contra el pobre George, tan contrario a su acostumbrado buen carácter. Un pequeño detalle, tal vez, pero demostraba que en realidad desconocía al hombre que era su marido.

El viernes Alix necesitaba varias cosas del pueblo y, por la tarde, sugirió que iría a buscarlas, mientras Gerald se ocupaba del jardín. Pero para su sorpresa éste se opuso vehementemente a su plan e insistió en ir él y que Alix se quedara en casa. Alix se vio obligada a dejarle hacer su voluntad, pero su insistencia le había sorprendido y alarmado. ¿Por qué aquel afán de evitar a toda costa que fuera al pueblo?

De pronto, surgió naturalmente la explicación de que lo dejaba todo bien claro: ¿No era posible que, a pesar de no decirle nada, Gerald se hubiera encontrado a Dick Windyford en el pueblo? Sus propios celos, dormidos en el momento de casarse, sólo habían

surgido después. ¿No podría haberle ocurrido lo mismo a Gerald? ¿Acaso no estaría tratando de impedir que volviera a ver a Dick Windyford? Esta explicación coincidía con los hechos y consolaba la mente perturbada de Alix, tanto, que la abrazó con todo entusiasmo.

Sin embargo, cuando hubo pasado la hora del té, estaba inquieta y enferma de impaciencia. Luchaba contra una tentación que la asaltaba desde la marcha de Gerald. Por fin, tras tranquilizar su conciencia con la excusa de que la habitación necesitaba una buena limpieza, subió al vestidor de su marido con el plumero para justificarse.

«Si pudiera estar segura —se repetía—. Si pudiera estar completamente segura».

En vano se decía que cualquier cosa comprometedora habría sido destruida años atrás. Pero, en contra, argumentaba que los hombres guardan algunas veces la prueba más condenatoria llevados de un sentimentalismo exagerado.

Al final, Alix sucumbió y, con las mejillas arreboladas por la vergüenza de su acción, revisó paquetes de cartas y documentos, abrió todos los cajones, y examinó incluso los bolsillos de los trajes de su marido. Sólo dos cajones se le resistieron: el último cajón de la cómoda y el pequeño de la parte derecha del escritorio, que estaban cerrados con llave. Pero ahora Alix se había olvidado de la vergüenza y estaba convencida de que en uno de ellos encontraría la prueba de aquella imaginaria mujer del pasado que la obsesionaba.

Recordó que Gerald se había dejado las llaves olvidadas sobre el aparador. Bajó a buscarlas y las probó una por una. La tercera correspondía a la cerradura del cajón del escritorio, que Alix se apresuró a abrir. Había un talonario de cheques y una cartera bien provista de billetes, y en el fondo un paquete de cartas atado con una cinta.

Con la respiración agitada, Alix lo desató, y luego un intenso rubor cubrió su rostro mientras dejaba las cartas de nuevo en el interior del cajón y volvía a cerrarlo. Aquellas cartas eran las suyas, las que había escrito a Gerald Martin antes de casarse con él.

Se dirigió a la cómoda, impulsada más por el deseo de no dejar nada por registrar que por la esperanza de encontrar lo que

buscaba. Se sentía avergonzada y convencida de la locura de su obsesión.

Ante su contrariedad, ninguna de las llaves de Gerald abría el cajón. Sin desanimarse, Alix recorrió las otras habitaciones y se hizo con un surtido de llaves. Para su gran alegría, la llave del guardarropa también abría la cómoda. Abrió el cajón, pero en su interior no había más que un rollo de recortes de periódicos manchados y descoloridos por el tiempo.

Alix exhaló un suspiro de alivio. Sin embargo, revisó los polvorientos recortes para averiguar qué es lo que había interesado tanto a su marido como para guardarlos. Casi todos eran de periódicos norteamericanos, de varios años atrás, y trataban del proceso de un famoso estafador y bígamo, Charles Lemaitre. Lemaitre había sido considerado sospechoso del asesinato de varias mujeres. Se había encontrado un esqueleto enterrado debajo del suelo de una de las casas que había alquilado, y la mayoría de las mujeres con las que «contrajo matrimonio», desaparecieron sin dejar rastro.

Él se había defendido contra las acusaciones con gran habilidad y la ayuda de algunos de los abogados de más talento de Estados Unidos. El veredicto escocés «Absuelto por falta de pruebas» hubiera sido más apropiado al caso; pero en su defecto, se le consideró «Inocente» de la acusación principal, aunque le sentenciaron a un largo período de cárcel por los otros cargos presentados contra él. Alix recordaba la sensación que produjo aquel caso, y también la que causó la huida de Lemaitre unos tres años más tarde. No volvieron a detenerlo. La personalidad de aquel hombre y su extraordinario atractivo para las mujeres fueron comentados extensamente en los periódicos ingleses, junto con un resumen de su excitabilidad durante el juicio, sus protestas apasionadas y sus repentinos colapsos debidos a su corazón débil, aunque algunos ignorantes los atribuyeron a sus dotes artísticas.

Había una fotografía suya en uno de los recortes que Alix tenía en la mano y la estudió con cierto interés. Un caballero de larga barba con aspecto de catedrático.

¿A quién le recordaba aquella cara? De pronto, sobresaltada, comprendió que era Gerald en persona. Aquellas cejas y aquellos ojos tenían un gran parecido con los suyos. Tal vez había

conservado el recorte por esa razón. Sus ojos leyeron el párrafo que aparecía junto a la foto. Al parecer, habían encontrado ciertas notas en la agenda del acusado que coincidían con las fechas en que se deshizo de sus víctimas. Luego, una mujer había identificado al prisionero por un lunar que tenía en la muñeca izquierda, precisamente donde comenzaba la palma de la mano.

Alix dejó caer los papeles mientras se tambaleaba. En la muñeca izquierda, precisamente donde comenzaba la palma de la mano, Gerald tenía un pequeño lunar.

La habitación giraba a su alrededor. Después le pareció extraño no haber tenido inmediatamente la absoluta certeza. ¡Gerald Martin era Charles Lemaitre! Lo supo y lo aceptó con la velocidad del rayo. Fragmentos sueltos acudieron a su memoria, como las piezas de un rompecabezas que iban encajando en su lugar.

El dinero pagado por la casa, su dinero, únicamente su dinero; los bonos al portador que había confiado a su custodia. Incluso su sueño aparecía con su verdadero significado. En lo más profundo de su ser, su subconsciente siempre había temido a Gerald Martin y había deseado escapar de él y, para ello, su otro yo había pedido ayuda a Dick Windyford. Por eso también había aceptado la verdad con tanta facilidad, sin dudas ni vacilaciones. Ella tenía que haber sido otra de las víctimas de Lemaitre. Quizá muy pronto.

Dejó escapar un grito ahogado, al recordar la anotación en la agenda: *Miércoles a las nueve de la noche*. ¡Con lo fácil que era levantar las baldosas del sótano! En una ocasión anterior, ya había enterrado a una de sus víctimas en un sótano. Todo lo tenía planeado para la noche del miércoles, ¡pero escribirlo de antemano con aquella tranquilidad, era una locura! No, era lógico. Gerald tomaba siempre nota de sus compromisos, y para él un crimen era una cuestión de negocios exactamente igual como cualquier otra.

Pero ¿qué la había salvado? ¿Qué podía ser lo que la había salvado? ¿Se había apiadado en el último momento? No, como un rayo le vino la respuesta: el viejo George.

Ahora le resultaba comprensible el enojo incontenible de su marido. Sin duda había preparado el terreno diciendo a todo el mundo que encontraba que se iban a Londres al día siguiente. Luego George fue a trabajar inesperadamente y, al hablarle de Londres, ella había desmentido la historia. Era demasiado

arriesgado deshacerse de ella aquella noche, exponiéndose a que el jardinero repitiera su conversación. ¡Pero había escapado de milagro! De no haber mencionado aquel asunto tan trivial… Alix se estremeció.

Y entonces se quedó como si se hubiera convertido en una estatua de piedra. En aquel momento oyó el chirrido de la cancela. Su marido había regresado.

Por un momento, Alix continuó inmóvil. Luego, se acercó de puntillas a la ventana y espió oculta detrás de la cortina.

Sí, era su marido. Sonreía satisfecho y tarareaba una tonadilla. En la mano llevaba algo que casi paralizó el corazón de la aterrorizada Alix: una pala nueva.

Alix lo supo instintivamente: iba a ser esta noche.

Pero le quedaba una oportunidad. Gerald, todavía tarareando, desapareció por la parte trasera de la casa.

Sin vacilar un momento, echó a correr escaleras abajo y salió de la casa, pero en el preciso momento en que atravesaba la puerta, su marido hizo su aparición por un lado de la casa.

—Hola —le dijo—. ¿Dónde vas corriendo con tanta prisa?

Alix procuró desesperadamente parecer tranquila y la misma de siempre. De momento había perdido su oportunidad, pero si tenía cuidado de no despertar sus sospechas volvería a tenerla más tarde. Incluso ahora mismo, tal vez.

—Iba a dar un paseo hasta el final del sendero —dijo con voz que le sonó débil e insegura a sus propios oídos.

—Muy bien —replicó Gerald—. Te acompañaré.

—No, por favor, Gerald. Estoy nerviosa, me duele la cabeza, preferiría ir sola.

Él la miró fijamente y Alix creyó ver el recelo en sus ojos.

—¿Qué te ocurre, Alix? Estás pálida, temblorosa.

—No es nada. —Se esforzó por mostrarse brusca, aunque sin dejar de sonreír—. Me duele la cabeza, eso es todo. Un paseo me sentará bien.

—Bueno, es inútil que digas que no te acompañe —declaró Gerald con su risa tan natural riendo—. Iré contigo quieras o no.

Ella no se atrevió a insistir más. Si sospechaba que ella sabía…

Con un esfuerzo, consiguió recuperar algo de su habitual tranquilidad. No obstante, se daba cuenta de que él la miraba de

reojo de cuando en cuando, como si no estuviera del todo satisfecho. Alix presentía que sus sospechas no se habían disipado.

Cuando regresaron a la casa, él insistió en que debía acostarse y le trajo agua de colonia para mojar sus sienes. Como siempre, el marido atento y solícito, y no obstante, Alix se sintió indefensa como si estuviera atada de pies y manos en una trampa.

Ni por un momento la dejó sola. Fue con ella a la cocina y la ayudó a traer las viandas frías que había preparado para la cena. Apenas podía tragar bocado, pero se esforzó en comer, e incluso en parecer alegre y natural. Ahora se daba cuenta de que luchaba por su vida. Estaba a solas con aquel hombre, muy lejos de cualquier ayuda, completamente a su merced. Su única oportunidad era aplacar sus sospechas para que la dejara sola unos momentos, los suficientes para llegar al teléfono del recibidor y pedir auxilio. Aquélla era su única esperanza.

Una esperanza momentánea la animó al recordar cómo él había abandonado su plan la otra noche. ¿Y si le dijera que Dick Windyford iba a venir a verles aquella noche?

Las palabras temblaron en sus labios, pero se apresuró a rechazarlas. Aquel hombre no perdería su segunda oportunidad. Había una voluntad, un entusiasmo, detrás de su calma aparente que le daba náuseas. Sólo conseguiría precipitar el crimen. La mataría en seguida y luego, con toda tranquilidad, telefonearía a Dick Windyford con cualquier excusa para que no fuera. ¡Oh, si Dick fuera a verles aquella noche! Si Dick…

Una idea acudió a su mente y rápidamente miró de soslayo a su marido como si temiera que él le hubiese adivinado el pensamiento. Mientras urdía su plan, sintió renacer su valor. Se mostró tan natural que ella misma se maravilló.

Alix preparó el café y lo sirvió en el porche, donde solían sentarse las noches cálidas.

—A propósito —dijo Gerald de pronto—, más tarde revelaremos esas fotografías.

Alix sintió que un escalofrío recorría su cuerpo, pero replicó con naturalidad:

—¿No puedes hacerlo solo? Esta noche estoy muy cansada.

—No tardaremos mucho —sonrió—, y te aseguro que luego no te sentirás cansada.

Las palabras parecieron divertirle. Alix se estremeció. Ahora o nunca era el momento de llevar a cabo su plan.

Se puso de pie.

—Voy a telefonear al carnicero —anunció tranquilamente—. No te muevas.

—¿Al carnicero? ¿A estas horas de la noche?

—Tonto, ya sé que la tienda está cerrada, pero él está en casa. Mañana es sábado y, antes de que se los lleve otra, quiero que me traiga unos filetes de ternera bien temprano. El viejo haría cualquier cosa por mí.

Entró rápidamente en la casa y cerró la puerta. Oyó a Gerald que decía:

—No cierres la puerta.

—Así no entrarán los mosquitos —replicó Alix con ligereza—. Los aborrezco. ¿Tienes miedo de que le haga la corte al carnicero, tonto?

Una vez dentro, cogió el teléfono y dio el número de la «Posada del Viajero». Le dieron comunicación en seguida.

—¿*Mr*. Windyford está todavía ahí? ¿Podría hablar con él?

Entonces el corazón le dio un vuelco. Se abrió la puerta y su marido entró en el recibidor.

—Vete, Gerald —protestó—. No me gusta que me escuchen cuando hablo por teléfono.

Él se limitó a echarse a reír mientras se sentaba en una silla.

—¿Seguro que telefoneas al carnicero? —le preguntó.

Alix estaba desesperada. Su plan había fracasado. Dentro de unos instantes, Dick Windyford estaría al teléfono. ¿Se arriesgaría a gritar pidiendo ayuda?

Y luego, mientras deprimida y nerviosa, apretaba y soltaba la tecla que permitía que la voz se oyera o no al otro extremo de la línea, se le ocurrió otra idea.

«Será difícil —pensó—. Tendré que mantener la cabeza clara, escoger las palabras apropiadas y no desfallecer ni un momento, pero creo que podré hacerlo. Debo hacerlo».

Y en aquel momento oyó la voz de Dick Windyford.

Alix tomó aliento. Luego apretó la tecla con firmeza y habló.

—*Aquí Mrs. Martin, de Villa Ruiseñor. Por favor, venga* (soltó la tecla) *mañana por la mañana y tráigame seis filetes de ternera bien*

hermosos (volvió a apretar la tecla). *Es muy importante* (soltó la tecla). *Muchísimas gracias, Mr. Hexworthy, espero que no le haya molestado llamando tan tarde, pero en realidad tener esos filetes el sábado es cuestión* (apretó la tecla) *de vida o muerte*… (la soltó). *Muy bien, mañana por la mañana*… (apretó la tecla)… *cuanto antes*.

Volvió a dejar el teléfono en la horquilla y miró a su marido respirando trabajosamente.

—De manera que es así como hablas con el carnicero ¿eh? —dijo Gerald.

—Es el toque femenino —replicó Alix en tono ligero.

Rebosaba excitación. Gerald no había sospechado nada y, sin duda, Dick vendría aunque no lo hubiese comprendido.

Ella fue a la sala de estar y encendió la luz. Gerald la siguió.

—¿Ahora pareces muy contenta? —comentó mirándola con curiosidad.

—Sí —respondió Alix—, ya no me duele la cabeza.

Ocupó la butaca acostumbrada y le sonrió a su marido que fue a sentarse frente a ella. Estaba salvada. Eran sólo las ocho y veinticinco, y mucho antes de las nueve Dick habría llegado.

—No me ha gustado mucho el café de hoy —se quejó Gerald—. Estaba muy amargo.

—Es que he comprado una clase nueva. Si no te gusta, no volveré a comprarlo, querido.

Alix cogió su labor y empezó a coser. Gerald leyó varias páginas de su libro y luego, mirando el reloj, dejó la novela.

—Las ocho y media. Es hora de bajar al sótano y empezar a trabajar.

A Alix se le cayó la labor de las manos.

—¡Oh! Aún no. Esperemos hasta las nueve.

—No, pequeña, las ocho y media es la hora que he fijado. Así podrás acostarte más pronto.

—Pero yo prefiero esperar hasta las nueve.

—Ya sabes que cuando fijo una hora me gusta atenerme a ella. Vamos, Alix. No quiero esperar ni un minuto más.

Alix le miró y, a pesar suyo, sintió que el terror la invadía. Gerald se había quitado la máscara. Le temblaban las manos, le brillaban los ojos de excitación y se pasaba continuamente la lengua por los labios resecos. Ya no se esforzaba por disimular su

nerviosismo.

«Es cierto, no puede esperar, está como loco.», pensó Alix.

Se acercó a ella y la obligó a ponerse de pie, con una mano puesta en su hombro.

—Vamos, pequeña, o te llevaré a rastras.

Su tono era alegre, pero había tal ferocidad en el fondo que Alix quedó como paralizada. Con un esfuerzo supremo logró desasirse y se apoyó acobardada contra la pared. Estaba indefensa. No podía escapar, no podía hacer nada, y él se iba acercando.

—Ahora, Alix.

—No, no.

Lanzó un grito y estiró las manos en un gesto de impotencia para impedir que se le acercara.

—Gerald, basta, tengo algo que decirte, tengo que confesarte una cosa.

Él se detuvo.

—¿Confesarme? —preguntó con curiosidad.

—Sí, confesarte. —Había dicho lo primero que le pasó por la cabeza y continuó desesperada, procurando mantener su atención —. Es algo que debería haberte dicho antes.

En el rostro de Gerald apareció una expresión de desprecio.

—Un antiguo amor, supongo —se burló.

—No —dijo Alix—. Es otra cosa. Supongo que tú lo llamarías… sí, un crimen.

En el acto vio que había pulsado la cuerda oportuna, y que de nuevo era dueña de su interés. Le devolvió el valor y se sintió dueña absoluta de la situación.

—Será mejor que vuelvas a sentarte —le dijo tranquila.

Ella cruzó la sala y se sentó en su butaca. Incluso se entretuvo en recoger la labor, aunque detrás de su calma aparente estaba improvisando a toda prisa, porque la historia que iba a contarle debía mantener su atención hasta que llegara la ayuda.

—Te dije —empezó lentamente— que había sido taquimecanógrafa durante quince años, y eso no es del todo cierto. Hubo dos intervalos. El primero tuvo lugar cuando yo tenía veintidós años. Conocí a un hombre ya mayor, dueño de una pequeña propiedad. Se enamoró de mí y me pidió que fuera su esposa. Acepté y nos casamos. —Hizo una pausa—. Yo le induje a

que tomara un seguro de vida conmigo como beneficiaría.

Vio aparecer un súbito y vivo interés en el rostro de su marido y continuó con más seguridad.

—Durante la guerra, trabajé algún tiempo en el dispensario de un hospital. Allí manejé toda clase de drogas y venenos.

Se interrumpió pensativa. Ahora Gerald estaba muy interesado, no cabía duda. Al asesino le atraen los crímenes. Ella había jugado aquella carta y ganado. Echó una ojeada al reloj. Eran las nueve menos veinticinco.

—Existe un veneno, es un polvo blanco. Una pizca significa la muerte. ¿Entiendes tú de venenos, quizá?

Hizo la pregunta con cierta inquietud. Si la respuesta era afirmativa, tendría que ir con cuidado.

—No —respondió Gerald—. Sé muy poco de eso.

Ella exhaló un suspiro de alivio.

—Pero habrás oído hablar de la hioscina, ¿verdad? Es una droga que actúa como un veneno, pero que no deja el más mínimo rastro. Cualquier médico extendería un certificado de defunción por fallo cardíaco. Robé una pequeña cantidad y la conservé.

Hizo una pausa, reuniendo sus fuerzas.

—Continúa —dijo Gerald.

—No, tengo miedo. No puedo contártelo. Otro día.

—Ahora —replicó él impaciente—. Quiero saberlo.

—Llevábamos casados un mes. Yo me llevaba muy bien con mi marido, era muy amable y solícita, y él no hacía más que alabarme delante de todos los vecinos. Todos sabían lo buena esposa que era. Yo misma le preparaba el café todas las noches. Y un día, cuando estábamos solos, puse en su taza un poquitín del alcaloide mortal.

Alix hizo una pausa y enhebró la aguja con gran parsimonia. Ella, que nunca había hecho teatro, en aquellos momentos rivalizaba con la mejor actriz del mundo, representando el personaje de envenenadora a sangre fría.

—Fue todo muy pacífico. Yo le observaba. Jadeó un poco y dijo que le faltaba el aire. Abrí la ventana. Entonces dijo que no podía moverse del sillón. En cuestión de segundos estaba muerto.

Se detuvo, sonriendo. Eran las nueve menos cuarto. No tardarían en llegar.

—¿A cuánto ascendía la prima del seguro? —le preguntó Gerald.

—A unas dos mil libras. Hice algunas inversiones y las perdí. Por eso tuve que volver a trabajar en la oficina, pero nunca tuve intención de seguir allí mucho tiempo. Entonces conocí a otro hombre. En la oficina conservé mi nombre de soltera, y él no supo que había estado casada. Este era más joven, bien parecido, y gozaba de buena posición económica. Nos casamos en Sussex. La ceremonia fue sencilla. No quiso asegurar su vida, pero desde luego hizo testamento a mi favor. Le gustaba que yo le preparara el café, igual que a mi primer marido. —Alix sonrió pensativa y añadió con sencillez—: Lo hago muy bien.

Luego continuó.

—Yo tenía varios amigos en el pueblo donde vivíamos y se compadecieron mucho de mí cuando una noche, después de cenar, mi marido falleció repentinamente. No me gustó el médico. No creo que sospechara de mí, pero desde luego le sorprendió mucho la repentina muerte de mi marido. Aún no sé por qué volví a la oficina. Supongo que por costumbre. Mi segundo marido me dejó unas cuatro mil libras. Esta vez no especulé con ellas. Las invertí. Luego…

Pero fue interrumpida. Gerald Martin, con el rostro congestionado y medio ahogado, la señaló con un dedo tembloroso.

—¡El café, Dios mío! ¡El café!

Ella le miró sorprendida.

—Ahora comprendo por qué estaba tan amargo. ¡Eres un demonio! ¡Has hecho otra de tus sucias jugarretas!

Sus manos asieron los brazos del sillón. Parecía dispuesto a saltar sobre ella.

—Me has envenenado.

Alix se había ido alejando hasta la chimenea y aterrorizada se disponía a negarlo, cuando lo pensó mejor. En un segundo se lanzaría sobre ella. Hizo acopio de valor. Lo retó con la mirada, dominante.

—Sí —respondió—. Te he envenenado y el veneno ya empieza a hacer su efecto. Ya no puedes moverte del sillón, no puedes moverte…

Si pudiera mantenerlo allí, por lo menos unos minutos…

¡Ah! ¿Qué era aquello? Pasos en el camino. El chirrido del portillo, más pisadas, y la puerta del recibidor que se abría…

—No puedes moverte —repitió.

Luego pasó corriendo ante él y salió de la sala para ir a refugiarse en los brazos de Dick Windyford.

—¡Dios mío, Alix! —gritó él.

Luego se volvió hacia el hombre que le acompañaba, un policía alto y fornido vestido de uniforme.

—Vaya a ver lo que ha ocurrido en esa habitación.

Acostó cuidadosamente a Alix en el diván y se inclinó sobre ella.

—Mi pequeña —murmuró—. Mi pobre niña. ¿Qué te han hecho?

Alix cerró los ojos y sus labios pronunciaron su nombre.

Dick se volvió cuando el policía le tocó en el brazo.

—En aquella habitación no hay más que un hombre sentado en una butaca. Por la expresión parece como si le hubieran pegado un susto tremendo, y…

—¿Sí?

—Bueno, señor, está muerto.

Se sobresaltaron al oír la voz de Alix diciendo como en sueños, con los ojos cerrados:

—Y al cabo de poco —dijo como si estuviera repitiendo algo—, murió.

8

Accidente

—… Y se lo aseguro, es la misma mujer, ¡sin la menor duda!

El capitán Haydock miró el rostro vehemente y excitado de su amigo y suspiró. Hubiera deseado que Evans no se mostrara tan rotundo y jubiloso. Durante el curso de su carrera, el viejo capitán de marina había aprendido a no preocuparse por las cosas que no le concernían. Su amigo Evans, inspector retirado del C. I. D.[2], tenía una filosofía muy distinta: actuar según la información recibida había sido su lema en sus primeros tiempos, y ahora lo había ampliado hasta buscar él mismo la información. El inspector Evans había sido un policía muy listo y despierto, que había ganado justamente el ascenso. Incluso ahora, ya retirado del cuerpo e instalado en la casita de sus sueños, su instinto profesional seguía en activo.

—No suelo olvidar una cara —reiteró satisfecho—. *Mrs*. Anthony… sí, es *Mrs*. Anthony, sin lugar a dudas. Cuando usted dijo *Mrs*. Merrowdene, la reconocí en el acto.

El capitán Haydock se movió intranquilo. Los Merrowdene eran sus vecinos más próximos, aparte del propio Evans, y el que éste identificara a *Mrs*. Merrowdene con una antigua heroína de una *cause célèbre*, le contrariaba.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo con voz débil.

—Nueve años —replicó Evans con la precisión de siempre—. Nueve años y tres meses. ¿Recuerda el caso?

—Vagamente.

—Anthony resultó ser un consumidor de arsénico —dijo Evans —, y por eso la absolvieron.

—Bueno, ¿por qué no habían de hacerlo?

—Por ninguna razón. Es el único veredicto que podían pronunciar dada la evidencia. Absolutamente correcto.

—Entonces —replicó Haydock—, no veo por qué ha de preocuparse.

—¿Quién se preocupa?

—Yo creía que usted.

—En absoluto.

—El caso está muerto y enterrado —continuó el capitán—. Si *Mrs*. Merrowdene tuvo la desgracia en un momento de su vida de ser juzgada y absuelta por un crimen…

—Por lo general, no se considera una desgracia el ser absuelto —intervino Evans.

—Ya sabe a lo que me refiero —señaló el capitán Haydock irritado—. Si la pobre señora tuvo que pasar esa amarga experiencia, no es asunto nuestro sacarlo a relucir, ¿no le parece?

Evans no respondió.

—Vamos, Evans. La señora era inocente, usted mismo acaba de decirlo.

—Yo no dije que fuera inocente, sino que fue absuelta.

—Es lo mismo.

—No siempre.

El capitán Haydock, que había empezado a golpear con la pipa contra el costado del sillón, se detuvo y se irguió con una expresión de alerta.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo—. ¿Así que ésas tenemos, eh? ¿Usted cree que no era inocente?

—Yo no diría eso. Sólo que… no lo sé. Anthony tenía la costumbre de tomar arsénico, y su esposa se lo compraba. Un día, por error, tomó demasiado. ¿La equivocación fue suya o de su esposa? Nadie pudo decirlo y el jurado, muy sensatamente, le concedió el beneficio de la duda. Eso está muy bien y no veo nada malo en ello, pero de todas formas me gustaría saber…

El capitán Haydock volvió a dedicar toda su atención a la pipa.

—Bien —dijo tranquilo—, no es asunto nuestro.

—No estoy tan seguro.

—Pero, seguramente…

—Escúcheme un momento. Este hombre, Merrowdene, anoche

en su laboratorio, manipulando entre sus tubos de ensayo, ¿recuerda lo que dijo?

—Sí. Mencionó la prueba de Marsh para al arsénico. Dijo que usted debería saberlo muy bien, que era cosa de su ramo, y se rió. No lo hubiera dicho si hubiese pensado por un momento…

Evans le interrumpió.

—Quiere usted decir que no lo hubiera dicho de haberlo sabido. Llevan ya tiempo casados: ¿seis años, me dijo usted? Apuesto lo que quiera a que no tiene la menor idea de que su esposa fue la célebre *Mrs*. Anthony.

—Y desde luego no lo sabrá por mí —afirmó el capitán Haydock.

Evans continuó sin prestarle atención.

—Deje de interrumpirme. Como indica la prueba de Marsh, Merrowdene calentó una sustancia en un tubo de ensayo, el residuo metálico lo disolvió en agua, y luego lo precipitó agregándole nitrato de plata. Esta era la prueba de los cloratos. Un experimento claro y sencillo, pero tuve oportunidad de leer estas palabras en un libro que estaba abierto sobre la mesa. *El* SO_4H_2 *descompone los cloratos con desprendimiento de. Si se calienta, explota violentamente. Por lo tanto la mezcla debe mantenerse fría y ser utilizada sólo en cantidades muy pequeñas.*

O_2C1_4

Haydock miró a su amigo.

—Bueno, ¿y qué?

—Sólo esto. En mi profesión también tenemos pruebas para el crimen. Hay que ir añadiendo los hechos, sopesarlos, separar el residuo de los prejuicios y la imprecisión general de los testigos. Pero hay otra prueba mucho más precisa, ¡pero bastante peligrosa! Un asesino raramente se contenta con un crimen. Si se le da tiempo y nadie sospecha de él, cometerá otro. Usted detiene a un hombre, ¿ha asesinado o no a su esposa? Tal vez el caso no esté demasiado claro. Examine su pasado. Si descubre que ha tenido varias esposas y que todas murieron… digamos de un modo extraño, ¡entonces puede estar bien seguro! No le hablo legalmente, comprenda, sino de la certeza moral. Y una vez se sabe, puede continuar buscando las pruebas.

—¿Y bien?

—Voy al grano. Eso está muy bien cuando existe un pasado que revisar. Pero supongamos que usted detiene a un asesino que acaba de cometer su primer crimen. Entonces esa prueba no dará resultado. Ahora supongamos que el detenido es absuelto y empieza una nueva vida bajo otro nombre. ¿Repetirá o no su crimen?

—Es una idea horrible.

—¿Sigue usted pensando que no es asunto nuestro?

—Sí. No tiene usted motivos para pensar que *Mrs*. Merrowdene sea otra cosa que una mujer inocente.

El ex inspector guardó silencio unos instantes y luego dijo despacio:

—Le dije que buscamos en su pasado y no encontramos nada. Eso no es del todo cierto. Tenía un padrastro y, cuando cumplió los dieciocho años, se enamoró de cierto joven, y el padrastro hizo valer su autoridad para separarlos. Un día, cuando paseaban por una parte peligrosa de los acantilados, hubo un accidente: el padrastro se aproximó demasiado al borde de las rocas, perdió pie, se cayó y se mató.

—No pensará…

—Fue un accidente. ¡Un accidente! La dosis extra de Anthony fue un accidente. No hubiera sido procesada de no haberse sospechado que había otro hombre que, por cierto, desapareció. Al parecer, no quedó satisfecho como lo estuvo el jurado. Le aseguro, Haydock, que, por lo que respecta a esa mujer, tengo miedo de que ocurra ¡otro accidente!

El anciano capitán se encogió de hombros.

—Han pasado nueve años desde ese asunto. ¿Por qué debería haber otro «accidente», como usted dice, ahora?

—Yo no he dicho ahora. He dicho un día u otro. Si aparece el motivo.

El capitán Haydock volvió a encogerse de hombros.

—Bueno, no sé cómo va usted a evitarlo.

—Ni yo tampoco —respondió Evans con pesar.

—Yo de usted dejaría las cosas tal como están —opinó el capitán Haydock—. Nunca se saca ningún beneficio de entrometerse en los asuntos ajenos.

Pero aquel consejo no fue del gusto del inspector, que era un hombre paciente, pero decidido. Se despidió de su amigo, echó a

andar hacia el pueblo, dando vueltas en su mente a las posibilidades de una acción exitosa.

Al entrar en la estafeta de correos para comprar sellos, tropezó con el objeto de sus preocupaciones, George Merrowdene. El ex profesor de química, era un hombre menudo, de aspecto soñador y modales amables y correctos, que por lo general andaba siempre distraído. Reconoció al inspector, lo saludó afectuosamente y se agachó para recoger las cartas que, por efecto del choque, se le habían caído al suelo. Evans se agachó también y, por ser más rápido de movimientos, pudo recogerlas primero y devolverlas a su propietario con unas palabras de disculpa.

Al hacerlo, les echó un vistazo, y la dirección de la primera del montón volvió a despertar súbitamente sus sospechas. Iba dirigida a una conocida compañía de seguros.

Al instante, tomó una decisión. Y el distraído George Merrowdene se encontró sin darse cuenta caminando por el pueblo en compañía del ex inspector. Tampoco hubiera podido decir cómo surgió en su conversación el tema de los seguros de vida.

Evans no tuvo dificultad en lograr su objetivo. Merrowdene, por su propia voluntad, le comunicó que acababa de contratar un seguro de vida y que la beneficiaría era su esposa, y quiso saber lo que Evans opinaba de la compañía en cuestión.

—He hecho algunas inversiones poco acertadas —le explicó—. Y como resultado, mis rentas han disminuido. Si me ocurriera algo, mi esposa quedaría en mala situación. Con este seguro queda todo arreglado.

—¿Ella no se opuso? —preguntó Evans con un tono despreocupado—. Algunas esposas no suelen querer. Dicen que trae mala suerte.

—¡Oh, Margaret es muy práctica! —respondió Merrowdene sonriendo—. Y nada supersticiosa. En realidad, me parece que la idea fue suya. No le gusta verme preocupado.

Evans tenía ya la información que deseaba. Poco después se despidió del otro, y siguió su camino con una expresión severa. El difunto *Mr*. Anthony también había asegurado su vida en favor de su mujer pocas semanas antes de su muerte.

Acostumbrado a confiar en su instinto, tenía plena certeza en su interior, pero saber cómo actuar era cosa muy distinta. Él no quería

detener al criminal con las manos en la masa, sino impedir que se cometiera otro crimen, y eso era mucho más difícil.

Todo el día permaneció pensativo. Aquella tarde se celebraba una feria al aire libre en la finca del cacique local y Evans asistió a ella, entreteniéndose en el juego de la pesca, adivinando el peso de un cerdo y tirando a los cocos con la misma mirada abstraída. Incluso invirtió media corona en una consulta con Zara, la adivina y su bola de cristal, sonriendo un poco para sus adentros. Al recordar sus propias actividades contra los adivinos en sus tiempos de inspector.

No prestó gran atención al discurso de la voz cantarína y misteriosa, hasta que el final de una frase atrajo su atención.

—… Y pronto, muy pronto, por cierto, se verá complicado en un asunto de vida o muerte, de vida o muerte para otra persona.

—¿Cómo? ¿Qué dice? —preguntó con brusquedad.

—Una decisión, tiene usted que tomar una decisión. Tiene que andar con cuidado, con mucho… mucho cuidado. Si cometiera un error, el más pequeño error…

—¿Sí?

La adivina se estremeció. El inspector Evans sabía que todo aquello eran tonterías, pero no obstante estaba impresionado.

—Le prevengo, no debe cometer ni el más pequeño error. Si lo hace veo con toda claridad el resultado: una muerte.

¡Qué extraño! Una muerte. ¡Qué curioso que se le hubiera ocurrido decir eso!

—Si cometo un error, el resultado será una muerte, ¿es eso?

—Sí.

—En ese caso —dijo Evans, que se puso de pie al tiempo que le daba la media corona—, no debo cometer errores, ¿no es así?

Lo dijo en tono intrascendente, pero al salir de la tienda tenía las mandíbulas apretadas. Era fácil decirlo, pero no tanto como el estar seguro de no cometerlos. No podía equivocarse. Una vida, una valiosa vida humana, dependía de ello.

Y nadie podía ayudarlo. Miró a lo lejos la figura de su amigo Haydock. «Deje las cosas como están», le diría, y eso es lo que, a la sazón, no podía hacer.

Haydock hablaba con una mujer que, después de despedirse, caminó hacia donde estaba Evans y el inspector la reconoció. Era

Mrs. Merrowdene, y el inspector, siguiendo sus impulsos, se cruzó en su camino con toda intención.

Mrs. Merrowdene era una mujer bastante atractiva. Tenía una frente ancha y unos serenos ojos castaños muy bonitos, así como una expresión plácida. Su aspecto era el de una *madonna* italiana que acentuaba peinándose con raya en medio y ondas sobre las orejas. Su voz era profunda y somnolienta.

Al ver a Evans, le dedicó una sonrisa de bienvenida.

—Me pareció que era usted, *Mrs*. Anthony; quiero decir, *Mrs*. Merrowdene —dijo en tono ligero.

Había cometido el desliz a conciencia, vigilándola de forma disimulada. Vio que abría un poco más los ojos y se le aceleraba la respiración, pero su mirada no sólo no flaqueó sino que se la devolvió con firmeza y orgullo.

—Estoy buscando a mi marido —dijo tranquila—. ¿Le ha visto por aquí?

—La última vez que lo vi, iba en esa dirección.

Echaron a andar en la dirección indicada, charlando animadamente. El inspector sentía aumentar su admiración. ¡Qué mujer! ¡Qué dominio de sí misma! ¡Qué maravilla de pose! Una mujer notable, y muy peligrosa. Sí, estaba seguro de que era peligrosa.

Aún se sentía intranquilo, aunque estaba satisfecho de su paso inicial. Avisada de que la había reconocido, no era de esperar que se atreviera a intentar nada. Quedaba la cuestión de Merrowdene. Si pudiera avisarle…

Encontraron al hombre abstraído en la contemplación de una muñeca de porcelana que había sido su premio en el juego de la pesca.

Su esposa le sugirió que volvieran a casa, y él se avino en seguida. *Mrs*. Merrowdene se volvió hacia el inspector.

—¿No quiere acompañarnos y tomar una taza de té, *Mr*. Evans?

¿Había un ligero tono de reto en su voz? A él, por lo menos, se lo pareció.

—Gracias, *Mrs*. Merrowdene. La acepto con muchísimo gusto.

Y fueron caminando juntos mientras comentaban temas cotidianos. Brillaba el sol, soplaba una ligera brisa y todo parecía agradable y sonriente.

La doncella había ido a la fiesta, le explicó *Mrs*. Merrowdene cuando llegaron a la encantadora casita. Fue a su habitación a quitarse el sombrero y, al regresar, se dispuso a preparar el té, calentando el agua sobre un infiernillo de plata. De un estante cerca de la chimenea cogió tres pequeños boles con los platos correspondientes.

—Tenemos un té chino muy especial —explicó—. Y siempre lo tomamos al estilo chino, en boles en lugar de tazas.

Se interrumpió, miró el interior de uno de los boles y lo cambió por otro con una exclamación de disgusto.

—George, eres terrible. Ya has vuelto a coger un bol de éstos.

—Lo siento, querida —dijo el profesor disculpándose—. Tienen la medida exacta. Los que encargué aún no me los han enviado.

—Cualquier día nos envenenarás a todos —comentó su esposa sonriendo—. Mary los encuentra en el laboratorio y los trae aquí sin molestarse en lavarlos, a menos que tengan algo muy visible en su interior. Vaya, el otro día pusiste en uno cianuro potásico y la verdad, George, eso es peligrosísimo.

Merrowdene pareció ligeramente irritado.

—Mary no tiene por qué coger las cosas de mi laboratorio, ni tocar nada de ahí.

—Pero a menudo dejamos allí las tazas después de tomar el té. ¿Cómo va ella a saberlo? Sé razonable, querido.

El profesor se marchó a su laboratorio murmurando entre dientes y *Mrs*. Merrowdene, con una sonrisa, echó el agua hirviendo sobre el té y apagó de un soplido la llama del infiernillo de plata.

Evans estaba intrigado, pero al fin creyó ver un rayo de luz. Por alguna razón desconocida, *Mrs*. Merrowdene estaba mostrando sus cartas. ¿Es que aquello iba a ser el «accidente»? ¿Decía todo aquello con el propósito de preparar su coartada de antemano y de manera que, cuando algún día ocurriera el «accidente», él se viera obligado a declarar a su favor? Qué tonta era, porque antes de todo eso…

De pronto contuvo el aliento. *Mrs*. Merrowdene había servido el té en los tres boles. Uno lo colocó delante de él, otro ante ella y el tercero en una mesita que había cerca de la chimenea, junto a la butaca favorita de su marido, y fue al colocar esta última cuando sus labios se curvaron en una sonrisa especial. Fue aquella sonrisa la que le convenció.

¡Ahora lo sabía!

Una mujer notable, y peligrosa. Que actuaría sin demora ni preparación. Esta tarde, aquella misma tarde, con él como testigo. Su osadía le cortó la respiración.

Era inteligente, endiabladamente inteligente. No podría probar nada. Ella contaba con que él no sospecharía por la sencilla razón de ser «demasiado pronto». ¡Qué mujer de tan sorprendente velocidad de pensamiento y de acción!

Tomó aliento antes de inclinarse ligeramente hacia delante.

—*Mrs*. Merrowdene, soy hombre de raros caprichos. ¿Me perdonará usted uno?

Ella le miró intrigada, pero sin recelo.

Evans se levantó, cogió el bol de la mujer, se acercó a la mesita y sustituyó el que había por el que trajo. Después trajo éste y lo dejó delante de ella.

—Quiero que usted beba éste.

Sus ojos se encontraron con los suyos, firmes, indomables, mientras el color desaparecía paulatinamente de su rostro. Ella alargó la mano y cogió la taza. Evans contuvo el aliento. ¿Y si hubiera cometido un error?

Ella se la llevó a los labios, pero en el último momento, con un escalofrío, se apresuró a verter el contenido del bol en una maceta de helechos. Luego le miró retadora.

Él exhaló un profundo suspiro y volvió a sentarse.

—¿Y bien? —dijo ella.

Su tono había cambiado. Ahora era ligeramente burlón… y desafiante.

Evans le contestó tranquilo:

—Es usted una mujer muy inteligente, *Mrs*. Merrowdene. Creo que me comprende. No debe repetirse. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sé a qué se refiere. —Su voz carecía de expresión.

Evans asintió satisfecho. Era una mujer inteligente y no quería verse ahorcada.

—A su salud y a la de su marido —brindó, llevándose el té a los labios.

Entonces su rostro cambió. Se contorsionó horriblemente, intentó levantarse, gritar. Su cuerpo se agarrotaba con el rostro abotagado. Se desplomó de espaldas en el sillón, presa de

convulsiones.

Mrs. Merrowdene se inclinó hacia delante sin dejar de mirarlo. Una leve sonrisa asomó en su rostro. Con voz muy suave y amable le dijo:

—Cometió usted un error, *Mr*. Evans. Creyó que yo quería matar a George. ¡Qué tonto fue usted, qué tonto!

Permaneció unos minutos contemplando al muerto, al tercer hombre que había amenazado con interponerse en su camino y separarla del hombre que amaba.

Su sonrisa se acentuó. Parecía más que nunca una *madonna*. Entonces levantó la voz y llamó:

—¡George… George! ¡Oh! Ven en seguida. Me temo que ha ocurrido un lamentable accidente. Pobre *Mr*. Evans…

9

El segundo «gong»

Janet Ashby salió de su dormitorio y se detuvo en el rellano. Iba a entrar de nuevo en su habitación, cuando oyó sonar el batintín.

Inmediatamente echó a correr. Tanta era su prisa que, en el rellano de la escalera, tropezó con un joven que venía por el pasillo en dirección contraria.

—¡Hola, Janet! ¿A qué viene tanta prisa?

—Lo siento, Harry. No te había visto.

—Eso parece —replicó Harry Dalehouse en tono seco—. Pero, como te decía, ¿a qué viene tanta prisa?

—Ha sonado el gong.

—Lo sé, pero es sólo el primero.

—No, el segundo.

—El primero.

—El segundo.

Mientras discutían, habían bajado la escalera y ahora se encontraban en el recibidor, donde el mayordomo, tras dejar la maza del batintín, se aproximó a ellos con paso solemne y majestuoso.

—Es el segundo —insistió Janet—. Lo sé. Bueno, en primer lugar mira la hora que es.

Harry Dalehouse miró el gran reloj de péndulo.

—Son las ocho y doce minutos —observó—. Janet, creo que tienes razón, pero yo no oí la primera llamada. Digby —le preguntó al mayordomo—, ¿es la primera llamada o la segunda?

—La primera, señor.

—¿A las ocho y doce minutos? Digby, alguien recibirá una

reprimenda por esto.

Una ligera sonrisa apareció en el rostro del mayordomo.

—Esta noche la cena se servirá diez minutos más tarde. Son órdenes de su tío, señor.

—¡Increíble! —exclamó Harry—. ¡Vaya, vaya! ¡Los tiempos adelantan que es una barbaridad! ¡No cesan de ocurrir maravillas! ¿Qué le ocurre a mi respetable tío?

—El tren de las siete lleva media hora de retraso, y como…

El mayordomo se interrumpió al oír un ruido semejante al chasquido de un látigo.

—¿Qué diablos…? —dijo Harry—. Ha sonado como un disparo.

—Debe de haber sido alguna falsa explosión de un automóvil, señor —replicó el mayordomo—. La carretera pasa muy cerca de la casa por ese lado y las ventanas de la escalera están abiertas.

—Quizá —comentó Janet—. Pero eso hubiera sonado por allá. —Indicó la derecha—. Y yo creo que el ruido vino de aquí. —Señaló la izquierda.

Apareció Geoffrey Keene, un hombre de tez morena, que se sumó a la discusión meneando la cabeza.

—No lo creo. Yo estaba en el salón y salí creyendo que el ruido venía de esa dirección. —Con un gesto indicó el lugar donde estaba el batimán y la puerta principal.

—Este, oeste y sur, ¿eh? —dijo el incorregible Harry—. Bien, yo lo completaré. Escojo el norte. Yo creo que sonó a nuestras espaldas. ¿Se les ocurre alguna explicación?

—Bueno, siempre cabe la posibilidad de un crimen —opinó Keene sonriendo—. Perdóneme, *miss* Ashby.

—No ha sido nada. Sólo un escalofrío —dijo Janet.

—Buena ocurrencia, un crimen —continuó Harry—. ¡Pero cielos! Sin gemidos, sin sangre. Me temo que la solución es un cazador furtivo persiguiendo un conejo.

—Tal vez parezca una tontería, pero supongo que eso ha debido ser —convino el otro—. Claro que ha sonado tan cerca… No obstante, entremos en el salón.

—Gracias a Dios no llegamos tarde —exclamó Janet con calor—. Bajé corriendo la escalera creyendo que era la segunda llamada.

Y, riendo, entraron todos en el salón.

Lytcham Close era una de las casas antiguas más famosas de

Inglaterra. Hubert Lytcham Roche, su propietario, era el último descendiente de una antigua familia, y sus parientes más lejanos solían comentar: «El viejo Hubert, la verdad es que deberían encerrarlo. El pobre está más loco que una cabra».

Aparte de la exageración natural de amigos y parientes, había algo de verdad. Hubert Lytcham Roche era ciertamente un excéntrico. Músico famoso, tenía un carácter indomable y un sentido casi anormal de su propia importancia. Las personas que eran invitadas a su casa debían respetar sus costumbres o, de otro modo, no volvían a ser invitadas.

Una de sus manías era la música. Si tocaba para sus huéspedes, como solía hacer algunas noches, debían guardar absoluto silencio. Un comentario en voz baja, el frufrú de un vestido o tan sólo un leve movimiento, bastaban para que les mirara iracundo, y los invitados ya podían despedirse de serlo de nuevo.

Otra manía era la absoluta puntualidad para la comida más importante del día. El desayuno era algo intrascendente, se podía bajar a desayunar al mediodía si se quería. El almuerzo lo mismo, un ágape sencillo consistente en carne fría y frutas en conserva. Pero la cena era un rito, un festín preparado por un *chef cordon bleu* que había arrebatado de la cocina de un gran hotel tentándole con un sueldo fabuloso.

El primer gong sonaba a las ocho y cinco minutos de la noche. Y a las ocho y cuarto el segundo. Instantes después se abría la puerta, se anunciaba la cena y los huéspedes se dirigían al comedor en solemne procesión. Todo el que tuviera la temeridad de llegar después de la segunda llamada, quedaba expulsado a partir de aquel momento, y Lytcham Close cerraba sus puertas para siempre al desdichado huésped.

De ahí la ansiedad de Janet Ashby y también el asombro de Harry Dalehouse al oír que el rito sagrado iba a ser retrasado diez minutos aquella noche. Aunque no se podía decir que fuera un íntimo de su tío, visitaba Lytcham Close lo bastante a menudo como para saber que aquello era algo inusitado.

—Es la primera vez en muchas semanas —comentó Harry— que no está aquí el primero mirando su reloj y paseando como un tigre enjaulado que espera la hora de la comida. Esta vez le he ganado.

Geoffrey Keene, secretario de Lytcham Roche, estaba también

muy sorprendido.

—Es extraordinario —comentó—. No creo que tenga precedentes. ¿Está seguro?

—Digby lo dijo.

—Dijo algo de un tren —continuó Janet Ashby—. Por lo menos, eso creí oír.

—Supongo que ya lo sabremos a su debido tiempo, pero es muy extraño —comentó Keene pensativo.

Los dos hombres guardaron silencio unos instantes mientras contemplaban a la joven.

Janet Ashby era una criatura encantadora, de ojos azules, cabellos rubios como el oro y mirada traviesa. Aquélla era su primera visita a Lytcham Close, invitada por Harry.

La puerta se abrió y Diana Cleves, la hija adoptiva de Lytcham Roche, entró en la habitación.

Diana poseía una gracia y un embrujo especiales gracias a sus ojos negros y a su lengua mordaz. Casi todos los hombres se enamoraban de ella y ella disfrutaba con ese privilegio. Una extraña criatura. Parecía emanar calor y, al mismo tiempo, mostrarse completamente fría.

Harry y Geoffrey se adelantaron a su encuentro y ella les sonrió alentadora. Luego posó su mirada especialmente en Harry. Pese a su tez morena, Geoffrey enrojeció y se retiró unos pasos.

Sin embargo, Geoffrey se recobró unos instantes después cuando entró la esposa de Lytcham Roche. Era alta, morena, de ademanes vagos, y parecía flotar envuelta en los suaves pliegues de un vestido verde claro. La acompañaba Gregor Barling, un hombre de mediana edad, de nariz afilada y mandíbula enérgica. Era una figura prominente en el mundo de las finanzas, de muy buena familia por parte de padre. Durante varios años había sido el amigo íntimo de Hubert Lytcham Roche.

¡Gong!

La llamada resonó en la casa y, cuando su eco se extinguía, se abrió la puerta de par en par y Digby anunció:

—La cena está servida.

Luego, aun siendo un criado tan correcto, no pudo disimular una mirada de asombro. ¡Por primera vez en mucho tiempo su amo no estaba en aquella habitación!

Evidentemente, su asombro era compartido por todos. *Mrs*. Lytcham lanzó una risita forzada.

—Es muy extraño. Y la verdad, no sé qué hacer.

Todos estaban sorprendidos. La austera tradición de Lytcham Close había sido interrumpida. ¿Qué ocurría? Cesaron las conversaciones y se hizo un silencio expectante.

Al fin la puerta se abrió una vez más: todos contuvieron un suspiro de alivio pensando cómo se resolvería la situación. No debía decirse nada que pusiera de relieve que el propio anfitrión había quebrantado las rígidas costumbres de la casa.

Pero el recién llegado no era Lytcham Roche. En vez de una figura corpulenta, barbuda y con aire de vikingo, avanzó por el largo salón un hombre menudo, de aspecto extranjero, con la cabeza como un huevo y unos bigotes exagerados, que vestía un esmoquin impecable.

Con los ojos brillantes, el recién llegado se dirigió hacia donde estaba *Mrs*. Lytcham Roche rodeada de los demás.

—Mil perdones, *madame* —le dijo—. Lamento haber llegado con retraso.

—¡Oh, nada de eso! —murmuró *Mrs*. Lytcham Roche—. Nada de eso, *monsieur*… —Se detuvo.

—Poirot, *madame*, Hercule Poirot.

Oyó un ligero «¡Oh!» a sus espaldas que había escapado de labios de una mujer. Había sido más una exclamación contenida que el principio de una frase. ¿Debería sentirse halagado?

—¿Sabía que iba a venir? —murmuró en tono amable—. *N'est ce pas, madame*? Su marido se lo diría.

—Oh, oh, sí —dijo *Mrs*. Lytcham Roche en tono poco convincente—. Quiero decir que supongo que sí. Soy tan distraída, *monsieur* Poirot. Nunca recuerdo nada, pero, por fortuna, Digby cuida de todo.

—Mi tren ha llegado con retraso —añadió Poirot—. Hubo un accidente en la línea antes de que pasáramos nosotros.

—¡Oh! —exclamó Diana—. Por eso se ha retrasado la cena.

Poirot volvió rápidamente la mirada hacia ella y la observó sin disimulos.

—Eso se sale de lo corriente, ¿verdad?

—En realidad no puedo imaginar… —empezó a decir *Mrs*.

Lytcham Roche y luego se detuvo—. Quiero decir —continuó aturdida— que es tan extraño. Hubert nunca…

Poirot miró uno a uno a todos los miembros del grupo.

—¿*Mr*. Lytcham Roche no ha bajado todavía?

—No, es algo que nunca ha pasado, es inexplicable. —La mujer miró suplicante a Geoffrey Keene.

—*Mr*. Lytcham Roche es la puntualidad personificada —afirmó Keene—. No ha bajado tarde a cenar desde… bueno, no creo que se haya retrasado nunca.

Para un extraño, la situación hubiera sido ridícula: aquellos rostros preocupados y la consternación general.

—Ya sé —dijo *Mrs*. Lytcham con el aire de quien trata de resolver un problema—. Llamaré a Digby.

Y unió la acción a las palabras.

El mayordomo acudió sin tardanza.

—Digby —dijo *Mrs*. Lytcham—, ¿el señor está…?

Y como tenía por costumbre dejó la frase sin terminar, pero era evidente que el mayordomo esperaba que lo hiciera y replicó en seguida:

—El señor bajó a las ocho menos cinco y entró en el despacho, señora.

—¡Oh! —hizo una pausa—. ¿Usted cree que no ha oído el batintín?

—Yo creo que sí, el batintín está precisamente junto a la puerta del despacho, como la señora bien sabe.

—Sí, sí, claro —respondió *Mrs*. Lytcham Roche más abstraída que nunca.

—¿Quiere que vaya a avisarle de que la cena está servida, señora?

—Oh, gracias, Digby. Sí, creo que… Sí, sí, vaya usted.

—¡No sé qué haría sin Digby! —exclamó *Mrs*. Lytcham Roche dirigiéndose a sus invitados cuando el mayordomo se hubo marchado.

Se hizo un silencio.

Al fin regresó Digby respirando afanosamente.

—Perdóneme, señora, la puerta del despacho está cerrada.

Y fue entonces cuando Hercule Poirot tomó el mando de la situación.

—Creo que lo mejor es que vayamos al despacho —anunció.

Abrió la marcha y todos le siguieron; parecía algo natural que fuera él quien asumiera la autoridad. Ya no era un huésped de aspecto ridículo, sino una personalidad y el dueño absoluto de la situación.

Salió al recibidor, pasó por delante de la escalera, del reloj de péndulo y se dirigió al rincón donde estaba el batintín. Exactamente enfrente se hallaba la puerta del despacho.

Golpeó con los nudillos, primero suavemente y luego con creciente violencia, sin obtener respuesta. Con toda tranquilidad, se puso de rodillas para mirar por la cerradura. Luego se levantó, mirando en derredor suyo.

—*Messieurs* —dijo—, ¡hemos de echar abajo esta puerta inmediatamente!

Y como antes, nadie discutió su autoridad. Geoffrey Keene y Gregor Barling eran los dos más robustos y se dispusieron a atacar la puerta bajo la dirección de Poirot. No fue cosa fácil. Las puertas de Lytcham Close eran muy sólidas, y no como las modernas. Resistió el ataque con gallardía, pero al fin sucumbió bajo el empuje de los dos hombres y se abrió.

El grupo vaciló ante la puerta, enfrentados a lo que inconscientemente habían temido ver. Frente a ellos estaba la ventana y, a la izquierda, entre ésta y la puerta, había una mesa escritorio. Sentado, no detrás de la mesa, sino junto a uno de sus lados, se hallaba un hombre corpulento desplomado, pero su postura lo decía todo. Su mano derecha colgaba inerte y, justo debajo, en el suelo, había un pequeño revólver.

Poirot habló a Gregor Barling en tono de mando.

—Llévese a *Mrs*. Lytcham Roche y a las otras dos señoritas.

Barling asintió comprensivamente y puso una mano sobre el hombro de su anfitriona. Ella se estremeció.

—Se ha suicidado —murmuró—. ¡Es horrible! —Y con un nuevo estremecimiento dejó que se la llevaran de allí. Las dos jóvenes la siguieron.

Poirot entró en la habitación y los dos hombres le siguieron.

Se arrodilló junto al cadáver, después de pedirles que no se acercaran. La bala que había entrado por el lado derecho de la cabeza y salido por el otro, seguramente había ido a dar contra el

espejo que había en la pared izquierda, puesto que estaba roto. Sobre la mesa escritorio y en una hoja de papel estaba escrito: «Lo lamento», con letra insegura y temblorosa.

Los ojos de Poirot miraron de nuevo la puerta.

—La llave no está en la cerradura —dijo—. Me pregunto…

Introdujo la mano en el bolsillo del muerto.

—Aquí está —anunció—. Por lo menos, eso creo. ¿Quiere tener la bondad de comprobarlo, *monsieur*?

Geoffrey Keene cogió la llave y la metió en la cerradura.

—Sí, encaja.

—¿Y la ventana?

Harry Dalehouse fue hasta ella.

—Cerrada.

—¿Me permite? —Poirot se puso de pie con gran agilidad para reunirse con Harry junto a la ventana. Era una puerta ventana que el detective examinó antes de abrirla para revisar la hierba del exterior. Luego volvió a cerrarla.

—Amigos míos —les dijo—, debemos telefonear a la policía y, hasta que vengan y queden convencidos de que esto ha sido un suicidio, no hay que tocar nada. Sólo debe llevar muerto un cuarto de hora.

—Lo sé —dijo Harry con voz ronca—. Oímos el disparo.

—*Comment*? ¿Qué es lo que ha dicho?

Harry se lo explicó, ayudado por Geoffrey Keene y, cuando ya acababa el relato, reapareció Barling.

Poirot repitió lo que había dicho antes y, mientras Keene iba a telefonear, le rogó a Barling que le concediera unos minutos.

Dejaron a Digby de guardia ante la puerta del despacho y pasaron a una pequeña galería mientras Harry iba en busca de las señoras.

—Usted era, según tengo entendido, amigo íntimo de *Mr*. Lytcham Roche —comenzó Poirot—. Y por esta razón me dirijo a usted antes que a nadie. Según la etiqueta, tal vez hubiera debido hablar primero con *madame*, pero de momento no lo considero *practique*. —Hizo una pausa—. Me hallo en una situación difícil y voy a exponerle los hechos con toda sencillez. Yo soy un detective privado.

El financiero sonrió.

—No hace falta que me lo diga, *monsieur* Poirot. Su nombre es bien conocido.

—*Monsieur* es muy amable —replicó Poirot inclinándose—. Entonces, sigamos adelante. En mi dirección de Londres recibí una carta de *Mr*. Lytcham Roche diciéndome que tenía razones para creer que le habían estafado grandes cantidades de dinero y que, por razones familiares, no deseaba dar parte a la policía, pero sí que yo viniera a aclarar el asunto. Pues bien, me avine a ello y me dispuse a venir aunque no tan pronto como deseaba *Mr*. Lytcham Roche, porque, al fin y al cabo, yo tengo otros asuntos que atender, y *Mr*. Lytcham Roche no era el rey de Inglaterra, si bien parecía creerlo así.

Barling sonrió secamente.

—Desde luego se creía un rey.

—Exacto. Oh, ¿comprende? Su carta demuestra plenamente que era lo que se llama un excéntrico. No es que estuviera desequilibrado, *n'est ce pas*?

—Lo que acaba de hacer lo demuestra.

—Oh, *monsieur*, pero el suicidio no es siempre obra de un desequilibrado. El jurado puede decirlo para no herir los sentimientos de los familiares.

—Hubert no era un individuo normal —afirmó Barling con decisión—. Le daban ataques de ira, era maniático en lo que se refiere al orgullo de familia, aparte de sus muchas otras manías, pero a pesar de todo era un hombre astuto.

—Precisamente. Era lo bastante astuto para darse cuenta de que le estaban robando.

—¿Y acaso un hombre se suicida porque le roben? —preguntó Barling.

—Es ridículo, *monsieur*. Y eso me recuerda la necesidad de apresurarnos y aclarar este asunto. Por razones familiares, ésa es la frase que empleó en su carta. *Eh bien*, *monsieur*, usted es un hombre de mundo y sabe que precisamente por eso, por cuestiones de familia, se suicidan los hombres.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que parece como si *ce pauvre monsieur* hubiera descubierto algo y hubiese sido incapaz de enfrentarse a la verdad. Comprenda, yo tengo un deber que cumplir. He sido contratado para aclarar este

asunto y me comprometí a ello. El difunto no quería que se avisara a la policía por «cuestiones familiares», de modo que debo actuar con mucha rapidez y descubrir la verdad.

—¿Y cuando la haya descubierto?

—Entonces deberé hacer uso de mi discreción.

—Ya —dijo Barling, que fumó en silencio unos instantes antes de añadir: De todas maneras, temo no poder ayudarle. Hubert nunca me confiaba nada, y nada sé.

—Pero sí podrá decirme quiénes tuvieron la oportunidad de robar a este pobre caballero.

—Es difícil de decir. Claro que está el apoderado de la finca, un empleado nuevo.

—¿El apoderado?

—Sí, Marshall. El capitán Marshall. Un muchacho muy simpático que perdió un brazo en la guerra. Vino aquí hará cosa de un año, pero Hubert le apreciaba, me consta, y además confiaba en él.

—Si fuera el capitán Marshall quien le hubiera estafado, no habría razones de familia para guardar silencio.

—No… —Su vacilación no escapó a la perspicacia de Poirot—. Tal vez sean habladurías.

—Le suplico que hable.

—Muy bien, lo haré. ¿Se fijó usted en una joven muy atractiva que estaba en el salón?

—Me fijé en dos jóvenes muy bonitas.

—Oh, sí, *miss* Ashby. Es muy guapa. Es la primera vez que viene a esta casa. Harry Dalehouse le pidió a *Mrs*. Lytcham Roche que la invitara, pero yo me refiero a la morena, a *miss* Diana Cleves.

—Ya me fijé —dijo Poirot—. Es de esas mujeres que ningún hombre deja de fijarse en ella.

—Es un diablillo —exclamó Barling—. Ha coqueteado con todos los hombres en veinte millas a la redonda. Alguien la asesinará cualquier día.

Se secó la frente con el pañuelo, consciente del interés con que le miraba el detective.

—Y esta joven es…

—Es la hija adoptiva de Lytcham Roche. Tuvieron una gran desilusión al verse sin hijos y adoptaron a Diana Cleves, que era

algo así como una prima. Hubert la quería mucho, puede decirse que la idolatraba.

—¿Y sin duda le disgustaba la idea de que se casara? —sugirió Poirot.

—Sí, si el elegido no era la persona apropiada.

—¿Y la persona apropiada era usted, *monsieur*?

Barling enrojeció sobresaltado.

—Yo nunca dije…

—*Mais non, mais non*! Usted no dijo nada. Pero es así, ¿no es cierto?

—Sí, me enamoré de ella, y Lytcham Roche estaba satisfecho; encajaba en los planes que había formado para ella.

—¿Y qué opinaba *mademoiselle*?

—Ya le digo que es la encarnación del mismo diablo.

—Comprendo. Tenía sus propias ideas para divertirse, ¿no es eso? Pero ¿dónde interviene el capitán Marshall?

—Ha estado saliendo mucho con él, y la gente empieza a hablar. No es que yo crea que haya nada, sólo otra conquista más.

Poirot asintió.

—Pero suponiendo que sí hubiera algo… bien, entonces pudiera ser la explicación de por qué *Mr*. Lytcham Roche buscaba la máxima discreción.

—¿No comprende que no hay razón humana para sospechar de Marshall?

—*Oh, parfaitement, parfaitement*! Tal vez se trate sólo de un cheque falsificado por alguno de los que habitan en la casa. Y ese joven Dalehouse, ¿quién es?

—Un sobrino.

—¿Le heredará?

—Es hijo de una hermana. Claro que conservará el nombre, no queda ningún otro Lytcham Roche.

—Ya.

—La finca no consta en la herencia, aunque siempre ha pasado de padre a hijos. Siempre imaginé que se la dejaría a su esposa mientras ella viviera, y luego tal vez a Diana si aprobaba su matrimonio. Comprenda, su marido debería llevar el nombre de Lytcham Roche.

—Comprendo —respondió Poirot—. Ha sido usted muy amable

y me ha ayudado mucho, *monsieur*. ¿Puedo pedirle otra cosa más? Que explique a *madame* Lytcham Roche todo lo que yo le he dicho, y le suplique respetuosamente que me conceda unos minutos.

Antes de que lo creyera posible se abrió la puerta y *Mrs*. Lytcham Roche, caminando como sobre una nube, fue a sentarse en una silla.

—*Mr*. Barling me lo ha explicado todo —dijo—. Claro que hay que evitar el escándalo. Aunque tengo la sensación de que en realidad es cosa de mala suerte, ¿no le parece? Me refiero a lo del espejo y todo lo demás.

—*Comment*? ¿El espejo?

—En cuanto lo vi me pareció un símbolo, una maldición, ¿sabe? Creo que las familias antiguas a menudo tienen una maldición. Hubert fue siempre tan extraño, y últimamente estaba más extraño que nunca.

—Me perdonará usted la pregunta, *madame*, pero ¿no estarían necesitados de dinero?

—¿Dinero? Yo nunca pienso en el dinero.

—¿Sabe usted lo que dicen, *madame*? «Los que nunca piensan en el dinero, lo necesitan en grandes cantidades».

Y se permitió una ligera risita. Ella no respondió y se quedó con la mirada perdida.

—Gracias, *madame* —dijo. La entrevista tocó a su fin.

Poirot hizo sonar el timbre y Digby acudió en seguida.

—Quisiera que me contestara a unas preguntas —le dijo—. Soy un detective privado a quien su amo mandó llamar antes de morir.

—¡Un detective! —exclamó el mayordomo.

—¿Quiere contestar a mis preguntas, por favor? Cuénteme lo referente al disparo.

Escuchó el relato del mayordomo.

—De modo que cuatro personas estaban en el recibidor.

—Sí, señor. *Mr*. Dalehouse, *miss* Ashby y *Mr*. Keene, que salió del salón.

—¿Dónde estaban los demás?

—¿Los demás, señor?

—Sí, *Mrs*. Lytcham Roche, *miss* Cleves y *Mr*. Barling.

—*Mrs*. Lytcham Roche y *Mr*. Barling bajaron más tarde, señor.

—¿Y *miss* Cleves?

—Creo que *miss* Cleves también estaba en el salón, señor.

Poirot le hizo algunas preguntas más y luego despidió al mayordomo con el ruego de que pidiera a *miss* Cleves que fuera a verle.

Acudió inmediatamente y el detective la estudió de cerca en vista de las revelaciones de Barling. Estaba muy bonita con aquel vestido de satén blanco y un capullo de rosa en el hombro.

Sin dejar de observarla, le explicó las circunstancias que le habían llevado a Lytcham Close. Pero ella sólo se mostró asombrada, al parecer no fingía, y sin el menor rastro de inquietud. Habló de Marshall con indiferencia y sólo al mencionar a Barling pareció animarse.

—Ese hombre es un pillo —dijo crispada—. Se lo dije al viejo, pero no quiso escucharme y continuó dejando el dinero en sus cochinas manos.

—*Mademoiselle*, ¿siente usted que su padre haya muerto?

Ella le miró extrañada.

—Por supuesto. Soy una mujer moderna, *monsieur* Poirot, y no lloro. Pero quería al viejo, aunque, claro está, haya sido lo mejor para él.

—¿Lo mejor para él?

—Sí. Cualquier día lo hubieran encerrado. Cada vez iba aumentando en él la creencia de que el último Lytcham Roche de Lytcham Close era omnipotente.

Poirot asintió pensativo.

—Yo, ya… sí. Signos inequívocos de enajenación mental. A propósito, ¿me permite que mire su bolso? Es encantador… con todas estas rositas de seda. ¿Qué es lo que estaba diciendo? Oh, sí, ¿oyó usted el disparo?

—¡Oh, sí! Pero creí que sería la falsa explosión de un automóvil, el disparo de un cazador furtivo, o cualquier cosa.

—¿Estaba usted en el salón?

—No. En el jardín.

—Ya. Gracias, *mademoiselle*. Ahora me gustaría ver a *Mr*. Keene, ¿es posible?

—¿Geoffrey? Le diré que venga.

Keene entró alerta e interesado.

—*Mr*. Barling me ha explicado la razón de su presencia en esta

casa. No creo que yo pueda decirle nada, pero si…

Poirot le interrumpió.

—Sólo quiero saber una cosa, *monsieur* Keene. ¿Qué era lo que usted recogió del suelo antes de que echáramos abajo la puerta del despacho?

—Yo… —Keene casi se cayó de la silla, pero al fin se acomodó de nuevo—. No sé a qué se refiere —dijo en tono ligero.

—Oh, yo creo que sí, *monsieur*. Usted estaba detrás de mí, lo sé. Pero un amigo mío dice que yo tengo ojos en el cogote. Usted se agachó para coger algo del suelo y se lo guardó en el bolsillo derecho del esmoquin.

Hubo una pausa. La indecisión se reflejaba en el favorecido rostro de Keene, que al fin tomó una decisión.

—Escoja usted mismo, *monsieur* Poirot —le dijo, inclinándose hacia delante y vaciando su bolsillo. Aparecieron una boquilla, un pañuelo, un pequeño capullo de seda rosa y una cajita dorada para guardar cerillas.

Hubo un breve silencio y luego Keene dijo:

—A decir verdad era esto. —Cogió la caja de cerillas—. Debió caérseme a primera hora de la tarde.

—Creo que no —dijo Poirot.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que digo, *monsieur*; yo soy un hombre pulcro, ordenado y metódico. De haber estado en el suelo esa caja de cerillas la hubiese visto… ¡y de ese tamaño! No, *monsieur*, creo que fue algo más pequeño… como esto, tal vez. —Señaló el pequeño capullo de seda —. ¿Del bolso de *miss* Cleves, quizá?

Se hizo una breve pausa y al fin Keene lo admitió con una carcajada.

—Sí, eso es. Ella… me lo dio anoche.

—Ya —respondió Poirot en el momento en que se abría la puerta y entraba en la habitación un hombre alto y rubio en traje de calle.

—Keene, ¿qué es todo esto? ¿Lytcham Roche se ha suicidado? No puedo creerlo. Es increíble.

—Capitán Marshall, permítame que le presente a *monsieur* Hercule Poirot —dijo Keene. El otro se sobresaltó—. Él se lo explicará todo. —Y salió de la habitación, cerrando la puerta de

golpe.

—*Monsieur* Poirot… —John Marshall era muy vehemente—. Celebro muchísimo conocerle. Es una suerte tenerlo aquí. Lytcham Roche no me dijo que iba usted a venir. Soy uno de sus más fervientes admiradores, señor.

«Un joven desconcertante», pensó Poirot, aunque no tan joven, ya que tenía las sienes grises. Eran la voz y los ademanes los que daban aquella impresión.

—La policía…

—Ya está aquí. Vine con ellos al saber la noticia. No parecieron muy sorprendidos. Claro que el pobre estaba loco de atar, pero incluso así…

—¿Incluso así le cuesta creer que se suicidara?

—Sí, con franqueza. Yo no hubiera imaginado, bueno, que Lytcham Roche considerase que el mundo podría funcionar sin él.

—Según me han comentado, últimamente había tenido dificultades económicas.

Marshall asintió.

—Especuló, siguiendo los absurdos consejos de Barling.

—Voy a serle franco —dijo Poirot con mucha calma—. ¿Hay algún motivo para suponer que *Mr*. Lytcham Roche sospechara que usted le estafaba en sus cuentas?

Marshall miró al detective con un asombro burlón, tan sincero que Poirot se vio obligado a sonreír.

—Ya veo que le ha sorprendido mucho, capitán Marshall.

—Sí, por supuesto. La idea es ridícula.

—¡Ah! Otra pregunta. ¿No sospecharía acaso que se proponía robarle a su hija adoptiva?

—Oh, ¿ya sabe lo nuestro? —Rió algo violento.

—Entonces, ¿es cierto?

Marshall asintió.

—Pero el viejo no sabía nada. Diana no quiso decírselo. Supongo que hizo bien. Hubiera estallado como un barril de pólvora. Me hubiera despedido, y eso hubiera sido todo.

—Y en vez de eso, ¿cuál era su plan?

—Pues le doy mi palabra de que apenas lo sé. Yo lo dejé todo en manos de Diana. Dijo que ella lo arreglaría. A decir verdad, yo estaba buscando un empleo en otra parte y, de encontrarlo, se

hubiese solucionado todo.

—¿Y *mademoiselle* se hubiera casado con usted a pesar de que *Mr*. Lytcham Roche podría retirarle su pensión? Porque, según tengo entendido, *miss* Diana es bastante aficionada al dinero.

Marshall pareció bastante violento.

—Yo hubiera intentado ganarlo para ella, señor.

En aquel momento Geoffrey Keene entró en la habitación.

—Los policías se marchan y quisieran hablar con usted, *monsieur* Poirot.

—*Merci*. Voy en seguida.

En el despacho encontró a un inspector de figura corpulenta y al médico forense.

—¿*Monsieur* Poirot? —le preguntó el policía—. He oído hablar de usted. Soy el inspector Reeves.

—Es usted muy amable —respondió Poirot, que le estrechó la mano—. No necesitará usted de mi cooperación, ¿verdad? —Y lanzó una risita.

—Esta vez no, señor. Todo está claro como el agua.

—Entonces, ¿está todo resuelto? —quiso saber el detective.

—Absolutamente. La puerta y la ventana estaban cerradas, y la llave se encontraba en el bolsillo del muerto, que se comportó de un modo extraño durante los últimos días. No cabe duda alguna.

—¿Todo ha sido natural?

El médico lanzó un gruñido.

—Debía estar sentado en una posición muy extraña para que la bala diera en el espejo. Pero el suicidio también es una cosa extraña.

—¿Encontraron la bala?

—Sí, aquí está. —El médico la exhibió—. Cerca de la pared y debajo del espejo. La pistola era propiedad de *Mr*. Roche. La guardaba siempre en el cajón del escritorio. Algo se esconde detrás de todo esto, pero me atrevo a asegurar que nunca llegaremos a saberlo.

Poirot asintió.

El cadáver había sido trasladado a un dormitorio y la policía se disponía a marcharse. Poirot se quedó junto a la puerta principal viendo cómo se alejaban; un ligero ruido le hizo volverse. Harry Dalehouse estaba detrás de él.

—¿No tendría usted por casualidad una linterna potente, amigo mío? —le preguntó el detective.

—Sí, iré a buscarla.

Cuando volvió con ella, le acompañaba Janet Ashby.

—Pueden ustedes venir conmigo si gustan —les dijo Poirot con toda amabilidad.

Salió por la puerta principal y se dirigió hacia la derecha, hasta detenerse ante el ventanal del despacho, que quedaba separado del camino por un metro y medio de césped. Poirot se inclinó, iluminando la hierba con la linterna y luego, al enderezarse de nuevo, meneó la cabeza.

—No —dijo—, aquí no.

Luego se quedó inmóvil. A cada lado del césped había un parterre florido, y la atención de Poirot estaba fija en el de la derecha, lleno de margaritas y crisantemos. El haz de luz de la linterna iluminaba el lugar donde se veían claramente huellas de pisadas sobre la tierra blanda.

—Cuatro —murmuró Poirot—. Dos en dirección a la ventana y otras dos en sentido contrario.

—Serán del jardinero —sugirió Janet.

—No, *mademoiselle*, no. Fíjese bien. Estos zapatos son pequeños y de tacón alto, zapatos de mujer. *Miss* Diana dijo haber estado en el jardín. ¿Sabe si bajó antes que usted, *mademoiselle*?

Janet meneó la cabeza.

—No recuerdo. Iba tan deprisa, pensando que tocaba ya el segundo gong… Lo que sí creo recordar es que la puerta de su habitación estaba abierta cuando pasé por delante, pero no estoy segura. La de *Mrs*. Lytcham sí estaba cerrada.

—Ya —replicó Poirot.

Y algo en la entonación de su voz hizo que Harry le mirara intrigado. El detective había fruncido el ceño.

En la puerta encontraron a Diana Cleves.

—La policía se ha marchado —les dijo—. Todo ha concluido.

Y lanzó un profundo suspiro.

—¿Me permite unas palabras, *mademoiselle*?

Ella le condujo hasta la galería y, en cuanto Poirot entró, cerró la puerta.

—Usted dirá. —Le miraba un tanto sorprendida.

—Una pequeña pregunta, *mademoiselle*. ¿Estuvo usted esta noche junto al parterre que hay cerca del ventanal del despacho?

—Sí. A eso de las siete, y luego otra vez, poco antes de la cena.

—No comprendo —dijo Poirot.

—No veo que haya nada que «comprender», como usted dice —replicó ella en tono seco—. Estuve cortando margaritas para la mesa. Siempre me ocupo de las flores. Eso fue cerca de las siete.

—¿Y luego, más tarde?

—¡Oh, eso! A decir verdad me manché de cosmético el vestido, aquí, en el hombro, en el momento en que me disponía a bajar y no quise cambiarme. Recordé haber visto una rosa en el parterre y corrí a cortarla para prendérmela y así disimular la mancha. Vea. —Se acercó a él y levantó el capullo para que Poirot viera la diminuta mancha untuosa.

Ella permaneció junto a él con su hombro casi rozando el suyo.

—¿A qué hora fue eso?

—Unos diez minutos después de las ocho, supongo.

—¿No… no trató usted de abrir el ventanal?

—Creo que sí. Sí. Pensé que sería más rápido entrar por allí, pero estaba cerrado.

—Ya. —Poirot exhaló un profundo suspiro—. Y el disparo… ¿dónde estaba usted cuando lo oyó? ¿Todavía junto al parterre?

—Oh, no. Eso fue dos o tres minutos después, antes de que entrara por la puerta lateral.

—¿Sabe usted qué es esto, *mademoiselle*?

En la palma de su mano tenía un capullo de seda.

—Parece uno de los capullitos de mi bolso de noche —respondió la joven con frialdad—. ¿Dónde lo encontró usted?

—Estaba en el bolsillo de *Mr*. Keene —señaló Poirot en tono seco—. ¿Se lo dio usted, *mademoiselle*?

—¿Le dijo él que yo se lo di?

Poirot sonrió.

—¿Cuándo se lo dio usted, señorita?

—Anoche.

—¿Le advirtió él para que dijera eso?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó la joven enfadada.

Poirot no respondió. Salió de la galería y fue hasta el salón. Allí estaban Barling, Keene y el capitán Marshall.

—*Messieurs* —les dijo con brusquedad—, ¿quieren tener la bondad de acompañarme al despacho?

Salió al recibidor y se dirigió muy decidido hasta donde estaban Janet y Harry.

—Ustedes también, se lo ruego. ¿Alguien quiere tener la bondad de pedir a *madame* que venga? Gracias. ¡Ah! Aquí tenemos al bueno de Digby. Digby, una sencilla pregunta, pero sumamente importante. ¿*Miss* Cleves preparó algún jarrón con margaritas justo antes de la cena?

El mayordomo pareció asombrado.

—Sí, señor.

—¿Está seguro?

—Completamente seguro, señor.

—*Très* bien. Ahora, vamos todos al despacho.

Una vez allí se encaró con ellos.

—Les he pedido que vinieran por una razón. La policía ya se ha ido. Ellos dicen que *Mr*. Lytcham Roche se suicidó y, por lo tanto, el caso se da por cerrado. —Hizo una pausa—. Pero yo, Hercule Poirot, digo que no está cerrado.

Mientras todos le miraban asombrados, se abrió la puerta para dar paso a *Mrs*. Lytcham Roche, que entró en la habitación caminando como si flotara en el aire.

—Estaba diciendo que el caso no está cerrado, señora. Es cuestión de psicología. *Mr*. Lytcham Roche tenía la *manie de grandeur*, se creía un rey, y un hombre así no se suicida. No, no. Puede volverse loco, pero nunca matarse. Y *Mr*. Lytcham Roche no se suicidó. —Hizo una pausa—. Fue asesinado.

—¿Asesinado? —Marshall lanzó una risita—. ¿Solo en una habitación y con la puerta y la ventana cerradas?

—De todas maneras, fue asesinado —insistió Poirot.

—Y supongo que después se levantaría para cerrar la puerta o la ventana —dijo Diana.

—Voy a enseñarles algo —dijo Poirot. Se acercó al ventanal y lo abrió con suavidad—. Vean, ahora está abierto. Ahora lo cerraré, pero sin accionar la manija, de manera que al no moverse la barra central, el ventanal queda ajustado, no cerrado.

Y luego dio un golpe seco; la manija resbaló y la barra central se hundió en el agujero.

—¿Lo ven? —dijo Poirot en tono bajo—. Esto sucede cuando el mecanismo está tan flojo como éste.

Y se volvió con el rostro grave.

—Cuando sonó el disparo a las ocho y doce minutos, había cuatro personas en el recibidor. Cuatro personas tienen coartada. Pero ¿dónde estaban las otras tres? ¿Usted, *madame*? En su habitación. Y usted, *monsieur* Barling, ¿estaba también en su habitación?

—Sí.

—Y usted, *mademoiselle*, estaba en el jardín como ha confesado.

—No comprendo… —empezó a decir Diana.

—Espere. —El detective se volvió hacia *Mrs*. Lytcham Roche—. Dígame, *madame*, ¿tiene usted idea de a quién ha dejado el dinero su marido?

—Hubert me leyó su testamento. Dijo que debía saberlo. A mí me dejaba tres mil libras al año, y la casa de verano o la de la ciudad, la que yo prefiriera. Todo lo demás se lo dejaba a Diana con la condición de que, si se casaba, su marido debía llevar su nombre.

—¡Ah!

—Pero lo rectificó hace unas pocas semanas.

—¿Sí, *madame*?

—También se lo deja todo a Diana, pero con la condición de que se casara con *Mr*. Barling. De casarse con cualquier otro, todo habría de pasar a su sobrino Harry Dalehouse.

—Pero el nuevo testamento fue hecho hace sólo unas semanas —comentó Poirot—. Puede que *mademoiselle* no lo supiera. —Se volvió hacia ella con aire acusador—. *Mademoiselle* Diana, ¿quiere usted casarse con el capitán Marshall o con *Mr*. Keene?

Ella atravesó la habitación y puso su brazo en el de Marshall.

—Continúe —le dijo Diana.

—Yo presentaré el caso contra usted, *mademoiselle*. Usted amaba al capitán Marshall, y también el dinero. Su padre adoptivo nunca hubiera consentido su matrimonio con el capitán Marshall, pero de morir, usted estaba casi segura de conseguirlo todo. De manera que salió al jardín y fue hasta el parterre que da al ventanal, llevando consigo la pistola que había cogido del cajón del escritorio. Se acerca a su víctima charlando amigablemente. Dispara y deja la pistola en el suelo, cerca de su mano, después de haberla limpiado e

impreso las huellas de su padre. Vuelve a salir, da un golpe seco para que encaje la barra y luego entra en la casa. ¿Es así como ocurrió? A usted se lo pregunto, *mademoiselle*.

—No —gritó Diana—. ¡No… no!

Él la miró sonriendo.

—No —le dijo—, no fue así. Podía haber sucedido, es posible… verosímil. Pero no pudo ser así por dos razones. La primera es que usted estuvo cortando margaritas a las siete, y la segunda por lo que dijo esta señorita.

Se volvió hacia Janet, que la miró atónita.

—Sí, *mademoiselle*. Usted me dijo que se apresuró a bajar convencida de que era la segunda llamada, porque había escuchado la primera.

Dirigió una rápida mirada a su alrededor.

—¿No comprenden lo que significa? —exclamó—. No lo entienden. ¡Miren! ¡Miren! —Se dirigió a la butaca donde se había sentado la víctima—. ¿Se fijaron en la posición del cadáver? No estaba sentado detrás del escritorio, sino al lado, de cara al ventanal. ¿Es natural suicidarse así? *Jamais, jamais*! Se escriben unas palabras de disculpa: «Lo lamento», en una hoja de papel, se abre el cajón, se saca la pistola, se apoya en la cabeza y se dispara. Así es como se suicida cualquiera. ¡Pero ahora consideremos el crimen! La víctima está sentada detrás del escritorio y el asesino a sus espaldas, charlando. Y sin dejar de hablar, dispara. ¿Dónde va la bala entonces? —Hizo una pausa—. Luego de atravesar la cabeza sale por la puerta, si está abierta y da en el batintín.

»¡Ah! ¿Empiezan a comprender? Esa fue la primera llamada que oyó *mademoiselle*, puesto que su habitación está precisamente encima.

»¿Qué hace el asesino a continuación? Cierra la puerta, pone la llave en el bolsillo del muerto y luego lo coloca de lado, presiona los dedos del cadáver en la pistola para que deje sus huellas y la deja en el suelo, a su lado. Rompe el espejo que hay en la pared, como un último detalle espectacular. En resumen, «prepara» el suicidio. Luego sale por el ventanal, que cierra como les he explicado y no pisa la hierba, donde podían quedar marcadas sus pisadas, sino en el parterre donde quedarían disimuladas sin dejar el menor rastro. Regresa a la casa y, a las ocho y doce minutos,

cuando está solo en el salón, dispara otro revólver fuera del ventanal y sale apresuradamente al recibidor. ¿Es así como lo hizo, *Mr*. Geoffrey Keene?

Como fascinado, el secretario contempló el dedo acusador que le señalaba y luego cayó al suelo con un grito agónico.

—Creo que ya tengo la respuesta —dijo Poirot—. Capitán Marshall, ¿quiere telefonear a la policía? —Se acercó al caído—. Supongo que seguirá todavía inconsciente cuando lleguen.

—Geoffrey Keene —murmuró Diana—. ¿Qué motivos podía tener?

—Imagino que, como secretario, tendría ciertas oportunidades: facturas, cheques. Algo despertó las sospechas de *Mr*. Lytcham Roche y quiso que yo viniera.

—Pero ¿por qué usted? ¿Por qué no llamó a la policía?

—Creo, *mademoiselle*, que usted puede responder a esa pregunta. *Monsieur* sospechaba que había algo entre usted y ese joven. Para distraer su atención del capitán Marshall, usted había coqueteado desvergonzadamente con *Mr*. Keene. ¡Sí, no se moleste en negarlo! *Mr*. Keene, al enterarse de mi próxima llegada, actuó rápidamente. Lo esencial de su plan era que el crimen pareciera haberse cometido a las ocho y doce minutos, cuando él tenía su coartada. Su principal peligro era la bala, que debía estar por el suelo cerca del batintín y que no tuvo tiempo de recoger. Cuando nos dirigimos al despacho la recogió, pensando que en aquel momento de tensión nadie lo habría notado, pero yo sí, me fijo en todo. Le interrogué y, tras reflexionar unos instantes, representó una pequeña comedia. Al insinuar haber cogido el capullito de seda, representó el papel del enamorado que protege a la mujer amada. ¡Oh! Fue muy inteligente, y si usted no hubiera cortado margaritas…

—No comprendo qué tiene eso que ver.

—¿No? Escuche, sólo había cuatro huellas en el parterre y, cuando usted estuvo cortando flores, debió dejar muchas más. De manera que, antes de que usted volviera a cortar el capullo de rosa, alguien debió borrarlas. El jardinero no fue, no trabaja después de las siete. Entonces debió de ser el culpable, el asesino y, por lo tanto, el crimen fue cometido antes de que se oyera el disparo.

—Pero ¿cómo no oímos el verdadero disparo? —preguntó Harry.

—Fue hecho con silenciador. Lo descubrirán cuando encuentren

el revólver entre los matorrales.

—¡Vaya riesgo!

—¿Por qué? Todo el mundo estaba vistiéndose para la cena. Era un buen momento. La bala fue el único contratiempo, e incluso eso creyó él haberlo solucionado.

Poirot mostró la bala.

—La arrojó debajo del espejo mientras yo examinaba el ventanal con *Mr*. Dalehouse.

—¡Oh! —Diana se volvió hacia Marshall—. Cásate conmigo, John, y llévame lejos de aquí.

Barling carraspeó.

—Mi querida Diana, según los términos del testamento de mi amigo…

—No me importa —exclamó la joven—. Podemos dedicarnos a pintar cuadros en el suelo.

—No es necesario —dijo Harry—. Iremos a partes iguales, Diana. No voy a aprovecharme porque el tío estuviera medio loco.

De pronto se oyó un grito. *Mrs*. Lytcham Roche se había puesto de pie.

—*Monsieur* Poirot… el espejo… él debió romperlo adrede.

—Sí, *madame*.

—¡Oh! —Ella le miró fijamente—. Pero trae mala suerte romper un espejo.

—Sí, y sobre todo a *Mr*. Geoffrey —replicó Poirot alegremente.

AGATHA CHRISTIE, (Torquay, 15 de septiembre de 1890 - Wallingford, 12 de enero de 1976). Nacida Agatha Mary Clarissa Miller, fue una escritora inglesa especializada en los géneros policial y romántico, por cuyo trabajo recibió reconocimiento a nivel internacional. Si bien redactó también cuentos y obras de teatro, sus 79 novelas y decenas de historias breves fueron traducidas a casi todos los idiomas, y varias adaptadas para cine y teatro. Sus clásicos personajes Hércules Poirot y *Miss* Marple fueron muy populares. Sus cuatro mil millones de novelas vendidas conforman una cifra solamente equiparable con la de William Shakespeare, habiendo sido traducidas a aproximadamente 103 idiomas. Hasta su muerte, recibió múltiples reconocimientos y honores que incluyen un premio Edgar, el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio, diversos doctorados *honoris causa* y la designación como Comendadora de la Orden del Imperio Británico por la reina Elizabeth II.

Notas

[1] Tostada con queso fundido en cerveza. < <

[2] C.I.D. *Criminal Investigation Department o sea Departamento de Investigación Criminal*. < <